VIOLETA OTÍN

¿Y qué pinta aquí tu corazón?



Enredos de temporada 1

Selecta

¿Y qué pinta aquí tu corazón?

SERIE

Enredos de temporada 1

Violeta Otín

Selecta

Capítulo 1

La señora Claire Alderdice comprobó que la nube de mantequilla que adornaba el bollo tuviera un aspecto lo bastante consistente, y se decidió a probar un mordisquito. Saboreó el bocado y, como consideró que el resultado sobrepasaba sus expectativas, lo engulló de golpe aprovechando que todas sus amigas se habían vuelto para escuchar a aquella petulante de la señora Teddington.

—Es tal y como os cuento —les estaba diciendo, y al hablar movía mucho la cabeza, como si aquello confiriera más solidez a sus palabras—. Lo sé por mi querida hermana, la que vive en Londres, y muchas de mis amistades coinciden: se han perdido los valores. Los jóvenes se han vuelto alocados y parece que ni entienden lo que significa el respeto. ¡Una forma de hablar! ¡Unos aires que se dan! ¡Venga a juntarse todos en las situaciones más incómodas! Y la ropa. Pues, ¿no se han puesto de moda los vestidos más indecentes, que enseñan más de lo que tapan?

—Qué vergüenza —dijo la señora Johnson, a la que se veía francamente indecisa entre los sándwiches de pepino y las empanadillas—. La verdad es que como en el campo no se vive en ningún lado. Qué mala suerte que tengas que ir a Londres con la niña.

—¡Temblando estoy! Ojalá no hiciera falta. Pero, claro, ya se sabe... Los caballeros no caen del cielo, y menos en estas regiones tan apartadas.

—Estamos muy lejos del movimiento —intervino la señora Alderdice—. Eso a veces es bueno, y a veces malo.

Si sus amigas hubieran estado más pendientes de ella que de la merienda, habrían podido detectar un brillo amenazador en sus ojos. Tal y como estaban las cosas, todas lo pasaron por alto y ni siquiera llegaron a advertir que su tono de voz sonaba un poco menos agrio que de costumbre.

—Si no viviéramos tan apartadas del mundo —dijo la señora Teddington—, no tendrías ningún problema con la pobre Chastity. Qué lástima que no haya podido disfrutar de ninguna temporada. Con lo bonita que es, habría arrasado con todas las debutantes.

Chassy, que parecía haber elegido justo ese preciso momento para entrar, saludó a las amigas de su madre y se disculpó por no sentarse un rato con ellas.

—He dejado a Freeda en el jardín. Solo he venido a coger un chal.

—No, no, querida, haces bien en aprovechar una tarde tan espléndida. Y, total, aunque te dé un poco de sol en las mejillas, tampoco lo notará nadie.

La señora Alderdice apretó los dientes y tomó la taza en las manos para disimular su disgusto. Chastity era lo suficientemente sensata como para ignorar los comentarios maliciosos de las cotorras, pero a su madre le costaba un mundo no vengar de inmediato los agravios vertidos

contra cualquier miembro de su familia.

—Creo —dijo, cuando estuvo segura de que no le temblaría la voz— que las morenas causan furor en la capital en los últimos tiempos.

—Los cabellos morenos querrás decir, querida. La piel tostada siempre será un fastidio.

—Un completo fastidio —corroboró la señora David.

—De todos modos, ¡qué lástima, esta Chastity! —la señora Teddington sospechó una ligera deriva en la conversación y volvió al ataque—. Una muchacha tan fina y tan bonita. ¡Se marchitará, aquí, en mitad de ningún sitio! En cambio, mi Maris, que no es ni la mitad de agraciada que ella, va a disfrutar de su primera temporada. ¡Qué envidia me da! ¡Quién tuviera diecisiete otra vez!

—¿Cuántos años tiene Chastity? ¿Diecinueve?

—Veinte —respondió la señora Alderdice con una expresión feroz—. Y, ahora que lo comentáis, aprovecharé para contaros un secretillo.

—¡Marchitarse, dice! Chastity no se marchitará, te lo aseguro. El joven Frank Cotton ya le echó el ojo hace tiempo.

—Frank Cotton no tendrá muchas virtudes, pero los ojos largos... ¡ya lo creo que los tiene!

—Bueno, desde que murió su padre, tampoco le va mal. Sus buenas mil libras al año le darán sus rentas. O eso dice mi marido.

—Y, si una no hace caso a esa nariz suya, que parece una patata, y a las orejas, hay que reconocer que no es tan feo. No es que sea muy alto, por otro lado.

—¡Oh, dejaos ya de tanto Frank Cotton! —gritó exasperada la señora Alderdice—. Mi Chassy este año sí va a ir a Londres. Quién sabe, lo mismo hasta coincide con tu Maris en algún baile, y pueden intercambiar cotilleos. Si es que le dan un respiro a mi Chassy, desde luego, pues no me imagino que pueda permanecer mucho tiempo sentada sin que un caballero u otro le pida que bailen juntos. Maris, sin embargo...

—Maris, ¿qué? —respondió la señora Teddington, acalorada de repente—. Quizá no tenga esa morenez tan *à-la-mode* de la que hablas, adoradísima amiga, pero en cuanto a dote...

La señora Alderdice, que no podía batirse en esa arena, agitó la campanilla para pedir un poco de limonada.

—Me ha parecido que te entraban sudores, querida, y yo no soporto que mis invitadas se indispongan. ¡Qué calor está haciendo, y eso que es abril todavía!

—Eres muy amable, Claire.

—Qué razón llevas en cuanto a lo de la dote —dijo la señora Johnson, que no quería dejar pasar el asunto sin aportar algo de su cosecha—. Lo malo son los cazafortunas. Deberás prevenir a Maris sobre ellos.

—¡En esta época del año, son como una plaga! Mucho peor que el calor, desde luego.

—Yo, por mi parte, ya se lo he comentado a Chassy. Mantente lejos de los aduladores, le he dicho, y de los petimetres que se visten con demasiados colorines. La altura moral de esos tipos suele estar al mismo nivel que sus ingresos.

Las amigas guardaron un discreto silencio, inclinaron sus miradas hacia la bandeja de pastelitos y la señora Alderdice bebió un largo trago de limonada, confiada en que el refresco le bajase un poco los colores. ¡Tropa de grullas! No les vendría mal parar de devorar sus dulces, a ninguna de ellas.

—Y supongo que serás tú quien acompañe a Chastity, claro.

—¡Oh, me resultaría imposible abandonar el campo! Los placeres de la capital son para los

jóvenes, siempre lo he dicho. Pero lo tengo todo bien organizado: mi querida amiga, la señora Clementine Woodcourt, lleva años rogándome que le envíe a la niña para la temporada. «¡Solo este año, Claire, sería tan maravilloso!», me dice siempre. Y este año, por fin he accedido.

—No recuerdo que hayas nombrado antes a esta señora Woodcourt —replicó pensativa la señora Johnson—. Y mira que es raro que yo haya olvidado un nombre; las caras, a menudo, las olvido en seguida; pero los nombres...

—Es una amiga de la infancia. ¡Del colegio! Y, aunque el destino nos separó, hemos mantenido una correspondencia de lo más fluida durante años.

—Permítenos entonces felicitarte, Claire —dijo la señora Teddington con voz cavernosa—. Siempre es una alegría presentar a una hija en sociedad, y, además, vas a ahorrarte el trabajo de acompañarla a las fiestas. Es lo que peor llevo: a mí ese aspecto de la vida social me resulta de lo más fatigoso. ¡Qué cansada terminará la señora Woodcourt!

—Bueno, siempre fue una dama muy sacrificada. Y, además, tenemos la suerte de contar con una pariente desafortunada, la señorita Rayne Sallow. Es la hija de una prima lejana mía. Lo cierto es que fue una adquisición de último momento; de hecho, apenas recordaba a esta prima. Sin embargo, en cuanto la recordé, y de paso recordé las penurias que solía pasar esa parte tan desgraciada de la familia, pensé en escribirle una carta e invitarla a acompañar a mi Chassy. De esta forma, todos ganábamos, ¿no os parece? Mi pequeña se evita viajar sola y a la señorita Sallow se le presenta una ocasión única de conocer la capital, angelito. Total, cuando se case con algún pueblerino pelagatos, que supongo que es lo que terminará haciendo, se le acabarán las oportunidades de vivir la vida, como quien dice.

—Has sido muy amable. Seguro que la señorita Sallow se desvivirá por echar una mano en todo lo que se le pida. Qué detalle has tenido.

Las amigas de la señora Alderdice se pusieron de acuerdo rápidamente en lo cómodo que resultaba tener algún pariente desafortunado en la familia, siempre que no fuera lo bastante cercano.

—Suelen ser gente muy agradecida —dijo la señora Johnson, y no tardaron mucho en cambiar de tema y quejarse del calor.

Cada año, convinieron todas, empezaba un poco antes.

***

Chastity sugirió que se sentaran a la sombra y a Freeda le pareció una gran idea.

—Por un lado, no es que no me apetezca viajar a Londres —dijo, no muy convencida—. Supongo que podría visitar una galería nueva cada semana, ¡o incluso dos o tres! Confieso que quiero conocer por mí misma las últimas tendencias. Pero, por otro lado, me temo que visitar galerías de arte será lo último que me permitirán hacer entre la señora Woodcourt y esa misteriosa prima que mamá ha rescatado de los anales familiares.

—Pero ¿quién es? —preguntó Freeda.

A Freeda le fascinaba el giro que había dado la apacible vida de Chassy en las últimas semanas: una primera temporada, una amiga de la señora Alderdice de la que nunca habían oído hablar y una enigmática «prima desafortunada» que, de repente, reunía todas las virtudes de la perfecta compañera. Chassy, conociendo a su madre, no albergaba muchas esperanzas respecto a ninguna de las dos.

—Imagino que una prima rolliza de mejillas coloradas que me hará sonrojar cuando emplee sus modales de campesina; vulgar y zafia y sin ningún tipo de gusto artístico.

Lo dijo con intención de hacer reír a Freeda, pero Freeda se lo tomó muy a pecho y le cogió las manos entre las suyas.

—Ay, Chassy, vaya unos meses terribles que vas a pasar.

De la señora Woodcourt no habían hablado, pero Chassy lo prefería así. Si era de verdad una buena amiga de su madre sería bastante parecida a ella, y no quería decir en voz alta nada de lo que le tocara arrepentirse algún día. Y, en todo caso, como Freeda conocía de sobra a la señora Alderdice, tampoco necesitaba grandes explicaciones.

—Bueno, de todas formas serán solo unos meses, como dices tú. Ya intentaré sobrevivir como sea.

Freeda torció el gesto en una media sonrisa, y Chassy se la devolvió. Se echarían mucho de menos.

—¿Cuándo te marchas?

—Algún día de la semana que viene, creo. Mi formidable prima tiene que venir antes a presentarse, y la esperamos cualquier día de estos.

—Será toda una experiencia conocerla.

Chassy se encogió de hombros.

—No te hagas muchas ilusiones —dijo—. Yo, desde luego, no me hago ninguna.

***

A Rayne le hubiera gustado juntar a todos sus hermanos y charlar un rato con ellos antes de despedirse. Tenía demasiados consejos y advertencias que repartir, y muchos de ellos se habían quedado fuera de la lista que había escrito y colgado junto a la puerta de la cocina. No albergaba esperanzas de que le hicieran caso, pero la aguijoneaba su conciencia de hermana mayor y necesitaba, al menos, calmarla un poco.

Por supuesto, la única que había aparecido en la salita era Lottie, la que la seguía en edad y sentido común. En cuanto al resto, puede que la siguieran en edad, pero lo del sentido común habría que ir a buscarlo, quizá, en alguna rama ignota de la familia. Cuando la miró con sus ojos grises, tan tristones, Rayne estuvo a punto de abandonar sus fantásticos planes. Se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Ay, Rayne... —dijo su hermana, con un suspiro de lo más teatral—. Me tienen agotada, y eso que aún no te has marchado.

—Bueno, corazón, es la forma que tienen de demostrar cuánto van a añorarme. Yo que tú no me preocuparía mucho; no creo que vayan a estar más revoltosos que de costumbre.

—¡Pero si eso es justo lo que me da miedo! ¡Que estén tan revoltosos como de costumbre! Y si no hacen caso cuando estás tú, imagínate cuando te hayas ido.

Eso mismo pensaba Rayne, pero no creyó que a su hermana le viniera bien saberlo. Se tragó la aprensión y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¡Ánimo, muchacha! Alegra esa cara. No te dejes avasallar y todo saldrá bien. Además, ¿qué son para ti unos meses?

Lottie cerró los ojos y debió de imaginarse algo así como a los gemelos pegándole fuego a la casa durante unos meses, o a Wilson metiéndose en alguno de sus líos habituales con aquel

peligro de Lowell Tregonwell, también durante unos meses, y Rayne tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

—¡Haz el favor de pensar en lo que me espera a mí! —Lottie abrió un ojo y la miró con escepticismo—. Yo tendré que lidiar con esa prima estirada nuestra y, para colmo, no podré regañarla cuando haga alguna tontería. Seguro que la han criado entre algodones y no sabe hacer nada útil y, además, creo que será muy delicada.

—Oh, por supuesto, será terrible. No se levantará antes del mediodía, y te exigirá que la acompañes a hacer sus visitas para tomar el té en una de esas horripilantes mansiones londinenses y, ¡ah, lo olvidaba!, tendrás que ir a fiestas y cenas y bailes y fingir que te diviertes. ¡Será espantoso, Rayne! De hecho, será tan espantoso que no me importaría sacrificarme y suplirte en esa tarea. De verdad que no me importaría.

—Y a mí no me importaría que lo hicieras si fueras un vejestorio como yo, niña. ¿De verdad crees que una mozuela como tú le haría buena compañía a la señorita Chastity Alderdice?

—Tú no eres un vejestorio. Al menos, todavía no.

—Por eso precisamente tengo que darme prisa, jovencita descarada.

Lottie se quedó un rato pensativa.

—¡Oh, Rayne! —dijo al rato—. ¿Sabes qué es lo que más te envidio? No es todo eso que te he dicho antes. ¡Es el teatro! Me pregunto cuántos teatros habrá en Londres. ¡Cómo me gustaría asistir a una representación!

—En cuanto consiga casarme, Lottie, te llevaré al teatro.

Su hermana pareció animarse y Rayne se sintió un poco mejor, aunque compartía todos sus temores. Sobre todo, en lo referente a Wilson. Pero, por otro lado, ¡lo había visto todo tan claro cuando recibió la extraña carta de su tía! Una tía a la que solo había oído nombrar un par de veces, cuando su madre aún vivía, y no en términos muy halagüeños. Lottie carraspeó con suavidad y se atrevió a hacerle la pregunta que les había rondado por la cabeza a todos desde hacía unos cuantos días.

—Rayne, tienes una temporada entera por delante. Supongo que eso puede ser mucho o puede ser poco. La cuestión es, ¿lo conseguirás?

—No lo sé —confesó—. Lo que sí puedo asegurarte es que lo intentaré por todos los medios. Medios honestos, primero; y medios menos honestos, si los primeros no funcionan.

—Y si los medios menos honestos no funcionan, ¿qué haremos?

—La verdad, Lottie, prefiero ni pensar en ello.

Desde la muerte de su padre, un año antes, las deudas no habían hecho más que aumentar, y si las cosas no se enderezaban (y no llevaban camino de hacerlo) no solo perderían la casa, sino que le quitarían a todos sus hermanos menores y los llevarían a quién sabe dónde. Miró a Lottie de refilón. «Pobrecilla», pensó. Siempre con ese gesto suyo tan serio, y tan cansado, que la hacía parecer mayor.

No, no podía permitirse el lujo de fallar. Había trazado un plan maquiavélico que carecía de puntos flacos. Lo había sopesado punto por punto y sabía que las cartas le eran propicias. Pese a las estrecheces, su madre, que era hija de un caballero, le había dado la educación de una dama: modulaba la voz igual que una condesa, sabía mover las manos como en si toda la vida no las hubiera empleado más que para servirse el té o abanicarse con elegancia y, además, Rayne era muy guapa. No se trataba de una vanidad sin fundamento; en casa tenían espejos y su belleza era un hecho conocido a lo largo y ancho de la comarca. Así las cosas, ¿qué más podía necesitar?

—¡Seamos positivas! Tengo una temporada entera para cazar a un tipo lo bastante rico como

para mantenernos a todos.

—Y lo bastante loco como para querer hacerlo —sonrió Lottie.

—¡Y lo bastante aburrido como para no molestar después!

—¿Estabas buscando a Wilson?

Georgette asomó su rubia cabecita por la puerta. A Rayne se le hizo un nudo en la garganta. Le costaría dejar a su hermana pequeña más que a ningún otro. ¡Si la había criado ella! Dejó que Lottie contestara en su lugar. Se había prometido mantenerse digna, pero no estaba segura de conseguirlo si veía llorar a Georgette.

—Me ha pedido que te despida de su parte. Tenía algo muy urgente que hacer con Lowell.

—¡Ese maldito Lowell! ¡Oh! Perdón. ¡Ese travieso de Lowell! No pueden estar tramando nada bueno.

El nudo de la garganta le bajó hasta el estómago.

—Seguro que no —convino Lottie, que se puso de pie y arrastró a su hermana al hacerlo—. Pero se te hace tarde, Rayne. El señor Cawtridge estará al caer.

Aparecieron los gemelos y, a pesar de las buenas intenciones de Rayne, todos acabaron llorando. Los hermanos se despidieron con promesas de portarse bien, escribir cartas, proclamar noticias, no volver loca a Lottie y no hacer nada que pudiera echar la casa abajo; Rayne prometió regresar con un marqués o con un conde, o, en su defecto, con un barón, y en ningún momento nadie creyó que no fueran a cumplir sus promesas. Bueno, quizá los gemelos no podían asegurar que las paredes soportaran sus experimentos y nadie podía asegurar que Wilson, que era un loco del boxeo y de los problemas en general, no acabara metiéndose en algún hoyo del que fuera imposible rescatarlo; pero sí se mostraron lo bastante convencidos de que, al menos, lo intentarían.

Un vecino, el señor Cawtridge, que tenía que emprender uno de sus viajes al sur, acompañaría a Rayne hasta casi el final del trayecto. Luego ella recorrería las dos millas que quedaban hasta la casa de la señora Alderdice. Empezó a pensar en su plan para no pensar en sus hermanos, pero el señor Cawtridge, que era todo un caballero a su manera, no le dio mucha opción de ponerse tierna. Hablaron de multitud de cosas, unas serias y otras no tanto, y, a lo que quiso darse cuenta, ya estaba bajándose del carro y agradeciendo al señor Cawtridge su valiosa ayuda.

—Allá está —dijo en voz baja, para darse ánimos—. El principio de nuestra nueva vida.

***

Siendo sinceros, no podía decirse que la señora Alderdice estuviera muy contenta de recibir a Rayne en su casa. Le había agradado sobremanera que hubiera tenido que caminar dos millas y pico para llegar hasta allí, y que se hubiera manchado de barro y que además no pareciera preocupada por ello, y todavía se había felicitado más al comprobar que su vestido de viaje era solo un poco menos que pordiosero. Sin embargo, cuando la joven se hubo cambiado de ropa y adecentado para conocer a su hija, la señora Alderdice empezó a detectar innumerables peligros en su pariente desafortunada. El primero, que no aparentaba los veintiséis años que decía tener; el segundo, que, pese a su aspecto decididamente pobretón, Rayne era una muchacha muy hermosa: sanota, sonrosada, con unos ojos grises que robaban la atención y una envidiable melena castaña de rizos naturales.

Torció la boca y le preguntó sin rodeos cuánta ropa llevaba para su estancia en Londres.

—Muy poca, señora. Me avergüenza decirlo en voz alta, pero he traído mis mejores ropas y, aun así, son de una llaneza indescriptible.

A Rayne no acababan de parecérselo, claro, pero sin duda la señora Alderdice opinaría de otra forma. Y más si hubiera sabido de dónde procedía la mayor parte de su vestuario: ropa de segunda mano, de esa que el señor Franks iba vendiendo de puerta en puerta, transformada a base de lazos, flecos, cintas, plumas y, cuando había suerte, encajes. El único problema que Rayne encontraba a sus vestidos era que, con toda probabilidad, estarían bastante pasados de moda. Pero, de nuevo, los lazos, flecos, cintas y demás se soltaban y cosían con rapidez: solo necesitaría un buen par de vistazos a las damas más elegantes de la ciudad para copiar su estilo.

La señora Alderdice apretó los dientes. Una cosa era ir por ahí con una pariente desfavorecida, y otra muy distinta ir acompañada de una persona tan destartalada.

—Supongo que podrías llevarte alguno de los vestidos viejos de Chastity. Más o menos sois del mismo tamaño. Tú estás un poco más redondeada, quizá; pero seguro que consigues meterte dentro.

Rayne se tragó el orgullo y mantuvo la mirada gacha. No era el momento de hacerse la ofendida. Los vestidos viejos podrían serle útiles, desde luego.

—Sería maravilloso, señora.

—Y ¿dices que has cumplido ahora los veintiséis? Pareces más joven.

—Gracias, señora.

Fingirse humildemente agradecida era una buena manera de evitar mentir de forma abierta porque, de hecho, Rayne acababa de cumplir los veintidós. Pero a una damita de veinte años no le iba bien una dama de compañía un par de años mayor.

—No creo que Chastity tarde mucho en bajar. Imagino que estará arreglándose para causar una buena impresión. Es una muchacha muy sensible, ¿sabes? Tengo total confianza en mi amiga, la señora Woodcourt. A ti, sin embargo, no te conozco en absoluto. Por tanto, deberás someterte a lo que mi amiga considere mejor en cada ocasión.

—Desde luego, señora.

—Chastity suele fatigarse con facilidad. Sé que a las jóvenes de campo os fascinan los paseos inoportunos que no conducen a ninguna parte; me guardaré de dar mi opinión al respecto, pero no pienso permitir que arrastres a mi hija a ninguna de esas caminatas sin sentido, o que la expongas al frío matinal, o vespertino, o nocturno; o a cualquier otra actividad que a ti te resulte divertida y pueda causarle algún trastorno. A ella o a la señora Woodcourt, claro está. Chastity viaja a Londres por un motivo muy concreto y ese objetivo ha de protegerse a toda costa.

Rayne asintió. Se hacía cargo de cada una de las circunstancias y se mostraba incluso algo arrepentida por sucumbir a su poco distinguida necesidad de recorrer millas a pie por el puro placer de hacerlo.

—No se preocupe, señora. Me atrevo a afirmar que mi prima está en buenas manos. ¡Desde ahora mismo, hago mío ese propósito suyo!

«De hecho, coincide con el mío», pensó, y le costó reprimir una sonrisa.

—Hum. Bueno, al menos reconozco que tienes buenas maneras y tu forma de hablar es bastante correcta. Me había temido algo mucho peor, lo reconozco. Tu madre siempre fue una mujer un poco alocada, y carezco de referencias sobre tu padre. Me alegra comprobar que no descuidaron vuestra educación.

—Nuestra educación siempre fue para ellos lo más importante —aseguró Rayne, que no mentía en este punto—. Mi madre opinaba que la manera de hablar de una persona lo dice todo

sobre ella.

Que era el principal motivo por el que les había enseñado a domar su acento de Yorkshire en cualquier circunstancia. A Rayne, por lo general, no le costaba mantenerlo a raya. Solo cuando se veía envuelta en alguna catástrofe perdía el control sobre él.

La señora Alderdice no pudo continuar con sus aleccionadores consejos porque Chassy había entrado en el salón. Rayne se puso de pie para saludarla con su mejor sonrisa y más que decidida a caerle bien. De una buena primera impresión dependerían muchas cosas.

—Prima Rayne, me alegro de conocerte. —La voz de Chassy, de eso se dio cuenta en seguida, no sonaba tan remilgada ni tan blanda como había esperado. Tampoco fue blanda la mano que le tendió—. Confío en que hayas tenido un viaje agradable.

—Bastante agradable, prima, aunque ni la mitad de cómodo, creo, que el que nos aguarda. ¡Tengo muchas ganas de ver Londres!

Chastity cabeceó y se sentó con elegancia junto a su madre. Rayne se fijó en todos sus movimientos: su prima era una muchacha de cabellos oscuros, más bien delgada, de rostro fino y manos muy blancas, pero no daba la impresión de ser tan delicada como había dicho su madre. Tenía un lunar de lo más adorable un poco por encima del labio; la expresión lánguida de sus ojos azules le recordó a su hermana Lottie y, quizá por esa razón, Rayne se sintió predispuesta a que le resultara simpática. Sacó un tema de conversación detrás de otro, tratando de descubrir cuáles serían sus gustos, sus intereses, cualquier cosa que le revelara alguna información útil, pero Chastity era muy reservada. Al final, la señora Alderdice la interrumpió con sequedad alegando que las jóvenes demasiado parlanchinas le provocaban dolor de cabeza. Chastity tuvo la decencia de ruborizarse, y comentó algo sobre unas acuarelas y un biombo que había terminado de pintar hacía no sé cuánto.

—En cualquier caso, prima —dijo Rayne con más alegría de la que sentía en realidad—, vamos a tener mucho tiempo para conocernos durante estos meses. Estoy segura de que acabaremos siendo buenas amigas.

La señora Alderdice estiró el labio hacia abajo, manifestando sus dudas en silencio, y Chastity esbozó una sonrisa apenas un poco más cálida.

Sin embargo, Rayne no se dejó amilanar. Tampoco es que la amistad de su prima le interesara lo más mínimo y, en cualquier caso, se dijo que ella tenía bastante buen humor como para prestarle un poco.

—Os sugiero que descanséis, queridas. Mañana partiréis temprano. No querréis apearos en Londres con el rostro fatigado.

Capítulo 2

Aquella noche, Sir Warren Farley compartía una cena ligera con su amigo Enoch Northcott en el club y, de cuando en cuando, también compartían alguna conversación ligera; pero, en realidad, cada uno tenía demasiados pensamientos que compartir consigo mismo y ninguno estaba centrado en lo que les rodeaba. Las cavilaciones de Farley eran mucho más sombrías que las de Northcott; sin embargo, su ánimo era, como de costumbre, mucho más luminoso y, aunque estaba preocupado —sus buenas razones tenía, de hecho—, el aspecto de los dos era el de un par de amigos que disfrutaban de una velada tranquila en uno de los más selectos clubes de caballeros londinenses.

Northcott apartó la vista del infinito y la centró en uno de los tipos que acababan de entrar en el salón. Alzó una ceja y llamó, con disimulo, la atención de Farley.

—Aquel fastidioso estallido de sedas de colores es, si no me equivoco, nuestro querido Harold Spinner.

Sir Warren miró por encima del hombro y se hundió un poco más en el asiento.

—Justo el tipo de persona que más me conviene evitar en estos momentos —suspiró—. ¿Crees que tendré la suerte de que no me vea?

Northcott bebió un poco de vino y elevó su ceja hasta alturas olímpicas. Farley, a pesar de sus tinieblas, se vio obligado a admirar su habilidad.

—Será difícil, me temo. Esta noche somos más bien pocos y a Spinner le gusta saludar y ser saludado. Ya sabes lo mirado que es con estas cosas. Pero, dime, ¿por qué no quieres que te vea? ¿Andas metido en líos de nuevo?

Farley, que intentaba fijar su atención en los pasos de Spinner sin que se le notara, sonrió para restar importancia a su inminente confesión. No es que le diera igual, pero siempre había considerado que el exceso de preocupaciones hacía menguar la salud del hombre.

—Un par de apuestas que no salieron como esperaba. —Se las apañó para sonar desapasionado—. Por desgracia, mi padre no se ha tomado el asunto con la suficiente presencia de ánimo.

—¿Puedo saber cuánto has perdido esta vez?

—No, no puedes.

—Farley, creo que...

—No te molestes, Northcott; de verdad, no es necesario. Ya sabes lo que pienso de las deudas.

—Lo sé a la perfección: que solo son preocupantes cuando no puedes afrontarlas. La cuestión es que hace mucho que dejaste de afrontarlas. Y tal vez, algún día, tu padre decida hacer lo

mismo. ¿Qué harás entonces? ¿O tampoco puede saberse?

Sir Warren puso su más estudiada cara de hastío y pinchó un espárrago. Lo movió por el plato, de un lado al contrario, y volvió a dejar el tenedor. Se le estaba pasando el apetito a una velocidad pasmosa.

—No seas aburrido, Northcott, o me fastidiarás el postre.

—Oh, mis más sentidas disculpas. Nada más lejos de mi intención que arruinarte la cena. ¡Ah, mira! Tampoco has tenido suerte con Spinner. Nos ha visto, y viene hacia nosotros. Y sonríe demasiado, lo cual suele ser una señal de que algo nefasto está a punto de suceder. ¡Buenas tardes, Spinner! ¿Te has perdido por aquí?

—Buenas tardes, caballeros. No, la verdad es que he venido porque sabía que os encontraría. O, al menos, a sir Warren, que es a quien estaba buscando. ¿Puedo sentarme?

Sir Warren le indicó el asiento y Spinner les pidió, con su habitual cortesía, que no permitieran que se les enfriara la cena. Lo que deseaba contarles le llevaría un minuto o dos y, además, lo esperaban en otro sitio dentro de muy poco.

—De momento, no estoy seguro de que no sea más que un rumor. Pero he oído que se está cociendo una buena fiesta, y no querría que mi mejor amigo se la perdiera por nada del mundo. Algo muy selecto, muy exclusivo, y con muchas sorpresas. Para dentro de dos quincenas, lo más probable, a bordo de un barco que surcará el Támesis.

—Una buena fiesta es una buena fiesta —dijo Farley, animado de repente—. Cómo te agradezco que te hayas acordado de mí. ¡Me vendrá de fábula distraerme!

—Déjalo todo de mi cuenta. ¿Te apuntas, Northcott? —Este hizo un gesto vago, que podía significar varias cosas, y todas contradictorias entre sí—. Una mesa de apuestas fuerte, también. Eso me lo han confirmado pero, por ahora, desconozco más detalles.

Farley se pasó la lengua por los labios y miró hacia lo lejos. Le latía el pulso en las sienes y las tripas se le habían encogido un poco. Eso significaba algo. Él solía llamarlo una buena intuición. Hacía mucho que no sentía emociones al apostar —¡hasta había llegado al punto de plantearse dejar el juego!— y no le extrañaría que su mala racha procediera del desinterés.

—Ya veremos, Spinner —contestó, porque notaba la mirada de desdén de Northcott clavada en los huesos—. Le daré una vuelta o dos y te lo confirmaré. ¿Dentro de un mes, has dicho? Podría tener algún compromiso para entonces. No estoy en condiciones de asegurar nada.

Northcott carraspeó ligeramente. De alguna manera, Farley ya había aceptado, y los tres eran muy conscientes de ello.

—Te mandaré una nota en cuanto sepa algo. Me gustaría mucho, de verdad que me encantaría, quedarme un rato más y charlar con vosotros, pero ando muy ocupado en los últimos tiempos. Es muy lamentable.

—No te disculpes, Spinner —dijo Northcott—. No desatiendas tus obligaciones por nuestra culpa.

Spinner hizo un gesto florido con la mano y se despidió. Northcott lo observó con ojos punzantes.

—Un tipo de su tamaño debería evitar el azul pervinca. Ofende a la vista.

—Estoy de acuerdo. Aunque confieso que solo te he entendido a medias.

—¿Qué quieres decir?

—¿Azul pervinca? ¿Qué color se supone que es ese?

—Pues... El color de los pantalones de Spinner, naturalmente. Y, hablando de colores, me gustaría que te pasaras por mi galería algún día de estos. He extendido mi generoso patronazgo a

un joven de lo más prometedor. Le falta un poco de fuerza en el trazo, pero juraría que se trata de un problemilla técnico de fácil solución.

—¿En serio?

—Tal como lo oyes. A veces pensamos que los jóvenes son más contundentes, cuando lo que suele ocurrir es que tienen menos miedo de mostrar sus defectos, porque ni siquiera son conscientes de que los tienen.

—¿Un exceso de ímpetu, dirías?

—Podría llamarlo así. Con todo...

Northcott se quedó callado y Farley, después de un tiempo prudencial, lo animó a seguir.

—¿Con todo?

—No acabo de encontrar lo que busco, Farley. No acabo de encontrar lo que busco. Además, mi verdadero problema, me doy cuenta, es no llegar a saber qué estoy buscando en realidad.

Farley asintió.

—Es difícil encontrar cuando uno no sabe qué anda buscando.

Él sabía lo que necesitaba encontrar: unos cuantos cientos de libras. También sabía quién se los podía dar, pero no quería pedírselo. Por ese motivo, se sentía tentado a aceptar la misteriosa oferta de Harold Spinner, y su sugerente idea de la excepcional apuesta. Se repantingó en el sillón y, mientras atendía a medias al monólogo de Northcott, apostó consigo mismo que sería capaz de descubrir de qué se trataba antes de que Spinner volviera a por él.

***

La señora Woodcourt vivía en Charles Street, en una mansión elegante pero discreta a su modo. Nada más plantar un pie en la acera, Chassy se quedó poco menos que fascinada al ver cómo incidía la luz de media mañana sobre la fachada.

—Seguro que, quien quiera que mandara construir esta casa, tenía una buena idea o dos sobre el efecto que conseguiría.

Rayne observó la fachada y pensó que, realmente, era una casa lujosa e, incluso, un poco sobrecogedora; pero, en cuanto a lo que decía su prima, no acertó a comprender en qué se diferenciaba del resto de edificios de la calle. Aun así, cabeceó con brío y se mostró de lo más de acuerdo con ella:

—Es algo prodigioso. De hecho, también me resulta prodigioso que el sol alcance a iluminar algo en absoluto. No sé por qué motivo pensaba que Londres sería un lugar lóbrego y sumido en tinieblas. Aunque, «*como un vestido lleva esta ciudad la belleza que trae el alba...*».

Lo dijo con una sonrisa, porque a Rayne siempre le costaba menos sonreír que mostrarse seria, y Chassy pensó que estaba bromeando.

—Imagino que en invierno será una ciudad más bien oscura. ¡Menos mal que hemos venido en la mejor época!

—Desde luego.

Se dio media vuelta, dispuesta a cargar con su propio equipaje; por suerte, se acordó a tiempo de que, al menos, mientras se alojara en Charles Street, ella no era ese tipo de mujer, y se limitó a tomar del codo a su prima mientras se dirigían a la entrada principal. Estaba nerviosa. Chassy caminaba muy recta, fijándose en cada detalle con curiosidad, pero sin amilanarse por la magnificencia que las rodeaba. Trató de adoptar la misma pose digna y se concentró en aminorar

el paso. Que no diera la impresión de que tenía prisa, cosa que, por otra parte, era cierta.

Llamaron a la puerta y un lacayo, como si llevara toda la mañana aguardando su llegada, abrió casi antes de que terminase de sonar la campanilla. A Rayne, por culpa de los nervios, le entraron ganas de reír a carcajadas, pero le bastó pensar en su propia imagen para que se le cortara de golpe la tontería.

Su prima se encargó de ambas:

—Somos la señorita Chastity Alderdice y la señorita Rayne Sallow. La señora Woodcourt nos espera.

—Por supuesto. Tengan la bondad de entrar; ahora mismo se harán cargo del equipaje de ustedes. Estoy a su servicio. —Hizo una reverencia muy educada y Rayne recordó, en el último momento, que no debía devolvérsela—. El ama de llaves, la señora Perkins, se ocupará de enseñarles la casa y conducirlas, quizá, a ver a la señora. Por desgracia, ha caído enferma y no podrá salir de la cama para recibirlas, como era su intención.

Rayne pensó que, si alguien le hubiera dicho que era un marqués y no un lacayo, tan estirado él, con sus modales y su magnífica dicción, lo hubiera creído sin vacilar. Dieron las gracias y siguieron a la señora Perkins por la casa. Por suerte, era una mujer mucho más accesible —sin excesos, claro—, que hablaba con un ligero acento norteño —sin ser vulgar, obviamente—. Fue mostrándoles las salas, los salones, la pequeña biblioteca, el saloncito de mañanas, las habitaciones y demás con media sonrisa colgando de los labios, a paso tranquilo y tratando de mostrarse afable con las dos. Rayne estaba segura de que la condescendencia de la señora Perkins, si es que podía llegar a considerarse así, se debía a ella en su mayor parte. Estaba convencida de que, incluso aunque no hubiera llevado su lamentable vestido, los ojos sabios de los criados en seguida la habrían catalogado como «pariente desafortunada de», y se sintió un tanto avergonzada. Miraba de reojo a Chassy, a la que, por alguna misteriosa razón, veía cada vez más radiante y elegante, y que apenas prestaba atención a las explicaciones del ama de llaves, y el rojo le subió a la cara. La señora Perkins, que estaba llamando su atención sobre una silla particularmente antigua, o eso creyó entender, se dio cuenta de inmediato y puso cara de preocupación.

—¡Oh, señorita! ¿Estoy caminando demasiado deprisa para usted? ¿Se ha fatigado? Qué barbaridad, con la de años que llevo gobernando esta casa y todavía me conduzco como una de esas criadas semisalvajes de Gales. ¡Como se entere la señora de que las he ido llevando de un lado a otro antes de ofrecerles un refrigerio apropiado, me va a poner verde! ¡Y con toda la razón, señora, le diré! Lo lamento. Hagan el favor de acompañarme hasta sus habitaciones y pónganse cómodas, descansen y avísenme entonces, solo entonces, para continuar el recorrido.

—Oh, no, en absoluto —protestó Rayne, cada vez más abochornada.

¡Creer que alguien como ella pudiera fatigarse por caminar dentro de una casa, por más que fuera una casa tan grande!

—Además, sería muy incorrecto, pienso, acomodarnos antes de presentar nuestros respetos a la señora Woodcourt —dijo Chassy.

—Oh, en cuanto a eso...

La señora Perkins parecía tener sus dudas, pero ninguna de las dos primas pensaba transigir al respecto; así que, después de advertirles que la señora no se encontraba en su mejor momento, las condujo a sus habitaciones y les rogó que aguardaran.

—Hablaré un momento con la doncella y veré si la señora es capaz de recibirlas. No tardaré.

Las dos prefirieron quedarse juntas en la habitación de Rayne, que era más pequeña, pero tenía

mejor luz. Cuando el ama de llaves cerró la puerta por fuera, Chassy inspiró con fuerza por la nariz y se acercó a su prima.

—Estoy hecha un manojo de nervios. No me gustan nada todas estas complicaciones londinenses. ¿Hablar con la doncella para que la doncella le pregunte a la señora? Quizá no debería decirlo, pero —bajó mucho la voz y susurró al oído de Rayne— esta amiga de mi madre podría ser una de esas matronas terroríficas que, según parece, tanto abundan en la capital.

—No me puedo creer que estés nerviosa —contestó Rayne—. ¡Si caminas como una estatua de mármol!

—Reconozco que la situación me impone un poco. Mi madre no me ha contado mucho de esta señora Woodcourt y, a no ser que me equivoque, no es una persona con la que haya mantenido mucho contacto en los últimos tiempos. Sé que en una ocasión o dos se había ofrecido a recibirme en Londres y presentarme en sociedad, pero casi es lo único que puedo decir sobre ella. —Chassy se frotó las manos, vaciló, y terminó comentando con un hilillo de voz—: Lo cierto es que tampoco sé casi nada sobre ti, prima.

—En tal caso, estamos en las mismas condiciones, porque yo tampoco sabía de tu existencia. Dime, prima, ¿he resultado ser como imaginabas?

Chassy sonrió.

—Todavía no lo sé, pero la primera impresión ha sido mejor de lo esperado.

—Eso mismo dijo tu madre, ¿verdad? —Vio que su prima palidecía ligeramente y Rayne restó importancia a sus propias palabras con una risilla—. ¡No te preocupes! Yo también te esperaba diferente. No sé cómo, en realidad, pero algo diferente.

—¿Cómo me imaginabas?

Rayne meditó su respuesta un momento o dos.

—Creo que esperaba que fueras una dama estirada. —«Aún no podría asegurar que no lo seas», pensó; pero, por supuesto, no habría estado bien decirlo en voz alta—. Temía que te molestara que te hubieran impuesto una compañía que, quizá, considerarías vulgar. Y, bueno, no sé si haremos o no buenas migas, pero intentaré que mis modales campestres no te avergüencen.

Lo dijo con una sonrisa, y Chassy no pudo saber hasta qué punto bromeaba; sin embargo, Rayne había hecho un esfuerzo, tragándose el orgullo, para mostrarse lo más sincera posible sin correr el riesgo de ofender a nadie.

—Tus modales no parecen campestres en absoluto. Al menos, no más que los míos y, a fin de cuentas, yo tampoco soy una dama de la ciudad. ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti? Mientras la doncella decide si la señora está o no presentable.

Rayne, animada por el tono cada vez más desenvuelto de su prima, empezó a relajarse un poco, y le habló de su colección de hermanos, de la pequeña finca donde vivían —aunque olvidó mencionar lo endeudada que estaba—, de cómo había sido su infancia y de todos los temas que se le fueron ocurriendo, sin llegar a revelar la apurada situación financiera en la que se encontraban los hermanos Sallow.

—Y, sobre ti, prima, ¿qué opinas que debería saber?

—Oh, después de escucharte, mi vida no te resultará muy entretenida. Mi madre y yo vivimos casi como ermitañas; a mi madre nunca le gustó Londres ni sus extravagancias, como dice ella, aunque, desde hace un par de años, diría que en lo único en lo que pensaba era en mi presentación, y en la posibilidad de enviarme aquí para pasar por lo menos una temporada.

Rayne enarcó una ceja.

—Lo dices como si tus deseos caminaran en sentido contrario.

—Y, en cierta manera, así es. —Chassy se quedó un rato callada, con la mirada fija en Rayne, como si tratara de leer en su mente si podía fiarse o no—. Verás, no tengo intención de enamorarme. No me atrae la vida de la mujer casada, y tampoco mi situación personal me obliga a darme prisa para encontrar un marido. Por eso, pienso aprovechar mi estancia en Londres para hacer lo que me satisface de verdad.

—Y, ¿qué es lo que te satisface?

—¡La pintura!

—¡La pintura! —repitió Rayne, sorprendida.

—Así es. Me encanta pintar. Mi idea de un día magnífico se resume en un par de cosas: un lugar soleado y mis pinceles. Y, desde luego, si pudiera no haber nadie a mi alrededor, ¡sería un día insuperable!

Rayne se echó a reír.

—Pues me temo que, si lo que buscas es la soledad, has venido al peor sitio posible. No me parece que en Londres puedas encontrar muchos rincones solitarios.

—No, pero sí podré visitar innumerables galerías de arte y aprender las últimas tendencias.

—¡Ay! ¿No me estarás diciendo que vas a sacrificar los bailes y las fiestas por las visitas a museos? —pregunto Rayne, aterrada.

—Tanto como sacrificar, no —dijo Chassy, pensativa, y sus ojos se estrecharon con fastidio —. Y supongo que la señora Woodcourt tendrá un buen montón de planes para mí... para nosotras, quiero decir. Pero reconozco que la idea de ir de fiesta en fiesta no me tienta en absoluto. Sé que te resultará raro pero, para mí, esa parte será la peor de mi estancia en Londres, estoy convencida.

Rayne estaba a punto de contestar, pero en ese momento la señora Perkins emergió de las oscuridades del pasillo y les comunicó que la señora, por fin, sí las recibiría.

—Por aquí, por favor. Y tengan cuidado con Tiger.

—¡Tiger!

—Es el perrillo faldero de la señora. Supongo que no soy quién para criticarlo, pero es un poco maleducado. Avísenme cuando terminen, señoritas.

Rayne habría jurado que el ama de llaves había esbozado una mueca de disgusto antes de marcharse. Sin embargo, no era algo sobre lo que pudiera pararse a reflexionar; Chassy la cogió de la mano y ambas entraron en la habitación. Tiger ladró desde algún rincón de la estancia. Un momento después, lo tenían enroscado alrededor de los tobillos, olfateándolas. Gruñó desafiante durante unos segundos, pero como ninguna de las dos le prestó atención, dejó escapar un gemido desconsolado y regresó a su rincón.

—Queridas mías.

La voz de la señora sonó cavernosa, como proveniente de un pozo profundo. Una mujer de unos treinta y tantos años, que debía de ser la doncella, las saludó con una reverencia y se retiró a una distancia prudente. Rayne, todavía acostumbrándose a la penumbra, no acertó a ver más que una silueta sentada en la cama, con multitud de almohadones rodeándola como un fuerte normando. En la cabeza lucía una especie de complicado vendaje. Pobre señora Woodcourt. Y, sobre todo, pobre de ella que, para una vez que venía a Londres con una misión, se encontraba con una protectora enferma, deshecha.

—Queridas mías —repitió—, acercaos un poco, que no veo nada desde aquí. Entre mi ama de llaves y mi doncella me tienen recluida y en tinieblas, como si así fuera a quitárseme la tontera. Oh, disculpadme la vulgaridad. Es que estoy tan harta, y sobre todo tan aburrida, que casi no sé

ni lo que digo. ¿Quién de vosotras es la joven Alderdice, y quién su apreciada prima Sallow?

—Yo soy Chastity Alderdice, señora, y esta es mi prima Rayne. —Hicieron una reverencia que se perdió en la negrura—. Nos entristece mucho que se encuentre usted enferma; de haberlo sabido...

—¡No había forma humana de saberlo! Mi penosa enfermedad data de anoche mismo y, en cualquier caso, aun si se hubiera tratado de algo más horrendo, no habría abierto la boca. De haberlo comunicado, habríais tenido que quedaros en el campo, pobrecillas mías. Y con la de años que llevo intentado convencer a tu madre para que te envíe aquí, no podría haber hecho otra cosa que ocultar mi espantosa enfermedad a ojos del mundo.

Rayne se armó de valor y preguntó, esperando no parecer impertinente:

—¿Tan mal se encuentra usted, señora? ¿Es muy grave lo que padece?

—¡Qué va a ser grave! —Y, para sorpresa de ambas, se echó a reír—. ¡Si en lugar de ser una señora Woodcourt fuera un señor Woodcourt, el asunto ni siquiera se habría comentado en esta casa! No es más que lo que se conoce como una soberana resaca. ¡Katy, por favor, separa las cortinas y abre un poco la ventana! ¡No me veo las manos, y eso que no hago más que moverlas! Ah, así, espléndido. ¡Oh, qué guapas son las dos!, ¿verdad, Katy?

—¡Señora Woodcourt! —exclamó Chassy, sin poder evitarlo—. Oh, disculpe, pero es que... ¡No la había imaginado a usted así!

Rayne, que había conseguido mantener el tipo con más compostura que su prima, se mordió el labio para, por segunda vez en el día, evitar una comprometedora carcajada. La señora no lucía un vendaje, sino un fabuloso turbante de raso azul, coronado por una enorme pluma de pavo real vencida hacia delante; por debajo del turbante salían disparados, en todas direcciones, gruesos rizos de color rubio ceniza que eran como pequeños alambres. Tenía un rostro ancho, rotundo, pálido y ojeroso —aunque esto último podría deberse a la resaca—, y unos hermosos ojos verdes. En el cuello, por encima del camisón, lucía una boa de plumas tan absolutamente fuera de lugar que a Rayne le costaba apartar la mirada de ella.

—Sí, imagino lo que estás pensando, querida niña, pero me preocupaba que se me enfriara la garganta, y esta boa es muy agradecida. ¡Katy! Deja de mirarme con esa cara de pasmarote y pide que nos suban el té. No sé ni qué hora es, ni tampoco es que me importe. En esta casa, los horarios son algo relativo, ¿sabéis, queridas? Espero que no tengáis inconveniente en acompañar a esta desgraciada vieja con su té matutino, porque, o mucho me equivoco, o al té lo acompañará un excelente surtido de tartas. ¡Si conoceré yo a la señora Perkins! Me regaña como si fuera mi madre. ¿Podéis creerlo? ¡Mi ama de llaves me regaña!, pero me mima tanto como si fuera mi abuela. Además, estábamos todos esperando con mucha ilusión vuestra llegada. He dicho que a los criados les gusta mimarme, pero estoy segura de que preferirán mimaros a vosotras, que sois tan jóvenes y bonitas y, por descontado, ¡unas chicas modestas y de excelentes principios!

Rayne miró a Chassy, porque no iba a ser capaz de contestar sin que le temblara la voz, y Chassy solo logró esbozar una sonrisa.

—¡Ah, justo lo que suponía! ¡Vaya par de muchachas traviesas que tenemos aquí! ¡Qué bien lo vamos a pasar, queridas! Iremos de fiesta en fiesta, y de escándalo en escándalo y, si bien no me comprometo a encontraros un marido a ninguna de las dos (lo cual, supongo, será vuestra intención, o, al menos, la de vuestras madres), sí os prometo que esta primera temporada vuestra no la olvidaréis nunca.

Las miró con un brillo extraño en los ojos, y Rayne se vio obligada a aclarar que era huérfana y que estaba al cargo de un buen puñado de hermanos menores.

—Ah, ya veo. No hace falta que me digas más. Entonces, como tu querida prima entenderá, tus necesidades son más acuciantes: nos ocuparemos primero del marido, y después del escándalo.

—¡Oh, no me refería a eso, señora! Solo quería aclarar lo de la madre.

—Por supuesto, por supuesto —rio la señora Woodcourt—. ¡Ah, el té! Fabuloso. Dicen que lo mejor para la resaca es beber lo mismo que se bebió la noche anterior. Pero me temo que ayer bebí una barbaridad y he olvidado la mitad de las cosas, así que tendremos que posponer el experimento. El cual, probablemente, no sea más que un cuento de viejas, debo decir.

La doncella acercó un par de sillas a la cama y, desconcertadas, Rayne y Chassy tomaron asiento.

—Tenía pensado organizar una pequeña recepción la semana que viene para daros a conocer a ambas. Lo ideal sería poder presentaros en Almack's, que es lo más moderno del momento. Desde luego, todavía falta mucha gente interesante en la ciudad, pero ¿por qué esperarlos? Una vez introducidas, seguro que recibiréis muchas invitaciones para un montón de saraos y podremos seleccionar lo que más nos convenga. Si, por el contrario, preferís una presentación por todo lo alto, no tenéis más que decirlo, claro. —Como las dos primas no se habían formado una opinión al respecto, convinieron en que una pequeña recepción sería un buen punto de partida—. ¡Maravilloso! Katy, querida, acércame la bata. La tarta de ciruelas me ha compuesto bastante, o quizá sea que se me empieza a llenar la cabeza de grandes ideas. Necesito mi agenda para confeccionar la lista de invitados. Ah, gracias.

La señora Woodcourt, cada vez más animada, anotó nombres que a ninguna de las dos les sonaban; sin embargo, constantemente les preguntaba si daban su aprobación. A lord Hareton convendría invitarlo, aunque fuese un poco calavera, porque un lord siempre es un lord y sirve como imán para otros invitados más remisos; a sir Oliver Birdwhistle y su esposa, lady Alice, porque estaban muy bien relacionados y, además, eran muy divertidos; a los Porter, que, a pesar de que rondaban la cincuentena, tenían un espíritu joven y conversación para todo el mundo; a la señora Christine Shaw, una dama que coleccionaba anécdotas de la buena sociedad y podría ponerlas al día en cuanto a quién era quién en la ciudad —y, por si fuera poco, era muy amiga de lady Downshire, una de las patrocinadoras de Almack's—; si las dos jóvenes primas les daban su consentimiento, invitaría también a tres o cuatro personas de buen gusto relacionadas con el mundo del arte.

—No me gustaría dejar de invitar a la señorita Fiona Mullen. Es una dama muy amante del teatro. Y, además, es una de mis más antiguas y apreciadas amigas.

—Por favor, señora Woodcourt, envíe usted las invitaciones que considere necesarias. Para nosotras será un placer conocer a estas amistades suyas tan interesantes.

—Eres una muchacha encantadora. En ese caso, ya no tenéis que preocuparos por nada más que por vosotras. ¡Me encanta organizar fiestas, veladas y hasta grandes juergas! Y no se me da del todo mal, creo.

A Rayne le cayó muy bien su anfitriona. Le pareció un poco alocada, y no sabía hasta qué punto aquello podía resultar beneficioso para sus planes; no obstante, por otro lado, no tenía intención de fiar todas sus cartas a la ayuda de nadie. Cuando se cuenta con tantos hermanos, y sobre todo, cuando se trata de hermanos tan emprendedores como Wilson o los gemelos, una se acostumbra rápido a luchar por sí misma contra los elementos. Miró de refilón a Chassy, que sonreía como ausente, y le dio la impresión de que también le había gustado la señora. Sin embargo, la breve conversación que habían mantenido aún le rondaba la cabeza. Una prima

frívola habría servido mejor a sus intereses, y no acababa de encajar lo del arte y los museos con el frenesí de bailes y fiestas que —imaginaba— constituirían el río más apropiado para pescar marido.

—¡Estupendo, queridas! Ya lo tengo todo más o menos atado. ¿Qué tal os vendría el próximo miércoles? Os quedará tiempo de sobra para ir de compras y adquirir tres o cuatro cosillas imprescindibles: sombreros, pañuelos, encajes, plumas; una capa para cada una, quizá; incluso algún vestido para tu pobre prima, que habíamos acordado, tenía más urgencia, ¿no es así?

Miró a Rayne y le guiñó un ojo; Chassy seguía en babia, y Rayne abrió la boca para sacarla de su error. Pero, por alguna razón, guardó silencio. Se limitó a sonreír e inclinó la barbilla. Las mejores soluciones, pensó, solían caer de la nada.

—Vamos, prima —tocó con suavidad a Chassy en el codo y la sacó de su ensimismamiento—. La señora Woodcourt necesita descansar y nosotras podríamos aprovechar para dar un paseo.

—Oh, buena idea. Es verdad que necesito dormir un poco. Llevaos a Katy, y que os enseñe alguna tiendecita elegante. No os preocupéis por los gastos, tengo un crédito casi ilimitado y me daré por satisfecha si alguna de las dos consigue sacarle partido.

Rayne juraría que había seguido hablando, pero el discurso sonaba bastante inconexo ya y dejó de escuchar.

—Andando, Chassy. Me gustaría comentarte una idea que se me acaba de ocurrir.

Capítulo 3

Si de algo podía jactarse Enoch Northcott —el propio Northcott nunca se lo ocultaba a nadie— era de haber conocido a los personajes más dispares en su infatigable búsqueda del artista perfecto. Era un asunto al que solía dar vueltas cuando se dejaba vencer por el desánimo, y aquella mañana, mientras paseaba por Regent Street saludando con tibias cabezadas a diestro y siniestro, Northcott ya se había repetido unas cuantas veces lo interesante que le había resultado aquella pareja de comerciantes, Norris Heyer y su esposa Arvilla, la última vez que había hablado con ellos. Guardaba la tarjeta de Heyer a buen recaudo, a pesar de que sabía que los más estirados de sus amigos arrugarían la nariz si se le ocurriera mencionar que se veían con relativa frecuencia. No eran, desde luego, una pareja elegante; pero tampoco se podía decir que fueran vulgares, y tenían mucho mejor gusto que la mayoría de sus aristocráticos amigos.

De hecho, Northcott había estado pensando en devolverles su última visita —desde la cual, para su vergüenza, había transcurrido demasiado tiempo— para hablarles de su próxima exposición, que sería, no le cabía duda, tan rompedora como exitosa. Nada que ver con Samuel Woodburn y otros de su estilo. Le restaban un par de flecos por atar y, a menos que estallara algún escándalo de carácter amoroso de dimensiones mayúsculas, en la capital se hablaría de la galería Northcott hasta el final de la temporada. Bien o mal, eso ya no podía asegurarlo. Sin embargo, se hablaría, y para un tipo de alma bohemia como él, no hacía falta mucho más.

Se detuvo frente al escaparate de una sombrerería y fingió mirar las novedades para evitar saludar a Dylan Culpepper, que se aproximaba hacia él por la acera opuesta. No es que considerara a Culpepper un mal tipo exactamente, pero era más bien pesado si te cogía por banda y se proponía acompañarte hasta donde fuera; y, además, aparte de los caballos y las corbatas de seda, tenía muy poca conversación. Pegó la nariz al cristal y se concentró en seguir con la mirada el intrincado dibujo de un pañuelo que el vendedor estaba mostrando a un cliente.

«Si no me vuelvo demasiado pronto, no me verá. Es imposible que me vea».

—¡Señor Northcott!

Tragó saliva y se giró con cara de circunstancias; por suerte, no era Culpepper quien lo había llamado, sino el señor Heyer, que cargaba con un paquete de tamaño considerable.

—¡Qué casualidad! No se lo creerá, pero justo había estado pensando en usted, y en que tendría que devolverles su visita.

—Tiene razón, no me lo creo —rio el señor Heyer—. Pero no se preocupe, sé que es un hombre muy ocupado.

Northcott, lejos de ofenderse —como habría hecho, sin duda, alguien como Dylan Culpepper

—, rio con él y no trató de excusarse.

—Y con la temporada viniéndosenos encima, es probable que lo hubiera aplazado un poco más... hasta límites insostenibles. Así que me alegro de haberme topado con usted. ¿Hacia dónde se dirige? —preguntó. Culpepper se había detenido y miraba en su dirección, decidiendo si merecía la pena arriesgarse a cruzar la calle y verse obligado a saludar al ordinario amigo de Northcott. Este decidió ponérselo fácil—. Yo también iba hacia allí; le acompañaré un trecho.

—Como quiera. Oiga, señor Northcott, ¿tiene alguna obra interesante que ofrecerme? Mi esposa y yo estamos pensando en ampliar nuestra colección, pero nos gustaría adquirir algo novedoso. Ya estamos un poco cansados de los paisajes de campiña. Cualquiera diría que los ingleses no saben pintar.

—Y ese cualquiera no se equivocaría, probablemente, pero no es cuestión de desesperar.

Y le contó sus planes para su próxima inauguración, con los que el señor Heyer quedó encantado.

—¿Ha hablado usted con la señora Woodcourt? Mi esposa conoció a un pintor muy interesante en una de sus famosas veladas, y en la casa de esa mujer uno puede encontrar casi cualquier cosa. Si todavía no ha llenado usted su cupo de artistas...

—No, no lo he llenado.

Northcott se quedó pensativo. Las veladas de la señora Woodcourt podían resultar de lo más estimulante, pero no siempre en el mejor sentido. Le inquietó un poco que Arvilla Heyer hubiera asistido a alguna de las más sonadas, porque, por más que fuera la esposa de un comerciante, la suponía una mujer prudente. No obstante, el mecenas que vivía en él no podía dejar pasar semejante anzuelo.

—Tal vez debería hablar con ella. ¡No sé cómo no se me había ocurrido!

—Téngame al corriente de sus descubrimientos. Y, por descontado, acudiré a su exposición en cuanto tenga noticia de su apertura, no lo dude.

El señor Heyer aseguró que ya había abusado demasiado del tiempo de Northcott y se despidió.

Claro, Clementine Woodcourt, ¿cuánto hacía que no se veían? La acaudalada viuda de un más que respetable caballero de vieja familia había blindado su reputación de manera tan admirable cuando aún vivía su esposo, y gozaba de una fortuna tan sólida, que sus excentricidades seguían encontrando un pase dentro de la buena sociedad. Solo los más mojigatos habían cesado de frecuentar su compañía, si bien es verdad que a sus fiestas tampoco acudía todo el mundo. O, al menos, no sin comprobar a qué se dedicaría en concreto cada velada. A Northcott, la viuda le resultaba simpática; sin embargo, en su caso, y dado que acostumbraba a codearse con tipos de lo más dispar, aquello no significaba nada. Uno podía escandalizarse o no en sus veladas, pero lo que nunca haría sería aburrirse.

Y al pensarlo se dio cuenta de que en los últimos tiempos no se estaba divirtiendo mucho. Observó con discreción a dos hermosas damas que paseaban seguidas por una doncella y se dijo que, de todos los vicios del mundo, el de aburrirse era el más imperdonable de ellos.

***

—Raso azul, Rayne. Ni lo dudes. Hazme caso: el mundo de los colores no tiene secretos para mí.

—A mí me gustaba más el dorado.

Chassy sonrió, negó con la cabeza, agitó todos sus adorables rizos negros.

—El azul es justo lo que necesita tu sombrero para dar profundidad a tus ojos. Créeme, con el dorado solo conseguirías... ¡Uf!

Debía de ser algo muy terrible, se dijo Rayne, a juzgar por la cara que había puesto Chassy. Se preguntó cuánto tiempo podría pasarse su prima hablando sobre colores sin percatarse de que su charla aburría a todas las personas que no compartieran su interés —¡casi su obsesión!— por la pintura. De hecho, a Rayne no se le ocurría que nadie pudiera interesarse hasta tal punto; pero tampoco le dedicó más de un momento o dos a pensarlo. Al fin y al cabo, Chassy no hablaba para demostrar su conocimiento superior; sencillamente, creía que la gente compartía su fascinación. Y como no era ni la mitad de engreída de lo que había imaginado, Rayne no tenía motivos para no apreciarla.

Lo de que no fuera engreída tenía mucho que ver con el hecho de que hubiera aceptado su loco plan desde el primer momento: si Rayne, sin relaciones conocidas y despojada por completo de la fortuna familiar, necesitaba cazar un esposo, y Chassy, con un apellido mucho más sonoro y una situación mucho más desahogada, necesitaba que la dejaran en paz, ¿por qué no intercambiar sus personalidades? Rayne confiaba lo bastante en sus habilidades —y en su belleza— como para imaginar obstáculos de verdad insalvables, y suponía que, si lograba que alguien lo bastante adinerado se encaprichara de ella, la ausencia de dote no debería constituir un problema serio. Chassy se había mostrado un poco menos confiada pero, al menos, no había intentado quitarle la idea de la cabeza. Y con eso Rayne tenía de sobra.

—¡Oh! ¿Y qué me dices de esa capa verde con el ribete de piel? ¡Es fantástica!

Chassy alzó la barbilla y miró la prenda desde arriba. Rayne decidió que aquel gesto era fantástico también y se prometió repetirlo luego frente al espejo hasta conseguir dominarlo.

—¿Capa verde? Yo diría más bien aguamarina, aunque puede ser cosa del sol. Y sí, tiene una pinta maravillosa. Creo que estarías muy guapa con ella, prima. ¿Quieres que entremos a echarle un vistazo?

Rayne hizo un par de cálculos, no tan rápidos como debiera, y lo atribuyó a que estaban gastando demasiado, y a demasiada velocidad. Lo más probable era que, con el precio de aquella capa, fuese cual fuese, pudiera adquirir todo un vestuario completo para sus cinco hermanos.

—Bueno, no sé. Es bonita, pero si la miras con un poco más de atención...

—Si la miras con un poco más de atención, es mejor. ¡Vamos, Rayne! La señora Woodcourt dijo que disponía de un crédito casi ilimitado y, por alguna razón que ni conocemos ni nos interesa conocer, nos permite hacer uso de él. ¡Aprovéchalo!

—Tú casi no te has comprado nada —dijo Rayne, suspicaz.

—Eso es porque yo tengo mucha más ropa que tú. Y, además, quiero que completes cuanto antes tu vestuario, porque mañana vamos a dedicarnos el día entero a visitar la National Gallery.

Rayne podría haber considerado que ninguna de las razones de su prima sonaba lo bastante convincente como para gastarse quince libras en una capa. Muchas personas que la conocían bien, como por ejemplo sus hermanos, sabían que a Rayne le gustaba demasiado mandar y demasiado poco escuchar a los demás. Lo normal habría sido que ignorara a Chassy, que hiciera oídos sordos a sus sugerencias, que enfilara el camino de vuelta a Charles Street.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, no lo hizo.

***

A la mañana siguiente, Chastity tomó a su prima del codo, la subió al coche de su tía, se apretujó junto a ella y pidió al cochero que las condujera hasta la National Gallery. Estaba tan nerviosa que apenas podía hablar. Rayne estiró la espalda, se colocó los rizos y la miró con una sonrisa.

—Qué magnífico aspecto tienes hoy, prima. Se nota que vas a entregarte a un mundo de placeres.

Chassy dejó escapar una risilla.

—Sé que pensarás que estoy medio loca, pero no me importa.

—¿Por qué iba a pensarlo? Cada cual tiene sus intereses. Al fin y al cabo, la pintura no es una afición peligrosa.

Estrechó los ojos y, por su tono de voz, a Chassy le pareció que Rayne no hablaba por hablar.

—¿Una afición peligrosa? Bueno, supongo que el único peligro que corro en realidad es el de aburrir mortalmente a quienes me rodean.

—¡Ese, desde luego, es un peligro nada grave! A mis hermanos Lewis y Annie les da por comprobar la veracidad de las leyes de la física con los experimentos que ellos mismos ponen en marcha. ¡La pobre Georgette tiene prohibidísimo acercarse a ninguno de los dos cuando están en fase de ensayos! Aunque tampoco es que sea algo que a ella se le ocurriría hacer, claro. Y luego está Wilson, que padece algo así como un exceso de energía difícilmente canalizable: en los últimos tiempos le ha dado por el boxeo. Todavía no se ha roto nada, pero estoy segura de que no tardará en aparecer algún día con la nariz partida, o con los dos ojos morados, o vete a saber. ¡Eso sí que son aficiones peligrosas!

—¡Y tanto! Bueno, al menos cultivan aficiones con buenos propósitos. Sería peor que alguno de tus hermanos se aficionara a las apuestas.

Rayne abrió la boca para contestar, pero al final decidió guardar silencio, y a Chassy le pareció que sobre su rostro descendía un velo sombrío. Sin embargo, fue cosa de un momento o dos; Rayne sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Cuando pillé a Lewis encaramándose al tejado porque pretendía medir la velocidad con la que aterrizaba en un montón de paja, créeme: me importó muy poco la calidad de sus propósitos. ¿Eso de allí es la National Gallery? Vaya, el edificio es impresionante.

Chassy pidió al cochero que regresara a Charles Street, pues confiaba en retener a su prima un buen montón de horas. La mirada de asombro de Rayne había sido lo bastante prometedora como para atreverse a ello. El cochero, en cambio, no parecía muy convencido.

—Pasaré a recogerlas a la hora que prefieran, señorita. La señora Woodcourt no esperaría otra cosa.

—No, no, de verdad que no es necesario.

—Pero...

El hombre esgrimió sus razones, pero Chassy y Rayne ya se alejaban y sus palabras y buenos consejos se perdieron en el viento.

En cada sala, Chassy iba encontrando motivos suficientes para pasarse la mañana entera contemplando cuadros. A Rayne no le importaba poner de manifiesto su ignorancia sobre todos y cada uno de ellos, y como a su prima no le importaba clarificar las tinieblas de su conocimiento, transcurrieron un par de horas casi sin que se dieran cuenta. Bueno, quizá Rayne sí se hubiera dado cuenta, porque en cierto momento se dejó caer sobre un sillón y suspiró.

—¡Te lo prometo, prima! No puedo dar un paso más. Si cierro los ojos, veo toda una colección de marcos desfilando ante mí. Tanto arte agota a cualquiera.

«A mí no», pensó Chassy, pero le daba miedo quemarla tan pronto y decidió dejarla descansando.

—Si no te importa, iré por mi cuenta a echar un vistazo. Volveré a por ti dentro de un rato.

La sala siguiente estaba de lo más concurrida. Había una docena de tipos de variopinto pelaje bocetando copias de algunos cuadros. Chassy, que había observado a más de uno y más de dos por encima, había decidido en seguida que ninguno de sus dibujos merecía mucho la pena. Pero verlos le dio una idea que no era mala, y se prometió a sí misma regresar uno de esos días para hacer lo mismo. Copiar a los maestros era una forma muy sensata de autoaprendizaje.

Un poco más allá, otro grupo de señoras había tomado asiento. Hacían todo lo posible por ponerse de lo más cómodas: una criada que portaba una cesta sacó empanadillas para todas, mientras otro criado servía ginebra en pequeños vasitos labrados.

—Confieso que esto no lo esperaba —dijo en voz alta—. Qué curioso.

—Diga más bien qué desvarío, si no le importa —repuso un caballero, a escasos tres pies de ella, con tono seco.

Se volvió hacia él, sorprendida, y lo contempló como si fuera una obra de arte más. De hecho, y a pesar de que no era especialmente alto, en seguida decidió que no le habría importado que posara para ella. Aparentaba veintiséis o veintisiete años, tenía el pelo rubio y se peinaba con un flequillo que le caía hacia un lado, muy de moda —por lo poco que Chassy había visto esos días —, los ojos azules y un buen mentón, muy bien afeitado. Cuando hablaba, torcía un poco la boca, y tal vez por eso daba la impresión de ser un tipo irónico.

—Le ruego que me perdone. No estoy acostumbrado a ver una sala de la National Gallery convertida en taberna, y mi sentido de la dignidad artística se ve altamente ofendido. —La miró de arriba abajo—. Enoch Northcott, a su servicio, señora.

—A mí tampoco acaba de convencerme, creo.

El caballero esbozó media sonrisa y el destello rebelde de sus ojos restó gravedad a sus palabras.

—¿No se une usted al adorable almuerzo? ¿O es que no han tenido la delicadeza de invitarla?

—Pues no, como puede ver usted por sí mismo. —Chassy arrugó la nariz. No le gustó su tono condescendiente—. De todas formas, no me importa, porque yo he venido a ver los cuadros.

El señor Northcott se echó a reír.

—Una rara avis, ¿eh? La mayoría de las damas vienen a que las vean a ellas, por lo que he podido comprobar.

Aquello terminó de molestar a Chassy.

—Ignoro por qué motivo vienen las otras damas, y por qué motivo habrá venido usted, pero lo cierto es que su conversación me está haciendo perder el tiempo. Tengo muchas más salas que ver todavía.

Dirigió la vista hacia el pasillo. Si Rayne no aparecía ya, iría a buscarla. El señor Northcott, mientras, dirigió su atención hacia los estudiantes de pintura.

—Es fascinante la cantidad de personas obsesionadas con el arte que estoy encontrándome hoy.

—Supongo que es de lo más increíble encontrar en un museo personas interesadas en el arte.

—He dicho obsesionadas, no interesadas. ¿Ve a aquellos individuos de allí? Vienen un día tras otro, infatigables, a copiar los dibujos de los maestros. Nunca pintarán nada que merezca la pena

mirar.

—¿Ah, no? —Puede que fuera un tipo guapo, pero Chassy acababa de darse cuenta de que aquel Northcott era un hombre insufriblemente petulante. E insufrible a secas, también—. ¿Puedo saber por qué?

—Más les valdría pagar a un profesor para que les enseñe algo de técnica y después probar una y mil veces algo propio, algo honesto —contestó enfadado—. ¿De qué sirve realizar una copia excelsa, si no tiene alma?

—No todo el mundo tiene un profesor al que acudir.

—Debo darle la razón: tal vez todo el mundo no lo tenga, pero ya le aseguro yo que a esa cuadrilla de ahí les sobra dinero para todos sus demás caprichos. Los conozco a todos, y no son más que un grupo de caballeretes fatuos, sin gusto ni talento.

Chassy estaba a punto de contestar, pero en ese momento distinguió a Rayne caminando hacia ellos. Al señor Northcott se le bajaron un poco los humos al verla.

—¿No me presenta usted a su amiga? Aunque, ahora que lo pienso, no he tenido el honor de conocer su nombre tampoco.

Aquello ya le pareció a Chassy el colmo de la impertinencia.

—No es mi amiga, sino mi prima, y lo cierto es que no tengo ningún interés en presentársela.

—Soy Chastity Alderdice, señor —contestó Rayne, con gran aplomo—. Ella es la señorita Rayne Sallow.

A Chassy, que no acababa de encontrar la ventaja de intercambiar personalidades, le chocó sobremanera escuchar su propio nombre en boca de Rayne, y se preguntó cuánto tardarían en meter la pata, y quién sería la primera de las dos en hacerlo.

—Un honor y un placer, señora.

¡Qué tipo más cargante! ¿A quién esperaba impresionar con ese cambio de tono, tan repentino como falso? Y, además, ¿por qué lo hacía? ¿Porque Rayne era mucho más guapa, y su voz sonaba mucho más dulce? Chassy decidió que era el hombre más horrible que había tenido ocasión de conocer nunca, y deseó no volver a verlo jamás.

—Prima, tenemos que marcharnos.

—Así que van a pasar la temporada en Londres —dijo el señor Northcott, ignorándola por completo—. ¿Su primera vez en la capital? En ese caso, les auguro diversión sin límites y un profundo agotamiento para cuando terminen, repartidos a partes iguales. Todavía no hay mucha gente, pero imagino que ya coleccionarán invitaciones a cenas y bailes, ¿me equivoco?

Rayne contestó con una sonrisa:

—Tenemos que seleccionar con mucho cuidado, señor Northcott, porque nos quedan muchos museos que visitar y muchos rincones que pintar, y si acudimos en tromba a todas las fiestas, nos abandonarán las fuerzas demasiado pronto.

Northcott afiló los ojos. Fue un momento nada más, pero a Chassy no le pasó desapercibido.

—Así que usted también pinta. Acuarelas, sin duda.

—Oh, yo no pinto nada en absoluto —dijo Rayne—; pero mi prima es una artista de gran talento.

—Eso es lo que suelen prometer todas las madres de hijas casaderas; sin embargo, es realmente infrecuente que lo diga una dama soltera acerca de una prima.

A Chassy le entraron ganas de abofetear a Northcott por semejante insolencia.

—Tendrá que disculparnos —dijo entre dientes—. Por lo visto, usted ha venido a la National Gallery por una razón bien distinta a la nuestra, y será mejor que no nos interrumpamos

mutuamente. Vamos, prima, nos quedan unas cuantas salas aún.

Con una reverencia se despidieron las dos; la de Rayne más templada, la de la Chassy tirando a gélida.

—¡Qué tipo tan desagradable! ¿Cómo se atreve? ¿Qué insinuaba con tantas tonterías? ¡Oh, estos lechuguinos de Londres! Ya me voy dando cuenta de cómo son en realidad. Pero tú has estado muy bien, Rayne. Muy digna y muy serena. ¡No como yo, que estaba hirviendo por dentro! ¡Espero que le dé un par de vueltas a lo que ha dicho, y que le entren sudores por su mala educación!

—Bueno, querida, no te sulfures tanto. Como has dicho, no es más que un lechuguino, y no merece la pena dedicarle ni un pensamiento más. ¡Ah, mira! ¿Qué tenemos aquí? ¡Pintura italiana!

***

La señora Woodcourt tenía mucho mejor aspecto. Se daba aire con un abanico de plumas que rivalizaban con las de su turbante —según ella, estaba muy acalorada en los últimos tiempos— y daba su constante aprobación a todos los artículos que las primas habían adquirido el día anterior.

—Oh, esta capa es magnífica, ya lo creo. A veces una echa de menos que el día no tenga más horas para poder lucir todas las prendas fascinantes que se van comprando por ahí. Y ese encaje también es muy bonito. Yo no tengo mucha habilidad para estas cosas, pero podéis pedirle a Katy que os ayude a decorar vuestros sombreros. Tiene una mano excelente, casi francesa.

—Oh, no pienso molestar a Katy con cosas que podría hacer yo misma. De hecho, disfruto haciéndolas... para mí.

Rayne se mordió la lengua justo a tiempo. Había estado a punto de confesar la de tiempo que dedicaba a remendar ropa a sus hermanos. Se le encendieron las mejillas y desvió la vista hacia Chassy, pero fue un gesto innecesario. La señora Woodcourt tampoco estaba prestándole demasiada atención.

—¿Qué te ocurre, muchacha? Te noto distraída.

—¿Conoce usted a un tal Enoch Northcott, señora?

—Ya lo creo que sí. ¡Un tipo estupendo! Somos grandes amigos. ¿Qué ocurre con él?

—¡Un tipo estupendo! —repitió Rayne—. No me ha dado esa impresión.

—¡No te ha dado esa impresión! Pero, ¿cómo? Es todo un *connaisseur* del mundo de la pintura. Una verdadera referencia, y no solo eso, patrocina a jóvenes talentosos y exhibe sus obras en su casa, en la planta baja, como si fuera una galería de arte. Es un hombre divertido, encantador y, además, muy guapo. —La señora Woodcourt dejó escapar una risa perpleja—. ¿Qué ha podido hacer el señor Northcott para que me contempléis las dos con esas caras tan serias?

—Oh, lo más probable es que nada. Llevábamos muchas horas viendo cuadros y me temo que el cansancio ha podido con nosotras —contestó Chassy. Rayne pestañeó y ella la ignoró con determinación—. Sí que me ha parecido que sabía de lo que hablaba. Me pregunto... me pregunto, señora Woodcourt, si sería posible invitarlo el miércoles a nuestra pequeña fiesta. Me encantaría saber más acerca de esos jóvenes a los que patrocina.

—¡Por supuesto que sí, querida! Le enviaré una invitación ahora mismo. El señor Northcott

es, de hecho, un asiduo a mis veladas artísticas. Pero ¿cómo no se me ocurrió invitarlo? Oh, y si os parece bien, extenderé la invitación al joven sir Warren Farley. Son excelentes amigos; tanto, que es raro ver a uno sin encontrarse con el otro... —La señora Woodcourt reflexionó un momento sobre lo que acababa de decir e hizo un gesto con la mano, como si pretendiera borrar sus palabras—. Bueno, supongo que hay muchas ocasiones en las que una se los encuentra por separado, pero sin duda son excelentes amigos. Y sir Warren también es muy guapo, y tiene el alma de un auténtico fiestero.

La señora Woodcourt llamó a gritos a Katy, que entró en tromba en el salón. Dio un rápido vistazo a las compras, mostró su absoluta aprobación con un movimiento casi imperceptible de la cabeza y empezó a hablar con la señora. Más invitados, necesitaba la agenda; Katy, apresúrate, es el próximo miércoles. Y, ¡oh!, si el señor Northcott anduviera ya comprometido; corre, Katy, corre, y pídele a un lacayo que no se duerma en los laureles cuando vaya a llevar los billetes.

Las dos primas pensaron que ser Katy debía ser un trabajo agotador. Mientras la señora daba instrucciones a la doncella, Rayne discutió en voz baja con Chassy.

—¡Menuda idea la tuya! Invitar a ese tipo tan desagradable, solo porque sea un entendido en pintura.

—Me ha entrado la curiosidad, Rayne. Además, se me ha ocurrido una cosa. Antes no hemos podido sacarle los colores pero, hazme caso, vamos a pasar un buen rato a su costa.

Rayne frunció los labios, molesta.

—Tú sabrás, prima. Pero ya puede ser buena la broma para que merezca la pena.

—Te lo prometo.

Katy abandonó el salón a la carrera, la señora Woodcourt volvió a dedicarles toda su atención y a Chassy se le fue dibujando una sonrisilla malévola. Rayne acabó contagiándose de ella y, aunque durante toda la tarde intentó sonsacar a su prima, no obtuvo más que renovadas promesas de diversión a cuenta del señor Northcott.

Y así acabaron de pasar la tarde.

Capítulo 4

—Su prima tenía razón, señorita. ¡El rosa no le iba ni la mitad de bien! ¡Quién lo habría dicho!

El ligero problema que planteaba Katy se había resuelto solo. La doncella había oído claramente que Rayne era Rayne y que Chassy era Chassy o, al menos, lo habían sido en sus primeros momentos. Luego cada una se convirtió en su prima. Sin embargo, Katy no dijo ni mu al respecto. Rayne imaginó que tenía un buen par de motivos para ello: por un lado, las buenas doncellas eran siempre discretas y, por otro lado, después de llevar varios años al servicio de la señora Woodcourt, por fuerza habría aprendido a no sorprenderse por nada.

Aunque ahora sí parecía un poco sorprendida.

—¡Yo la hubiera vestido a usted de rosa! Y en cambio resulta que...

—Que el púrpura le sienta como un guante. Quién lo habría pensado, ¿eh?

Chassy lo dijo como si en realidad ella siempre lo hubiera pensado, lo cual probablemente fuera cierto, y a Rayne le dio un poco de rabia concederle la razón. Para evitarse el fastidio, se la concedió solo de pensamiento.

—A mí no me disgustaba el vestido rosa, de todas formas. Así, tan oscura, me confundirán con una viuda.

—¡Oh, tonterías, querida mía! ¿Es que este tocado es de viuda?—exclamó la señora Woodcourt, que se había dejado caer por ahí para husmear a sus anchas antes de que empezaran a venir los invitados—. Y, además, aunque así fuera, en esta casa mía las únicas viudas que hay son las que confiesan serlo en voz alta, ¿no es así, Katy?

—Oh, en esta casa nunca nada es como parece, señora.

—¡Bien dicho! Y, fíjate bien, los diamantes —unos diamantes que le prestaba la señora Woodcourt, y que le habían provocado un pequeño mareo, de tanto como brillaban— aligeran mucho el conjunto.

Rayne frunció las cejas. No estaba acostumbrada a no salirse siempre con la suya, y no podía asegurar que le agradara la novedad. Giró el hombro para mirarse mejor en el espejo. Luego miró a Chassy, también en el espejo, y frunció un poco más las cejas cuando reparó en su expresión de «ya te lo había dicho yo, prima».

Aquellos días, cada una había ido a su aire. A Chassy le había entrado una especie de furia repentina por pintar un paisaje, y apenas había salido a la calle. Y Rayne, que se había lanzado a la aventura de recorrer Oxford Street por su cuenta en un par de ocasiones, recibió una seria reprimenda de la señora Woodcourt por atreverse a semejante estrambote. La señora no necesitó más que un destemplado «esto no es el campo, querida mía» para dejar bien patente lo que

opinaba al respecto. Con todo, había disfrutado como un niña viendo los escaparates de las tiendas —¡solo en Oxford Street había contado más de quince tiendas de guantes, y una veintena de zapaterías!—, y a las damas elegantes paseando del brazo de caballeros igual de elegantes, y los coches. Y, además, había cogido bastantes ideas para actualizar su vestuario. En particular, no hacía falta que nadie se lo dijera, había hecho un trabajo magnífico con su anticuado vestido de muselina naranja de manga corta. Después de descoser toda la horrible cenefa del bajo, había cortado y arreglado el frontal para dejar una abertura que revelaría la combinación. Ella había pensado en una de raso de color blanco; pero Chassy, en cuanto la vio, afirmó que una de color malva sería tan favorecedora como impactante, y a pesar de que nunca en su vida Rayne hubiera ido buscando lo impactante, reconocía que el efecto era sencillamente maravilloso. Tenía tantas ganas de estrenar el conjunto que casi deseaba que la presentación de aquella tarde hubiera pasado ya.

—La mezcla de colores es osada —dijo la señora Woodcourt, con una sonrisa ladina asomándole en los labios—, y a mí me gustan mucho las cosas osadas. ¡Creo que podría ser una señal de lo que nos espera en esta presentación vuestra, niñas mías! Porque, jovencita, no puede decirse que tu elección sea mucho más discreta.

Esto último iba dirigido a Chassy, que continuaba con una expresión indescifrable en el rostro, como quien trama una venganza y disfruta con ello. Por otra parte, bien pudiera ser que la estuviera tramando.

—Sí, señora —convino Katy—. Dos jóvenes damas muy atrevidas, porque ponerse un vestido de color ámbar con una enagua de un azul tan intenso no está al alcance de cualquiera. Me refiero a que no cualquier dama se atrevería a arriesgar tanto, en un día como hoy. Quiero decir, que un mal paso en un...

—Sí, Katy, querida mía, te hemos entendido a la perfección, no te preocupes. Ten cuidado con ese mechón, amenaza con salir en estampida. Y no te entretengas más de lo debido, porque aún tienes que ayudarme a mí, y ¡oh!, qué tarde es.

—Sí, Katy, será mejor que vayas a ayudar a la señora. Mi prima y yo nos echaremos las manos que hagan falta, ¿no es así, prima?

En cuanto la doncella cerró la puerta a sus espaldas, Chassy alzó un puño y sonrió con satisfacción.

—¡Me ha dado tiempo, Rayne!

—¿Tiempo de qué? ¿De vestirte?

—¡Tiempo de terminar mi cuadro! —A Rayne no le pareció que aquella fuera una tarde para andar pensando en cuadros, pero felicitó a su prima de todos modos—. Y voy a necesitarte para dentro de un rato. Cuando ese presuntuoso del señor Northcott venga, quiero que le hables de mi obra. Dile que te encaprichaste al verlo en una subasta y que pagaste una pequeña fortuna por él.

—¿Yo? Pero, Chassy, ¡si yo no tengo ni idea de pintura! ¡Se reirá de mí!

—Oh, en absoluto, prima; ya te aseguro yo que no será risa lo que le entre.

—¡Hazlo tú! Y así podrás ver mejor su cara cuando le digas que es tuyo.

—¡Es que no pienso decírselo! Al menos, no de momento. Además, no podría ser tan desvergonzada como para alabar una obra mía. Soy una persona muy modesta, ¿sabes?

Rayne eso no lo tenía tan claro.

—Ayúdame a colocarme bien el chal. Bueno, le hablo del cuadro y después... ¿No convendría que me lo enseñaras antes? ¿Y si me pregunta alguna cosa sobre la técnica? Me viene justo para distinguir un óleo de una acuarela.

—Para empezar, no creo que eso sea cierto. Tú misma me dijiste que tu madre se había esforzado por daros una educación decente. Y, para seguir, ¿qué importancia tiene? El arte se disfruta por los ojos. Di que fue un capricho.

Rayne se echó a reír.

—Le diré que fue un capricho y que me estoy arrepintiendo. A ver qué me aconseja que haga.

A Chassy le brillaron los ojos.

—¡Buena idea! Así veremos si es tan hipócrita como maleducado.

***

Sir Warren Farley se pasó los dedos por el pelo para peinarse, y también para mantener las manos ocupadas. Cuando no estaba repeinándose, se toquiteaba la barba, consultaba el reloj o se inclinaba hacia delante para observar mejor el tráfico.

—¿Algo te inquieta, Farley? —preguntó Northcott con languidez.

Farley hizo un gesto ambiguo con la mano. Estaba resultando molesto, sí, pero le traía sin cuidado. Sus pensamientos se ocupaban de cosas muchísimo más importantes que la comodidad de su amigo. Cuando Northcott quería, también podía ser infinitamente pesado.

—Tan solo contemplar la posibilidad de que vuelvas a hablarme de tu condenada exposición. Perdón, quería decir tu proyectada exposición.

—No te disculpes, Farley. —Northcott estrechó los ojos—. Pero, dime, ¿qué te ocurre hoy? Te noto algo disperso.

La verdad sea dicha, a Farley no le apetecía mucho ventilar sus problemas. Su problema, en realidad; ya que, en el fondo, todo se reducía a una sola cosa: en su última juerga había acabado por endeudarse hasta las cejas, y como llevaba meses arrastrando otras deudas anteriores, se había visto obligado a hablar con su padre.

Con dos dedos se ahuecó el cuello de la camisa.

—Asuntos desagradables que no debieran enturbiar nuestro buen ánimo.

—Comprendo.

Aquella noche abrigaba la secreta ilusión de relajarse y divertirse con tranquilidad. Le vendría bien; es más, le hacía falta. Reposar, despejar la cabeza. En una recepción de la señora Woodcourt podía ocurrir ciertamente de todo, pero Farley sabía que allí sería muy difícil dejarse arrastrar por el juego. Al menos, por el tipo de juego que le ponía en aprietos. Una partida de *whist* o dos, si se veía forzado, no supondría un grave desfalco. Aunque, tal y como le iba la suerte en los últimos tiempos...

El coche se detuvo y Farley descendió de un salto.

—No somos los primeros. Confío en que tampoco seamos los últimos.

—La señora Woodcourt sabe que siempre llegas tarde. —Northcott esbozó una malévola y sonrisa y añadió—: Apuesto a que cuenta con eso.

A Farley no le gustó su tono, pero estaba decidido a ignorarlo. La anfitriona aguardaba en el umbral de la puerta, sonriente como una formidable estatua romana, dispuesta a darles la bienvenida.

—Mi queridísima señora Woodcourt. Siempre es un placer.

La saludó con una exquisita reverencia y no se molestó cuando la señora dejó escapar una risilla.

—No sea usted zalamero, sir Warren. Al menos, no lo sea conmigo esta noche. Hay dos jóvenes damas a las que me encantaría presentarle, y como ya no espero a más invitados, les acompañaré en persona hasta ellas ahora mismo. Enoch, qué alegría más inmensa.

—Gracias por acordarte de mí, Clementine. Hacía tiempo que no coincidíamos.

—En realidad, me olvidé de ti por completo, querido mío. Te incluí en mi lista a última hora.

—Eso, Northcott, debería darte idea de lo aburrido que te has vuelto de un tiempo a esta parte —dijo Farley.

—Qué afrentado me siento.

—No te preocupes —rio la señora Woodcourt—, se te pasará en seguida. He reunido a un grupo de lo más pintoresco esta noche. ¿Dónde se habrán metido mis dos palomas? ¡Ah, ya las veo, conversando con lord Hareton! Tendré que deshacerme de él, concédanme un momento.

Se despojaron de abrigos y sombreros, que un lacayo se apresuró a recoger, y acompañaron a la señora Woodcourt saludando y sonriendo cómodamente a su alrededor. La compañía parecía, en efecto, pintoresca, y a Farley no le habría extrañado que la velada terminase con alguna función de teatro improvisada; sobre todo, teniendo en cuenta que Fiona Mullen andaba por ahí.

—Gracias por cuidar de mis protegidas, milord. Creo que andaban preguntando por usted justo ahora, por allí. —Lord Hareton miró un instante a las damas y se despidió con toda cortesía—. La señorita Chastity Alderdice, hija de una buena amiga mía que vive allá por el inhóspito norte, y su prima, la señorita Rayne Sallow. Es su primera aparición en sociedad y, si no me equivoco, la primera vez que están en Londres. Sir Warren Farley y el señor Enoch Northcott.

La señora Woodcourt miraba al infinito mientras hablaba, puede que al mismo Hareton al que acababa de echar, y las dos primas hicieron sus reverencias a la vez, así que a Farley no le quedó muy claro quién era quién.

—Un placer y un honor, señoras.

Northcott no dijo nada, solo saludó con rostro de piedra. Farley resopló. Su amigo, pensó, estaba cada vez más rarito.

—Lo mismo digo, señor.

Las primas hablaron también a un tiempo, y el desconcierto le llevó a soltar una carcajada.

—Caramba, parece que hayan estado ensayando esta presentación tan encantadora.

—Estamos tan unidas, señor, que a menudo nos ocurren este tipo de cosas —dijo la prima más alta.

Su sonrisa, se fijó él, era todavía más encantadora. La otra permaneció en silencio, con los ojos fijos en Northcott, y Farley juraría que con expresión retadora.

«Pues que se apañen los dos», se dijo, divertido.

Las dos jóvenes eran bastante guapas, y a Farley, que estaba más puesto en moda de lo que muchos podrían suponer —no todo iban a ser las apuestas—, le llamó la atención lo arriesgado de sus atuendos. Además, estando bajo la protección de quien estaban, las dos damas podían ser cualquier cosa.

—Así que su primera vez en Londres. Y, ¿qué opinión le merece la ciudad, señora? ¿Ofrece suficiente diversión para usted?

—¡Oh! —La joven miró de reojo a su prima, y se las apañó para alejarse mínimamente de su alcance—. Creo que sí, solo que no he tenido mucha ocasión de probarla. Mi prima... la señorita Rayne Sallow, ¿sabe?, es una gran aficionada al arte y hemos aprovechado para visitar algunas galerías.

—¡Oh, en ese caso su prima ha dado con la persona idónea! —dijo, observando a su amigo—.

Northcott es capaz de pegarse horas hablando de matices. No obstante, imagino que usted habrá venido por otros motivos, ¿verdad?

—Pues imagina usted bien —contestó la joven, y su sonrisa alcanzó proporciones olímpicas.

Farley se animó.

—¿Le gusta el teatro? ¿La ópera, el *ballet*? ¿Los conciertos?

—¡Todo! Todo me encanta. —Durante un momento, se puso muy seria—. Todo, menos los combates de boxeo.

—¡Por supuesto! No suponía que le interesaran los combates en absoluto. ¿Por qué iban a hacerlo?

—Oh. ¡Oh, eso digo yo! Acabo de recordar que..., hum, un conocido mío me habló del boxeo con mucho fervor, y aunque probablemente no tenga nada de malo asistir a una de esas veladas, como las llaman, prefiero mantenerme bien lejos de semejantes antros.

—Bueno, no sé qué planes albergará la señora Woodcourt respecto a ustedes, pero no creo que se le haya ocurrido siquiera. ¡El boxeo! —Sin querer, Farley se acordó de la discusión que había mantenido con su padre aquella misma mañana. Meneó la cabeza con disgusto—. Pídanle a su protectora que las lleve al teatro, al Drury.

—¿El Drury me recomienda usted? ¿Qué obra hay ahora en cartel?

—Una de Shakespeare.

—¿Cuál?

—Cualquiera, no lo sé. Pero siempre representan obras de Shakespeare. ¿Por qué, no le gusta Shakespeare?

La joven se echó a reír y su risa le pareció a Farley tan encantadora como el resto de su persona.

—¿A quién no le gusta? Le diré a la señora Woodcourt que queremos ir al teatro.

—Las acompañará con gusto. Es una de sus pasiones.

—Eso tengo entendido —dijo la joven, y miró a su alrededor, como buscando a alguien—. Nos dijo que acudirían unas personas relacionadas con el teatro, pero no recuerdo sus nombres.

—Es probable que se refiriera a su amiga, la señorita Mullen. Es aquella de allí.

—Ah, es verdad. Tiene un aire de lo más misterioso.

—Imagino que sí —respondió Farley, y arrugó la nariz.

A Fiona Mullen, como a la señora Woodcourt, siempre le había gustado vivir al filo del escándalo. Por desgracia para ella, como carecía de fortuna, no todo el mundo tenía la misma paciencia con sus excentricidades.

—Sus fiestas fueron muy sonadas hace unos años, cuando se puso tan de moda el estilo Emma Hamilton. —La muchacha apenas pestañeó pero, por su gesto tan impasible, Farley supo que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando—. Unas fiestas en las que los invitados se disfrazaban de griegos. A la señorita Mullen se le daba muy bien fingir que era una escultura; se empolvaba de blanco de arriba abajo y permanecía quieta mientras sus amigos hacían pequeñas representaciones.

—¿Incluso los brazos? —parecía más extrañada que indignada.

—Incluso los brazos: blanco por todas partes.

—No suena muy divertido.

—Bueno, de vez en cuando también actuaba.

—¡Señorita Alderdice! —Northcott se presentó con muy pocos modales entre ambos y desplazó a Farley de un empujón—. ¿Señorita Alderdice?

La muchacha miró hacia él, como desconcertada por unos momentos. Luego recuperó su sonrisa y cabeceó en dirección al maleducado de Northcott.

—Conque ha adquirido usted una obrita, ¿eh? Así, sin conocer de nada al autor, ni probablemente al vendedor tampoco. Me lo ha dicho su prima.

Y señaló con la cabeza a la otra joven, que se acercaba unos pasos por detrás.

—¡Cierto! Gracias por recordármelo, prima, casi lo olvido.

—No puedo creerlo —contestó la otra. A Farley, su sonrisa le hacía desconfiar seriamente de ella—. Llevas toda la mañana hablándome de tu cuadro.

Farley se temió lo que vendría después y se ofreció a traer unos refrescos para las damas.

—Tráeme algo a mí también, Farley.

—Me temo que no te he oído, Northcott.

Se alejó antes de que empezara el terrible monólogo que, sin duda, surgiría en cuanto su amigo tomara la palabra, y compadeció a las dos damas.

***

Chassy se pasó la lengua por los labios. Le vendría muy bien la limonada prometida; el rato que había pasado con aquel vanidoso de Enoch Northcott había puesto a prueba hasta la última fibra de su buena educación, y ahora se sentía muy enojada. De hecho, hasta empezaba a dudar de que su idea hubiera sido tan buena como había creído unos días antes. Incluso haber llegado a pensar que le hubiera gustado retratarlo le parecía ya una broma de mal gusto. Sí, tenía un físico de lo más interesante, pero más allá de eso...

—Pues sí, un cuadrito de un paisaje —estaba explicado Rayne. Al hablar, movía mucho las manos—. No me pregunte por el autor, se lo ruego.

—¿Ni por el galerista, deduzco?

—Tampoco por él. Quieren que se mantenga en secreto su nombre.

—¡Qué inaudito! Los pintores suelen pecar más de vanidad que de cautela, y en cuanto a quienes comercian con obras, no quiero ni contarle.

—Al menos, en esto último —intervino Chassy—, no voy a quitarle la razón.

—Su prima se refiere a que ha estado quitándomela durante el escaso tiempo que llevamos hablando —dijo el señor Northcott.

—Ahórreselo, señor Northcott. —Chassy hizo un gesto displicente con la mano—. Tenga por seguro que mi prima no va a creer ni una sola de sus palabras.

—Me creerá, espero, cuando me muestre la obra y le exprese mi opinión.

—Bueno, eso no lo sé —dijo Chassy, enfadada.

No soportaba a aquel hombre, pero su propia vanidad le picaba y quería conocer lo que opinaba sobre su cuadro. Al poco rato, la señora Woodcourt se acercó hasta ellos con Fiona Mullen agarrada del brazo.

—Qué grupo tan encantador —le dijo a su amiga, que asintió con una sonrisa—. Y todavía lo será más cuando sir Warren vuelva a unirse a ellos, ¿no crees, Fiona, querida?

—Desde luego, aunque sospecho que sir Warren aún tardará un rato. Lo he visto hablando con Christine Shaw, y ella lo tenía cogido del brazo de una manera muy poco alentadora.

—Hum. No me extrañaría que anduviese a la caza de unas invitaciones para Almack’s. Creo que le prohibieron entrar hace cosa de unas semanas.

—Eso fue porque llegó tarde. Ya sabes que a partir de las once no te permiten pasar, ni aunque seas todo un duque.

—Pues eso también debería saberlo sir Warren.

—Y sin duda lo sabe, señoras —intervino Northcott—, pero sería injusto reprocharle nada. En los últimos tiempos le acucian las responsabilidades.

—¡Eso sí que es raro! Bueno, no queremos interrumpir. ¿De qué estabais hablando, queridas?

—De un cuadro que... ejem... compré ayer mismo en una subasta. Me gustaría que el señor Northcott me acompañara a verlo.

Chassy miró alarmada a la señora Woodcourt, que desde luego sabía que Rayne no había hecho nada por el estilo, pero la señora se limitó a suspirar y después hizo un movimiento adorable con las manos.

—Ah, sí. El cuadro. ¿Dónde dices que está, querida mía?

—¡Está en mi habitación!

Hubo un instante o dos de silencio y, de nuevo, fue la señora la que antes se recompuso.

—¡Cómo no! Pero no pretenderás que el señor Northcott te acompañe allí para verlo, ¿verdad?

Rayne se volvió toda ella de color rojo, justo en el momento en que Farley regresaba con las limonadas. Se quedó mirándola con una sonrisa traviesa y le ofreció uno de los vasos.

—Imagino que mi amigo ha venido practicando galanterías con usted, señora, para hacerla sonrojarse de esta manera tan descarada. Sepa, sin embargo, que todo lo que ha aprendido, y no es mucho, lo ha aprendido de mí.

Northcott soltó una carcajada demasiado espontánea como para que nadie se la tomara a mal, y la señora dijo que Katy haría bajar la obra en seguida.

—Ya le voy a indicar yo dónde dejarla. Chastity, querida mía, acompáñame para explicarle a esta doncella mía qué es lo que tiene que buscar.

Chassy avanzó un paso; luego recordó que la señora se refería a «la otra Chastity», aceptó el vaso de limonada que le tendía Farley y agradeció tener algo entre las manos. No habría quedado muy elegante secarse el sudor que le goteaba, con toda finura, por el cuello.

***

—Deja que tu primita se haga cargo de sir Warren, querida —dijo la señora Woodcourt—, y quédate con el señor Northcott, con total confianza. Yo me sentaré ahí, en ese rincón, a conversar la mar de tranquila con mi amiga. Ni notaréis que estamos en la misma habitación; pero, ¡ay!, será mejor no dar demasiado que hablar a según qué invitados. La señora Shaw es muy cotilla.

A Rayne no le hizo mucha gracia cambiar a sir Warren por Northcott, quien parecía tener un alfiler en la lengua; pero se dijo que se cobraría el favor más pronto que tarde, y se quedó junto a él muy tiesa, atisbando por encima del hombro y fingiéndose muy interesada.

Northcott la miró con fijeza después de echar un vistazo al cuadro; se aclaró con suavidad la garganta y se dirigió a ella en un tono casi amable:

—¿Esta es la obra que ha adquirido usted? Y, ¿dice que se arrepiente de haber gastado una pequeña fortuna?

Rayne se envaró. Northcott no tenía forma de saber que era poco menos que una pueblerina; pero ella sí sabía que lo era, y le dio mucha vergüenza que pensara que se había dejado engañar.

—Pues ya ve. Quizá debería haber hecho caso a la señora Woodcourt. La próxima vez

permitiré que me asesoren un poco mejor antes de malgastar mi dinero.

—Al contrario, señorita Alderdice. Usted lo que ha hecho es una magnífica inversión, si es que tal era su propósito; y si lo único que quería era adquirir una excelente pintura por amor al arte, me veo obligado a felicitarla.

—Ah, ¿sí?

Rayne pestañeó, confundida, trató de encontrar en él un matiz de burla. No lo halló y le dedicó media sonrisa.

—Me gustaría mucho conocer al autor; o que me confiase usted su identidad. Haré unas discretas averiguaciones y daré con él por mi cuenta. Le aseguro que el nombre de usted no saldrá a la luz.

—Oh, no, no; no podría. Prometí de manera expresa que guardaría silencio.

—Ya veo. Qué contrariedad. La técnica es prometedora. Burda y por pulir, en cierto modo, pero muy prometedora. La temática, bueno, no es muy arriesgada, desde luego; pero el tratamiento de la luz para conseguir las perspectivas...

Asintió para darle la razón. Estuvo asintiendo un buen rato, mientras Northcott hablaba por los codos, y se esforzó en retener lo máximo de su discurso para contárselo después a su prima. Cuando hubo transcurrido un tiempo, comprendió que el esfuerzo estaba por encima de sus posibilidades y se limitó a sonreír y a reprimir bostezos.

—En resumen, es muy novedoso. He oído que en España hay un pintor que ha empezado a utilizar esta técnica. Supongo que el joven autor de este cuadro —porque estoy convencido de que es un tipo joven; joven y audaz— habrá viajado allí para estudiar al maestro. Voy a aventurarme aún más: quizá este joven ha sido soldado y le tocó combatir en España, y al terminar la guerra decidió quedarse para ampliar sus conocimientos. ¿Qué, me estoy dejando llevar por el entusiasmo?

—Oh, lo más probable es que sí —concedió ella. Northcott no se mostraba tan arrogante como había temido y Rayne empezaba a sentirse un poco más cómoda en su presencia—. Joven es, eso es cierto, pero su aspecto no sugería ninguna marcialidad. Y, hasta donde yo sé, se ha formado en Inglaterra. En el norte, para ser exactos.

—Me pregunto quién será. ¿De verdad no hay ninguna posibilidad de que me lo diga? —Rayne negó con la cabeza—. Y, ¿quizá se avendría a hacerle llegar una nota de mi parte? Sé que sería abusar con descaro de usted, señora, que ni siquiera me conoce. Sin embargo, no se me ocurre otra manera de... Espere, ¿la señora Woodcourt, a lo mejor, es quien les presentó? ¿Quizá ella...?

—No, no, no siga por ahí. Fue un encuentro fortuito, por así decirlo. Tampoco mi prima sabe de quién hablo.

—¡Oh, su prima! Seguro que no.

Northcott hizo un gesto de impaciencia, y acto seguido se disculpó.

—No diría que su prima y yo hemos empezado con buen pie, la verdad. Pero seguramente es culpa mía.

No lo dijo, desde luego, con el tono de voz que emplearía una persona arrepentida. Rayne prefirió mantenerse leal a su prima.

—Seguramente lo es.

—Diantre, veo que la sinceridad es cosa de familia. Por desgracia para mí, no puedo decir que no lo merezca. Mis disculpas, señora.

Hizo una reverencia de lo más elegante, y sonrió con los labios y también con la expresión de

los ojos, y Rayne decidió que podía perdonarle el desliz. Todavía sonreía cuando se dirigió a la señora Woodcourt, que hablaba en voz muy baja con su amiga.

—Clementine, vamos a regresar al salón con los demás invitados. Me temo que estoy aburriendo a tu protegida.

—Id delante, os lo ruego —contestó la señora—; en cuanto la señorita Mullen termine de explicarme una cosilla, nos reuniremos con todos.

—¿Me permite, señorita Alderdice?

Le ofreció el brazo con galantería y Rayne colocó con suavidad la mano por encima.

—Por supuesto que se lo permito.

Cuando regresaron al salón, vio a Chassy charlando muy animada con lord Hareton y sir Warren, y pensó, sin que le cambiara la cara, que su prima había estado rápida. Los observó a los tres. Sir Warren tenía un aspecto peculiar, tan grandote, con esa barba rubia tan rizada que le hacía parecer algo mayor de lo que debía de ser en realidad; la nariz demasiado grande y los ojos de un azul tan claro, casi grises. Si le hubieran preguntado, Rayne hubiera dicho que tenía más pinta de militar que de noble. Aunque tampoco es que Rayne tuviera mucha idea de cómo eran unos y otros, sí pensaba que lord Hareton era tal y como se imaginaba una a los aristócratas: alto, estiloso, con los oscuros cabellos bien repeinados y sonrisa burlona. También debía de ser muy ocurrente, porque, en esos momentos, Chassy reía con ganas de algo que acababa de contarles.

—Un tipo elegante, ¿verdad? Perdón. Quería decir un caballero elegante.

—¿Hareton? Hum. Supongo que lo es. Quizá su estilo es muy colorido para mi gusto. De todas formas, si me acepta usted un consejo, váyase con ojo. Los tipos que se esfuerzan tanto en agradar a las damas como milord suelen acabar causándoles demasiados quebraderos de cabeza. La señora Woodcourt la prevendría, si tuviera la atención donde debería tenerla.

—Le agradezco el consejo.

—Puedo darle muchos más, a cambio de un simple nombre.

—No me comprometa usted, señor Northcott —dijo Rayne, con la mejor de sus sonrisas.

—Está bien, no la comprometeré.

Northcott se quedó mirándola durante un rato que a Rayne le pareció excesivo. Apartó la vista y se concentró en sus pies.

«No es particularmente agradable. Pero, desde luego, es un tipo de lo más guapo, este Northcott».

Capítulo 5

Queridos Lottie, Wilson, Annie, Lewis y Georgette:

¿Cómo habéis pasado esta primera semana? Dado que no he recibido ningún correo urgente, imagino que no os habéis metido en ningún lío fuera de lo común. Espero que sigáis así y que hagáis todo lo que os diga Lottie.

Londres es una ciudad maravillosa. ¡Ojalá hubierais podido acompañarme! Lo que sí os aseguro es que, en cuanto consiga un marido lo bastante aceptable, una de las primeras cosas que haremos será venir todos juntos.

Querida Lottie, Oxford Street es la calle más increíble de todas las calles increíbles que hayamos visto (pues, aunque hayan sido más bien pocas, me niego a creer que exista nada comparable). Hay tantas tiendas que podrías pasarte días enteros viendo los escaparates. ¡Y qué mercancías!

Georgette, he oído que hay un parque fantástico donde actúan equilibristas y, Annie, Lewis: ¡también realizan ascensiones en globo! ¿Podéis creerlo? Enormes globos con unas cestitas donde se monta la gente, y creo que ascienden hasta casi rozar las nubes. Por supuesto, no tengo ninguna intención de montar (tampoco creo que me permitieran hacerlo), pero no me importaría nada acudir algún día a verlo.

Wilson, querido mío, de todo lo que he visto no sé si hay algo que podría tentarte, pero como no ha transcurrido ni una semana, prometo averiguar cómo distraerte cuando vengamos todos.

La prima Chassy ha resultado ser mejor de lo que pensaba. Está un poco obsesionada con la pintura y me ha arrastrado por un buen montón de museos, pero no es en absoluto la dama estirada que temía encontrar. Y su protectora, la señora Clementine Woodcourt, es una persona de lo más peculiar. Anoche organizó lo que ella llamó «una pequeña recepción» en su casa para presentarnos a algunos de sus conocidos. La velada transcurría de la manera más tranquila posible, cuando un par de señoras empezaron a alborotar y a decirse cosas terribles... ¡en verso! Yo no daba crédito a lo que sucedía, pero cuando una de ellas desafió a duelo a la otra y la apuntó con un ramillete de flores, no pude resistirlo y me interpuse entre las dos para evitar el desastre. ¿Podéis creer que, cuando traté de separarlas, no se me ocurrió otra cosas que recitar a lord Byron? ¡Fue espantoso! Sobre todo, cuando las dos señoras prometieron no citarse al día siguiente y el resto de los invitados comenzó a aplaudir. Confieso que me molestó darme cuenta entonces, y no antes, de que estaban representando una pequeña obra de teatro improvisada. La prima Chassy estaba tan estupefacta como yo, pero creo que éramos las únicas. Por lo que tengo entendido, este tipo de cosas suelen ocurrir cuando la señorita Fiona Mullen es invitada a alguna fiesta.

Esta señorita, de hecho, suele actuar en pequeñas representaciones privadas, y me ha convencido (¿o debería decir que me he dejado convencer?) para tomar parte en alguna de ellas.

Aquí Rayne se detuvo, sostuvo la pluma en el aire y meditó sobre la conveniencia de escribir algo así a sus hermanos. Sin embargo, la señorita Mullen había dicho que las representaciones eran por completo inofensivas, y que no pocas damas de la buena sociedad acudían a verlas. Y, además, Rayne no se sentiría bien haciendo algo que no se había atrevido a confesar a su familia. La propia señora Woodcourt, a la que tanto había molestado que recorriera por su cuenta Bond

Street, había afirmado que no veía nada malo en ello, y que confiaba plenamente en el sentido del decoro de su amiga.

> Las representaciones se basan en gran parte en la improvisación, y no en obras de teatro ya escritas. La próxima estará inspirada en La segadora solitaria. ¡Da la casualidad de que la señorita Mullen andaba buscando a una joven que pudiera interpretar a la segadora! Dijo que, por mi aspecto, podría pasar por una muchacha escocesa (aunque espero que no por una auténtica segadora). Os contaré mis avances dramáticos en la próxima carta.
>
> Escribidme, por favor; Lottie, escríbeme, y contadme qué tal os las apañáis sin mí. No os preocupéis por el franqueo. La señora Woodcourt puede permitirse eso y más. ¡Mucho más! Portaos bien y acordaos mucho de vuestra hermana, que os quiere y añora, etc.

Aquella mañana, Northcott había madrugado, a pesar de que había pasado una noche terrible. Y, ahora, además, se sentía incapaz de probar bocado. Se sirvió un poco de café, jugueteó con una porción de bizcocho que no tenía intención de terminar y, por fin, se recostó contra el respaldo de su asiento, muy furioso consigo mismo.

Él, que tantas esperanzas había depositado en su exposición, de repente se daba cuenta de que no podía hacer sino el ridículo. Un artista tan prometedor, que ya había vendido obra en Londres... ¡y Northcott, ignorante de su mera existencia! Él, que se preciaba de ser un mecenas y cazatalentos de primera categoría. Alguien se le había adelantado; alguien había descubierto un diamante en bruto y Northcott no conseguía imaginarse quién. ¿Se trataría de Samuel Woodburn?

Frunció el ceño, hizo girar la taza entre sus manos y se salpicó de café. No, aquello no tenía sentido. No encajaba con su forma de actuar; por otro lado, la señorita Alderdice era una perfecta desconocida en Londres. En su lugar, Woodburn habría preferido a un comprador de más postín para alardear después ante otros. Otros como Enoch Northcott; especialmente, de hecho, ante Enoch Northcott que, en los últimos tiempos, le había tomado la delantera tantas veces.

Se preguntó si su rival tendría alguna idea acerca de la identidad del señor X. Consultó el reloj; todavía era demasiado temprano, pero dentro de un par de horas iría a visitar a algunos de sus conocidos e intentaría dar con informaciones interesantes. Un hombre joven, del norte de Inglaterra, que se había formado a sí mismo: todo eso le había contado la señorita Alderdice. Northcott podía añadir que era un hombre vigoroso —eso lo veía en la fuerza del trazo—, osado —por el novedoso tratamiento de los juegos de luces—, y, casi con toda probabilidad, tímido. ¿Por qué, de lo contrario, iba a querer mantener su nombre en secreto? Además, si la señorita Alderdice había sido sincera al contarle cuánto había desembolsado —y carecía de motivos para creer lo contrario—, era más que probable que estuviera mal aconsejado. No, aquello descartaba de forma definitiva a Samuel Woodburn. Podían tener sus más y sus menos, pero no era ningún zopenco, desde luego.

Volvió a mirar la hora. Solo habían transcurrido unos minutos. Se puso en pie con arrebato. Para matar el tiempo, prepararía una lista con todas las personas capaces de proporcionarle algún dato, y haría todo lo posible por visitarlas aquel día. ¡Aquella misma mañana, tal vez! Enoch Northcott tenía una misión y no cejaría hasta resolver el misterio. Y si, con todo, no conseguía ninguna información que pudiera servirle, iría a ver a la señora Woodcourt con algún pretexto y hablaría con la señorita Alderdice, que le había parecido encantadora. No como la víbora de su prima, por cierto.

***

—¿Qué dirías que fue lo mejor de la noche? —preguntó Chassy—. Sin moverte, por favor.

Rayne meditó su respuesta. Debería haber nombrado a los candidatos que había anotado en su lista —lord Hareton y sir Warren la encabezaban, por el momento—; pero, si tenía que ser sincera, lo que más había disfrutado había sido otra cosa.

—Confieso que el mar de aplausos. No sabía que actuar fuera tan divertido.

—Bueno, en realidad, tú no estabas actuando. Creíste que la actuación fue real, y tu honorabilidad norteña te obligó a detenerla. Y de una manera muy original, por cierto.

—Tú también eres norteña —observó Rayne—, y no vi que pretendieras intervenir.

—¡Porque me paralizó el espanto! Soy una norteña cobarde.

Rayne se echó a reír.

—Creo que, en el fondo, me recordó demasiado a una pelea entre hermanos, y tengo mucha experiencia poniendo orden.

—Y también eres un poco mandona.

—Sí, eso también. ¿Me permites que me rasque la nariz?

Chassy arrugó la suya, pero no dijo que no, y Rayne intentó no cambiar de postura. Chassy se había empeñado en pintarle un retrato «muy arriesgado», y ya no sabía ni la de rato que llevaba sin moverse. Lo que sí sabía era que se le estaba durmiendo un pie, y que sería muy desagradable dentro de un rato.

—Gira un poco más la cara. Quiero hacerte un perfil en el que nadie te reconozca, por si acaso.

—¡Y más te vale que así sea, prima! O yo misma me encargaré de hacerlo trizas, te lo aseguro.

—Nadie te reconocerá. Es más, puedo incluso dibujarte con un antifaz.

Chassy dejó de hablar y se concentró en el retrato. Rayne se concentró en desear que nadie abriera la puerta y la sorprendiera así, posando en ropa interior como una desvergonzada. Oh, sus hermanas la habían visto de esa manera infinidad de veces, claro, pero una prima no es una hermana. Y, desde luego, si Chassy no le hubiera prometido que aceptaría las invitaciones de la señora Shaw para asistir a Almack’s el próximo miércoles, nunca habría accedido a semejante disparate. Que la pintase de tal guisa que nadie pudiera intuir quién era la modelo había sido el segundo requisito, tan importante como el primero.

—Y, volviendo a lo de antes... ¿Irás a los ensayos esos de los que te habló Fiona Mullen?

—Me parece que sí iré —contestó Rayne, reticente, y giró el rostro para estudiar la reacción de su prima. Sin embargo, Chassy no se mostró en absoluto escandalizada, y se relajó un tanto—. No creo que haya nada malo en recitar poesía delante de otras personas. Pasear vestida de campesina y simular que recojo flores mientras suspiro un poco, ¿qué daño puede hacer eso a la moral de nadie?

—En efecto, no suena muy provocador. Aunque, ¿quién soy yo para hablar de provocaciones?

—¿Y para ti, Chassy? ¿Qué fue lo mejor de la noche?

—¡Observar la cara de fastidio de Enoch Northcott, después de que le enseñaras mi cuadro!

—Casi me sorprende que te fijaras. Se te veía muy interesada en lo que estaba contándote lord Hareton.

Chassy le dirigió una mirada fugaz.

—¿Detecto un matiz reprobador en tu comentario? Puedes estar tranquila; ya te dije que daré

todos los pasos a un lado que necesites. Tampoco me interesa lo más mínimo lord Hareton, ni sir Warren; ni ningún otro, ya puestos. Nadie salvo Enoch Northcott, y por el motivo que tú y yo sabemos.

Rayne no acababa de entender por qué a Chassy, de repente, le obsesionaba fastidiar a un tipo al que no conocía de nada y con el que, de proponérselo, podía no volver a coincidir en su vida. Sin embargo, se limitó a comentar:

—Ten cuidado, prima. Del odio furioso al amor rabioso solo hay un pequeño paso.

—¡Qué tontería! Nunca podría fijarme en un hombre tan pagado de sí mismo.

Chassy, en ocasiones, también parecía un poco pagada de sí misma, pensó Rayne. Se encogió de hombros.

—¡Que no te muevas, querida!

***

Aunque nunca se había considerado a sí misma una mujer vanidosa, Rayne comenzó a plantearse que quizá sí lo fuera un poco, sobre todo cuando arreciaron los aplausos y las exclamaciones admiradas del grupo de teatro de Fiona Mullen.

—Apreciada amiga, ¡me cuesta tanto creerte cuando dices que jamás habías actuado! Pareces hecha para la interpretación —dijo una de las damas, cuyo nombre Rayne había olvidado al segundo de ser presentada.

Sonrió. Miró a su anfitriona por debajo de las pestañas y se colocó mejor el sombrerito de paja sobre los rizos castaños. Podría haber contestado que, alguna que otra vez, con Lottie y Wilson había representado un cuento para los pequeños; no obstante, recordó a tiempo que Rayne ahora no era Rayne Sallow, la abnegada hermana mayor de una buena recua de críos, sino la señorita Chastity Alderdice, hija única.

—Oh, nunca antes, pero es cierto que me encanta Wordsworth, y el poema de la segadora es uno de mis favoritos.

—Y, no me diréis, queridas amigas —intervino Fiona Mullen—, que con esos ojos y esa sonrisa... ¡es como si el propio Wordsworth lo hubiera escrito pensando en ella! —Todas, o casi todas las queridas amigas, se mostraron de acuerdo—. Ha sido una gran suerte para nosotras que aceptaras unirte a nuestro pequeño grupo.

Hester Brown, una dama de cabellos grises, la única que parecía no creer que Wordsworth anduviera pensando en Rayne cuando compuso su poema, la miraba con ojos penetrantes y semblante serio. En cuanto tuvo ocasión, la apartó de las demás y la invitó a sentarse junto a ella.

—Tengo entendido, señorita Alderdice, que usted y su prima iban a ser introducidas la próxima semana, ¿no es cierto? En Almack’s.

Solo le faltó añadir «a pesar de su edad».

Rayne asintió.

—Y, ¿no opina usted que, quizá, sería inconveniente seguir participando en estas obritas? Ya sabe que a las debutantes las vigilan con lupa en ese templo sagrado de las apariencias.

—La señora Woodcourt me aseguró que no había ningún problema.

—Oh, las normas que rigen a la señora Woodcourt son muy distintas de las del resto de la sociedad. Si nadie se lo había dicho, ya se lo digo yo, y no me lo agradezca. De las que estamos aquí, por supuesto, puede usted fiarse. Somos discretas y, además, adoramos el teatro como arte;

pero tenga en cuenta lo que le he dicho en el caso de que Fiona le ofrezca actuar para grupos más numerosos. Antes de aceptar, piense un poco en las consecuencias.

—¿De qué consecuencias estás hablando, Hester? —La señorita Mullen se acercó a ellas con una amplia sonrisa.

—Prevengo a la señorita Alderdice respecto a tus deliciosos bollitos rellenos de caramelo. —La apuñaló con la mirada y Rayne no se atrevió a cantearse—. Son una delicia, pero conviene no abusar de ellos.

—Estoy de acuerdo. Al menos, en lo primero que has dicho. Cualquiera puede preparar bollitos, supongo, pero si los míos se han vuelto célebres será por algo. Los preparo yo misma, ¿sabe, señorita Alderdice?

La señora Brown la tomó del brazo, la acompañó hasta la mesita, eligió con cuidado un par de pastelillos y le ofreció uno a Rayne, observándola con fijeza.

—Le ruego que no olvide mi consejo, señorita Alderdice. Londres refulge para que apartemos la vista de sus auténticas miserias. —Mordisqueó su dulce—. Es realmente delicioso; tal vez debería pedirle a Fiona la receta, pero no creo que me la dé. Mucha suerte el miércoles, querida. Me gustaría confiar en encontrármela en Almack's, pero lo cierto es que nunca he sido invitada. Me atrevo a asegurar, sin embargo, que causará usted sensación.

Rayne se quedó mirando su pastelito, pero no se tomó la molestia de reflexionar sobre lo que acababa de oír. Lo más probable era que no lo necesitase. Al fin y al cabo, aquella mujer no había pisado Almack's en toda su vida.

***

Una semana y pico después de iniciar sus sagaces averiguaciones, Enoch Northcott —que no había descubierto nada— había invitado a los señores Heyer a su casa. En ese momento, les estaba sirviendo un par de copas de oporto, porque sabía de su afición; aunque él mismo consideraba una aberración beber oporto a aquellas horas intempestivas.

—Conque ha encontrado algo que podría interesarnos —dijo Arvilla Heyer.

—Más bien, a alguien —repuso Northcott, con la mejor de sus sonrisas—. Les advierto de que la obra parece no estar acabada, pero el efecto podría ser intencionado.

—Estamos deseando admirarlo.

A él, que sabía que era Arvilla la auténtica entendida en arte de la pareja, le gustaba su estilo decidido y, por otro lado, tan abiertamente comercial. Se levantó, les mostró el cuadro y dejó que lo observaran a sus anchas. Lo había recibido la tarde anterior, de manos de un mensajero que se había negado en redondo a dar nombres y, a esas alturas, a Northcott le quedaban pocas dudas acerca de las verdaderas intenciones del artista: quería enredarlo en alguna especie de juego, por razones que se le escapaban; quizá pensara que el misterio generado le ayudaría en su promoción. Y, con todas sus pesquisas frustradas hasta la fecha, él había decidido seguirle la corriente. El señor X sabía borrar sus huellas; lo que, con toda probabilidad ignoraba, es que ese afán suyo le había brindado a Northcott un dato vital. Y es que estaba convencido de que la señorita Alderdice lo conocía en persona. ¡Dos pinturas, solo dos, y una norteña desconocida había adquirido una de ellas!

—¡Ja! —Los Heyer se volvieron hacia él—. Oh, no me hagan caso. Mantengo un debate conmigo mismo.

«¡Ja, y ja de nuevo! Y seguro que la prima estirada también lo conoce. Voy a tener que cultivar la amistad de las dos jóvenes; al menos, la de la más accesible, y por ahí empezaré a tirar del hilo».

Recordó que alguien había mencionado que se presentarían aquel miércoles en Almack's. Pues acudiría él también, quizá con Farley, que no tendría problemas para conseguir invitaciones. Y si mientras tanto...

—Señor Northcott, se lo ruego, abandone ese debate interior tan apasionado y dedíquenos algo de atención —dijo el señor Heyer—. ¿Qué pretende hacer con este cuadro? ¿Lo reservará para su famosa exposición?

—Por desgracia, es posible que me vea obligado a aplazarla unas semanas. Que quede entre ustedes y yo; pero lo cierto es que me gustaría convencer a este artista para que aporte algo más de obra, y, para eso, necesito tiempo.

—Es muy bueno —convino Arvilla—. Yo, como usted, tampoco considero que el cuadro esté inacabado; es más bien que uno ha de alejarse más de la cuenta para percibir el efecto.

—Exacto.

—Imagino que se trata de un joven con las ideas claras. La modelo... bueno, la modelo parece estar flotando en mitad de una nube de gasa. Es un poco provocador, en realidad. ¡No sé si me gustaría que mi esposo contemplara este cuadro durante mucho rato!

El señor Heyer protestó y Northcott dejó escapar una carcajada, pero en el fondo estaba de acuerdo con Arvilla. Él mismo, de hecho, había contemplado el cuadro con ojos de mecenas, y con otro tipo de ojos.

—Consérvelo para su exposición, si quiere, pero cerraremos un trato para después, señor Northcott. ¿Quiere que hablemos de precios?

—¿Lo quiere usted?

—Por supuesto. Yo soy un comerciante de pura cepa y me encanta regatear. ¡Estoy seguro de que le derrotaré sin esfuerzo! —El señor Heyer rio con suavidad—. Pero, aunque no soy tan entendido como mi esposa, sí reconozco el valor de las cosas buenas, y estoy dispuesto a desembolsar lo que haga falta.

—Hablaremos de eso.

Northcott no tenía muy claro cómo haría llegar al artista el dinero, aunque, bien mirado, aquel no era su problema. Se limitaría a guardarlo a buen recaudo, y a intimar con la adorable señorita Alderdice y su prima.

Capítulo 6

¡Un vestido tan, pero tan maravilloso! Una muselina rabiosamente naranja, brillante, descarada incluso; con un ramillete de florecillas bordadas que cerraba la parte superior de la falda y, por debajo, una enagua de raso de un malva delicadísimo; en el cuello, un collar de perlas que le había prestado la señora Woodcourt y, sobre la maravillosa melena, un sombrerito precioso con un encaje a un lado. ¡Y menudo encaje! Tan liviano como una telaraña —aunque la comparación, había pensado Katy al oírla de labios de la señora, no le había sonado muy afortunada—. La señorita eclipsaría a su prima, la cual, si bien nadie podría decir que no fuera elegante, había elegido un atuendo mucho más conservador: ese vestido de un azul muy tenue, y un chal de gasa de color granate sobre los hombros —el chal sí era más propio de la dama, entiéndeme—, y una diadema de flores sobre la cabeza, que Katy habría visto más apropiada en una muchacha más joven. Y no es que la señorita estuviese en edad peligrosa, qué va, pero tampoco se trataba de una jovencita.

Con todo, Katy y la señora Perkins se mostraron de acuerdo en que las dos primas les habían causado muy buena impresión —¡si hasta la señora Woodcourt se había arreglado con recato!—, y confiaban en que, a partir de entonces, una vez presentadas como Dios manda, se dedicarían a disfrutar de la temporada con más sentido común. Recibirían bellos ramos, les lloverían invitaciones a fiestas, disfrutarían de desayunos venecianos, asistirían a la ópera y los conciertos, y dejarían de cultivar esas aficiones tan raras suyas. O, si no raras, reflexionó la señora Perkins, no eran lo más adecuado para unas damas que, rebasados los veinte, se presentan con intención de pescar un esposo decente. Katy no pudo más que darle la razón. Por enésima vez, suspiró arrebatada:

—¡Qué vestido, señora Perkins! ¡Pero qué vestido!

***

Esa noche, Chassy se había propuesto divertirse y olvidar, durante unas horas, su complicado plan de venganza —tan complicado, que empezaba a temer que se le desmadrara en algún punto y fuera incapaz de reconducirlo después—. Además, Rayne se merecía un poco de ayuda por su parte, y Chassy, que se preciaba de ser una mujer justa, no lo negaba. Su prima estaba radiante, no le importaba reconocerlo, y aquella podía ser su gran oportunidad, pobrecilla. Por la mañana había recibido una carta de su hermana Lottie que la había dejado un tanto inquieta, por más que hubiera disimulado después, y desde entonces, había repetido en voz alta medio centenar de

veces lo imperativo que era para ella encontrar un marido que sacara adelante a todos sus hermanos. Aunque a ella no le parecía la mejor de las razones para fijarse en un hombre, entendía la desesperada situación de su prima y, al fin y al cabo, bastante la estaba importunando con sus posados.

Y también la compadecía un poco.

Por todo eso, Chassy sintió como una pequeña victoria la primera invitación a bailar que recibió Rayne. Vio cómo le brillaban los ojos, y a pesar de que había muchas jovencitas pululando por la fantástica sala, no fueron pocos quienes se fijaron en ella. No es que fuera especialmente distinguida, pero se la veía tan lozana y saludable al lado de las pálidas y frágiles damitas londinenses, que resplandecía.

—Vaya, amigo; has llegado tarde.

Chassy se volvió al escuchar una voz conocida a sus espaldas. Sonrió al reconocer a sir Warren, que miraba con labios apretados a su prima, pero su felicidad se evaporó al instante cuando descubrió que Enoch Northcott, y no otro, era su acompañante.

—¡Señorita Sallow! No puedo decir que sea una sorpresa haberla encontrado aquí, pero de igual modo me alegro de verla.

Sir Warren la saludó con mucha elegancia; Northcott cabeceó en su dirección con brusquedad, y ella les devolvió una reverencia a medio camino entre una cosa y otra, con lo que le quedó un gesto de lo más desabrido.

—¿Por qué dice usted que no es una sorpresa, sir Warren?

—Hemos hablado antes con la señora Woodcourt. Que, por cierto, como carabina deja mucho que desear; ¿dónde diablos se encuentra ahora?

—Hablando con la señora Downshire, en algún rincón oscuro —le contestó Northcott. Al hablar, levantó un poco la aleta izquierda de la nariz, y a Chassy le pareció un estirado—. ¿Dando descanso a sus atormentados pies, señorita Sallow?

—En absoluto. Mis pies están la mar de frescos, porque no he bailado ni una sola vez todavía.

—Qué desgracia.

—Al contrario; no he visto a nadie con quien no me resultara aburrido bailar y, de hecho, sigo sin verlo.

Le fastidió un poco decir eso, porque no deseaba ofender a sir Warren. Por suerte, sir Warren estaba intercambiando un par de palabras con un conocido suyo y no la había escuchado.

—Oh, es cierto. Olvidaba que es usted una dama que solo se da a los placeres más elevados. El arte y demás.

—Bailar es un arte, Northcott, ¿qué tonterías estás diciendo? —Sir Warren miró a su amigo y negó con la cabeza—. Te estás volviendo muy raro, ¿sabes?

—No, no lo sabía.

—Menos mal que me tienes a mí para recordártelo. Y si habías decidido darle la paliza a la señorita Sallow hablando de tus dichosos cuadros, olvídalo. —Se dirigió a ella—. ¿Bailará usted, o tiene comprometida la siguiente pieza?

Chassy dudó. Pero Rayne tenía muy completa su cartilla, y seguramente no le importaría.

—Será un placer —contestó, turbada.

Sir Warren cabeceó, muy sonriente, y se alejó un momento para seguir saludando a diestro y siniestro.

—Pues disimula usted muy bien ese placer —apostilló Northcott—. Pero no tema; Farley es un gran bailarín. Aunque no esté a la altura de su distinguida conversación, no la avergonzará

pisándole los pies o girando a destiempo.

—No he pensado ni por un momento que sir Warren pudiera hacerme pasar vergüenza. Y, créame, no miento al decir que es un placer bailar con alguien que no está todo el tiempo pensando en sí mismo, o en la siguiente frase ingeniosa con la que epatar a sus oyentes.

—Sí, imagino que debe serlo. Supongo que Farley no podrá decir lo mismo. Sin embargo, a mí sí me gustaría decirlo, y por esa razón pienso bailar con su prima en cuanto tenga un hueco disponible. —La observó desde la distancia, y los ojos de Chassy hicieron lo propio—. Está radiante esta noche, la señorita Sallow. Quizá no llegue a tiempo.

—Será difícil que lo haga —replicó Chassy, y tuvo que morderse la lengua para que no se le notase la furia en la voz. ¿Bailar con la pobre Rayne, fastidiarle la noche con sus estupideces?—. Desde luego, si ella me pregunta, le aconsejaré que se busque otra pareja más adecuada.

—No se me ocurre nadie más adecuado que yo mismo —contestó Northcott, frunciendo el ceño.

No pudo seguir con sus impertinencias, porque sir Warren regresó para unirse a ellos, y en seguida comenzó el siguiente baile. Chassy, que se serenó un poco cuando notó la calidez de la mano de su compañero, inspiró hondo un par de veces y tuvo que luchar consigo misma para arrinconar, al menos durante unas horas, todos sus planes de venganza.

Vio que Rayne pasaba de la compañía anterior a la de lord Hareton, le sonrió desde la distancia, su prima le devolvió la sonrisa y la música llenó de nuevo el salón.

Northcott no había mentido. Sir Warren era un bailarín elegante, y su conversación divertida. La tirantez empezó a abandonarla y pensó que, al fin y al cabo, podría llegar a disfrutar de la velada. ¡Si tan solo ese dichoso Northcott se volviera por donde había venido!

—Me atrevería a asegurar que mañana por la mañana recibirán un buen montón de ramos de flores, ustedes dos —dijo sir Warren con una sonrisa.

Chassy se echó a reír.

—¡Oh, será raro que yo reciba alguno! Pero mi prima sí, estoy convencida. Esta noche está espléndida. Ojalá tenga suerte.

—¿Suerte?

Sir Warren siguió sonriendo, pero su gesto había perdido naturalidad. A Chassy le pareció que explicarse sería, además de innecesario, muy poco decoroso, y se concentró en los pasos, pero sir Warren no dejó pasar el comentario.

—La suerte no tiene nada que ver en este mercado, señora.

Chassy se revolvió, y se recompuso en seguida.

—Ya me lo figuro. Por eso sé que mi prima cosechará un buen éxito.

—Su prima es muy hermosa y tiene buen carácter, pero me temo que eso es lo menos importante, por mucho que haya gente que opine lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Contactos y fortuna, nada más. Nada más, y nada menos, claro.

—Hay gente que se enamora de las personas, y no de los contactos o de la fortuna.

—Sin duda, pero no vienen a Almack’s. Reconozco que me gustaría saber dónde encuentran ese amor del que hablan las novelas, porque, si le soy sincero, he conocido a muy pocas personas realmente enamoradas y, menos aún, que se hayan atrevido a hacer oídos sordos a todo lo demás. Por supuesto, no digo que su prima... ¿Puedo preguntar cómo es de grande su fortuna?

—¿Le interesa a usted? —preguntó Chassy, y al hacerlo sabía que pisaba un terreno demasiado embarrado como para salir airosa de él.

—Es pura curiosidad. No hace falta que me conteste; de todas formas, si está medianamente dotada y su familia es respetable, algo que no dudo en absoluto, quizá sí podría encontrar un pretendiente decente. Siempre que sus intenciones no apunten demasiado alto, claro. —Hizo un sonido raro con la nariz, como si se riera—. Disculpe que esté hablando con usted de estas cosas; le ruego que no se ofenda. Es que sé que la señora Woodcourt es quien las protege, y no sé yo hasta qué punto les habrá explicado cómo funciona todo por aquí.

No, no se había ofendido, pero sí se había decepcionado. Tendría que hablar con Rayne, claro. Miró hacia su prima de forma fugaz. Lord Hareton era el tipo de hombre que hacía buena pareja con cualquier mujer.

—En cualquier caso, me resisto a creer lo que dice. Estoy segura de que, en parte, tiene que estar equivocado.

Lo dijo con una sonrisa, y sir Warren se la devolvió, todo caballerosidad.

—Oh, seguro que sí. Perdóneme.

Cuando terminó la pieza, sir Warren se comportó con gran galantería; le ofreció el brazo, la acompañó hasta donde estaba su prima y felicitó a lord Hareton por haber bailado con una de las dos damas más guapas del lugar.

—Te felicito a ti por lo mismo, Farley —respondió Hareton.

Chassy sacudió la cabeza y se tragó una carcajada.

—No se preocupen, no necesitan improvisar mentiras. Aunque les agradezco el intento. Yo también me doy cuenta de que mi prima es, con mucho, la damita más adorable de la sala, y yo me quedo a bastante distancia.

—Incluiremos entonces la modestia entre sus muchas virtudes, señora.

Northcott surgió de las sombras como el verdadero fastidio que era y a Chassy se le enfrió el buen ánimo que había ido cosechando.

—La modestia es una virtud que siempre me ha resultado tediosa —dijo lord Hareton, y se peinó con los dedos los rizos oscuros que le caían sobre la frente—. Aunque confieso que la mayoría de las virtudes, en general, me producen el mismo rechazo.

A Rayne y Chassy les hizo gracia el comentario, probablemente porque ninguna de las dos se lo creyó, pero las caras de sir Warren y Northcott mostraron una muy leve alarma durante un instante o dos.

—Hareton, a no ser que hayas comprometido el próximo baile con la señorita Alderdice, me gustaría tener el honor de bailar con ella.

Northcott cabeceó en dirección a Rayne y Rayne, al aceptar, le dedicó una sonrisa tan deslumbrante que la propia Chassy estuvo a punto de pedirle el siguiente baile ella también.

«Qué lástima. Si lo que ha dicho sir Warren es cierto, me temo que a la pobre no le bastará con desplegar todos sus encantos».

Miró a lord Hareton. Era muy atractivo y, por lo que había oído, disponía de una renta de varios miles de libras al año. Supuso que, si su prima conseguía llamar la atención de algún hombre así, su falta de todo lo demás perdería importancia pero, por otro lado... Lord Hareton se despidió de ella con un gesto muy aristocrático y complicado, sonriendo con un encanto arrebatador. Y a Chassy le dio muy mala espina cuando, desde un rincón, siguió observando a Rayne con una expresión muy extraña en los ojos.

—Señorita Sallow —dijo sir Warren, sacándola de sus reflexiones—, acabo de ver a un conocido mío al fondo de la sala. Si no le importa, me gustaría saludarlo.

Vio que sir Warren estaba deseando unirse a otro grupo y ella misma se despidió. Se reunió

con la señora Woodcourt, que se reía de los comentarios más insulsos y la miraba con ojos vidriosos, y comentaron el éxito que estaba cosechando su prima aquella noche. Con el paso del tiempo, Chassy empezó a aburrirse. Bailó un par de veces más con unos caballeros que, no contentos con combinar sus trajes de los colores más imposibles con los pañuelos más ridículos que había visto en su vida, apenas sabían intercambiar dos frases seguidas. Hablaron del tiempo, y uno de ellos aplaudió la elección de su chal granate.

—Muy distinguido —aseguró.

Cuando se marcharon, le dolía la cabeza y se preguntaba qué vería la gente en sitios como Almack's, donde la mitad de ellos iba a pavonearse y la otra mitad a reírse de los que se pavoneaban. La señora Woodcourt, que desprendía un aroma a ginebra de lo más perturbador, apoyó la barbilla en la mano y echó una ligera cabezadita en el coche. Rayne seguía flotando. Su felicidad le arrancó a Chassy una ligera sonrisa.

—¿Te has divertido, prima?

—Me doy cuenta, por segunda vez en unos pocos días, de que soy una mujer tremendamente vanidosa. Y mi vanidad recién descubierta se ha visto satisfecha de largo esta noche. Ah, creo que voy a conseguirlo.

La sonrisa de Chassy se esfumó.

—¿Qué ocurre, Chassy? Te has aburrido, ¿verdad? Los bailes no son para ti.

Le cogió la mano y le dio unas palmaditas cariñosas.

—Qué va. Es solo que estoy cansada. He conocido a dos caballeros estupendos, ¿sabes? Uno de ellos no ha podido despegar la vista de mí. Llevaba el cuello de la camisa tan almidonado que solo podía mirar al frente. ¡Mi vanidad también se ha visto recompensada!

—Y algo me dice que me lo harás pagar.

—Por supuesto. Mañana, Somerset House, querida.

***

Chassy no cumplió su amenaza y dejó descansar a su prima la mañana siguiente. Todavía no había salido de casa cuando empezaron a llegar los primeros ramos. Sir Warren había acertado: muchos caballeros —y caballeretes—, deslumbrados por la luz que irradiaba Rayne, habían enviado notas más o menos relamidas y un buen montón de flores. Chassy reconoció que había alguno que merecía la pena contemplar un rato o dos, y pensó que era una lástima que ninguno de los ramos fuera para ella. Pero como tenía muchas cosas que hacer aquella mañana, se olvidó pronto de su despecho. Unos pasos por detrás caminaba Katy, porque la señora Woodcourt no quería ni oír hablar de que las primas fueran provocando por el centro de Londres al caminar sin compañía. La doncella había intentado hacerse con sus bártulos de pintar, pero Chassy no había querido ni oír hablar del asunto. Ya le molestaba bastante tener que acompasar su paso al de ella, y en un par de ocasiones estuvo a punto de rogarle que se marchara por donde había venido.

Fue todo un alivio llegar a la galería, abandonar a Katy en una salita y darle esquinazo poco después, cuando la pobre mujer, muy apurada y con cara de estar viviendo una tragedia, salió a toda velocidad por una puerta y se perdió en la siguiente. Sin embargo, Chassy necesitaba paz. Paz y soledad durante unas horas, después de la noche anterior, para disfrutar de su única pasión.

Se sentó en un silloncito y comenzó a bocetar uno de los retratos que tenía enfrente. No reconoció al autor, ni le interesaba hacerlo; el cuadro representaba una muchacha tendida en un

prado, rodeada de flores. Todo la composición transmitía calma, justo lo que a ella más falta le hacía.

Transcurrió media mañana, luego la otra media. Estiró los brazos para alejar el dibujo de sí, contempló el resultado y lo comparó con el cuadro. Le pareció que en ambos había algo que no terminaba de convencerla, pero no sabía qué. Dejó escapar un suspiro muy dramático y se frotó el dedo índice.

—Hay algo que falla, ¿verdad, señora?

Se volvió y se encontró con un hombre de unos treinta y tantos años, con anchas patillas, que miraba su boceto y la miraba a ella. Y que sonreía, pero no con una sonrisa altiva como la de Enoch Northcott, sino con simpatía.

—Y, lo que es peor, no sabe el qué.

—Pues no puedo quitarle la razón, señor, porque, para mi fastidio, es obvio que la tiene.

—Soy Johann Füssli. A su servicio.

Chassy le dio su verdadero nombre. Algo le decía que a aquel Füssli sería raro encontrarlo en Almack's, ni en ningún otro salón diabólico.

—Perpetuaremos el estilo de Miguel Ángel hasta la extinción y, al mismo tiempo, nunca seremos capaces de superarlo, ¿no le parece?

—Es posible —contestó Chassy, un poco mustia.

—Conste que no me refiero a usted, señora, sino en general. La proporción y la perspectiva no pueden suponer el fin último del arte.

—¿Y cuál ha de ser, según usted?

Le hacía gracia su acento. Continental, áspero.

—La vida, queridísima mía. El sentimiento, la pasión; lo que late y nos hace latir. ¿Me permitiría usted la impertinencia?

Y antes de que Chassy pudiera permitírsela o dejar de hacerlo, Füssli le arrebató el papel y comenzó a dibujar con trazos contundentes, duros, furiosos. Incluso le dio la impresión de que se le despeinaban los rizos, y se preguntó si ella también luciría esa misma expresión chalada cuando se concentraba más de la cuenta.

—¿Qué? ¿Qué opina? —preguntó un rato después.

Chassy, que había seguido con fascinación el proceso, se quedó momentáneamente sin palabras. Era el mismo cuadro, pero el impacto que producía no tenía nada que ver. La calma y la paz habían desaparecido por completo; la mirada de la muchacha no revelaba sosiego sino pasión —una pasión un tanto turbadora, por cierto—. A Chassy le provocó un cosquilleo incómodo que le subió por la espalda y se consumió en la punta de sus dedos.

—No sé muy bien cómo describirlo —contestó, incómoda—. Desde luego, ha imprimido ese algo que faltaba en mi dibujo.

—Oh, y el suyo, al fin y al cabo, no era más que un boceto. Contemple ahora el cuadro. ¿No considera que su mayor problema es la falta de vida? Es una lástima que una técnica tan notable se desvanezca en la más absoluta mediocridad por culpa de unos principios mojigatos. El arte solo debe servirse a sí mismo, querida. No busque usted inspiración en estos autores insulsos, sosos, insustanciales. Vaya mejor al teatro, a un teatro que nazca de la pasión, no del cumplimiento de las reglas; o búsquela en la vida misma. Y, además, he de decir que tiene usted algo así como un don para tratar la luz. Ahora, aplique ese mismo don a la hora de tratar las sombras.

Chassy abrió mucho los ojos. De repente, le picaban los dedos y las ideas golpeaban desde

todos los flancos. Sí, eso era; atrevimiento. Osadía. Lo mismo que estaba haciendo Rayne con ese grupo suyo de teatro, si lo que le había contado su prima era cierto. Ahora se arrepentía de no haberle prestado suficiente atención.

—No se puede destacar si una se limita a repetir lo que ya han hecho otros, ¿no es eso? He de encontrar mi propio sitio.

—Está bien eso de repetir, señorita Alderdice, para afianzar la técnica; pero que el aprendizaje no se convierta en su única meta. ¡El arte debe ser rompedor, no conformista! Y, por descontado, el arte no está ahí para enseñarnos buen comportamiento. —Bajó un poco la voz y se acercó a ella, inclinando la cabeza—. Veo mucho melindroso a nuestro alrededor. Están por todas partes y hay que tener cuidado.

Chassy pensó en su prima y en la señora Woodcourt, y sonrió.

—Y ahora que ya la he molestado lo suficiente, me retiro. Había venido sin demasiadas esperanzas, pero me consuela encontrar a jóvenes como usted, con tanto espíritu.

—Y a mí me alegra que haya abierto esa puerta que yo desconocía, y me haya invitado a asomarme. Estoy segura de que podría aprender muchas cosas de usted.

El señor Füssli vaciló un instante o dos.

—Imagino que podría usted pasar por mi taller en alguna ocasión. —Le tendió una tarjeta—. Sé que la propuesta es tremendamente desvergonzada, pero puede traer cuantas carabinas requiera para mantener a salvo el buen nombre de usted. Yo mismo soy un hombre muy respetable, aunque sea artista.

—Oh, no lo dudo en absoluto, señor.

—¡Por el amor de Dios, señorita! Así que aquí estaba usted. —Katy se acercó hasta ella, pálida y un poco sudorosa, y dirigió una enfurecida mirada al señor Füssli—. Si he llegado a temer que se hubiera vuelto usted a Charles Street sin mí. ¡La de vueltas que he dado por este edificio monstruoso!

El señor Füssli se despidió y Chassy le prometió que iría a visitarlo. Katy, escandalizada, aseguró que no lo haría, y en cuanto estuvieron solas aseguró que le contaría todo a la señora Woodcourt nada más regresar a casa. Sin embargo, por el camino debió de reflexionar y llegar a la conclusión de que algo así no inquietaría lo más mínimo a la señora, así que, cuando por fin traspasaron la puerta, se limitó a mover la cabeza con intensidad y a anunciar que dejaba a la señorita tan sana y salva como cuando se la había llevado de allí.

Capítulo 7

Unos días más tarde, sir Warren Farley terminaba de doblar su pañuelo con estilo frente al espejo bajo la discreta vigilancia de Horace, su ayuda de cámara, que se había colocado con ingenio fuera del ángulo de su visión. Los dos primeros nudos no habían acabado de salirle como él quería y los dos pañuelos desechados languidecían sobre el respaldo de la silla. Horace, que sostenía con cuidado un cuarto pañuelo muy bien planchado por si ocurría un nuevo desliz, contuvo la respiración al ver a sir Warren comprobando el resultado con la barbilla muy erguida. Como si estuviera un poco disgustado.

Horace dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio la sonrisa satisfecha de sir Warren; recogió el pañuelo sin utilizar en el cajón correspondiente y anunció, con voz firme pero sin estridencias, que el padre del señor aguardaba en el salón para intercambiar con él unas palabras.

Sir Warren asintió, le dio las gracias y, mientras salía, resopló por lo bajo. Pensaría que Horace no había oído nada; pero, aunque no había sido así exactamente, Horace, que no era lo que se dice nuevo en el servicio, ignoró por completo el bufido. Sir Warren podía estar tranquilo —sin duda lo estaba—. Ni Burnett ni ningún otro de sus compañeros escucharía nunca de sus labios la menor insinuación acerca del malestar de sir Warren. Por otro lado, y por más que él no fuera quién para meterse en asuntos de la familia, esperaba de corazón que su señoría infundiera algo de sentido común en el joven Farley. Burnett, que, por muy estirado que pareciese, no dejaba de ser un viejo mayordomo cotilla, había comentado, un par de días atrás, que las deudas de juego comenzaban a convertirse en algo más que un problema, y que su señoría había amenazado con no pagar ni una sola más de sus facturas.

Horace inspiró hondo, a punto de sentir lástima por sir Warren. Por suerte, recordó a tiempo lo absurdamente indecoroso que resultaría que un ayuda de cámara sintiera lástima por un vizconde, y se conformó con carraspear en la soledad de la habitación.

Farley entró al salón. Su padre esperaba sentado en un amplio sillón de cuero, desgastado por el uso de generaciones de Farleys. Lo saludó con un cabeceo de lo más destemplado y fue directo a servirse una copa de ginebra.

—Me temo que debo rogarle brevedad, padre. Tengo un compromiso con Harold Spinner dentro de... —consultó su reloj— veinte minutos exactos.

—Descuida; no te robaré mucho tiempo.

Sir Aubrey se puso de pie. Farley fingió observar el fondo de su copa, pero no se le escapó la rigidez con la que se había levantado del sillón, lo agarrotado de sus movimientos. El peso de los años, que habían menguado las fuerzas de sir Aubrey casi a la misma velocidad que las

constantes decepciones que le había provocado su hijo.

Incómodo, siguió concentrado en la copa. Hizo girar la bebida en su interior y observó las líneas que manchaban el cristal como ondas.

—Padre, si va a recordarme que...

—En absoluto. No te ofendería recordándote algo de lo que llevamos años hablando. Esta mañana recibí una carta de un tal... Oh, diantre, he olvidado el nombre. En mi mente, este individuo se relaciona de manera un tanto confusa con las carreras de caballos. —Farley tragó saliva y miró de frente a su padre—. Exige una suma desorbitada. Estoy convencido de que se trata de un error.

—Sabe que no es un error, padre.

—¿Una acumulación de errores, en tal caso? —Farley abrió la boca para replicar, pero su padre no le dio opción—. Me pregunto si, por casualidad, no tendrás la equivocada percepción de que nuestras rentas son ilimitadas. Algún comentario poco afortunado por mi parte podría haberte inducido a pensar que poseo los mismos recursos que toda la Casa Real al completo. Reconozco que soy un poco descuidado.

—Claro que no.

—Entonces, permíteme que te diga una cosa, Warren: eres un cretino. Lamento tener que enfrentarte con semejante constatación. —En toda su vida, sir Aubrey no había levantado la voz más de una docena de veces, y en todas ellas se había visto implicado su hijo—. No sé de dónde demonios procede esa condenada afición tuya por ponerte en ridículo, aunque tengo mis sospechas. Lo que sí sé es que ya no voy a acudir nunca más a tu rescate. Eres un muchacho irresponsable dentro del cuerpo de un hombre adulto pero, hasta que no me demuestres que dentro de esa cabeza hueca tuya sigue quedando sitio para el sentido común, ¡ya puedes olvidarte incluso de tu propia asignación!

—No puede quitarme mi asignación.

—Puedo, y es lo que voy a hacer a partir de ahora mismo. Tal vez me lo agradezcas algún día. Hasta que eso ocurra, sienta la cabeza, Warren, y aprende a hacer algo útil por una vez.

—¿Y qué pretende que...?

—Utiliza tus recursos y extrae tus propias conclusiones.

Sir Aubrey dio media vuelta para abandonar el salón, pero le falló la rodilla y estuvo a punto de perder el equilibrio. Farley, que había avanzado rápidamente hasta él, dejó la mano suspendida en el aire, sin llegar a tocarle. A su padre nunca le había gustado revelar sus flaquezas. Sir Aubrey hizo como que estiraba una arruga invisible de los pantalones y se marchó con pasos lentos; tan lentos como dignos. Farley pensó que su padre había envejecido de golpe en muy poco tiempo y se sintió culpable. Quiso decirle que tenía razón, que ya iba siendo hora de que abandonara sus vicios, y que podía confiar en él a partir de ese momento.

Sin embargo, guardó silencio. ¿Para qué? Si todo eso ya se lo había prometido él en multitud de ocasiones. Si todo eso ya lo había creído sir Aubrey en otras tantas.

Si en todas esas ocasiones había terminado decepcionándolo siempre.

Se preguntó qué podría hacer para arreglar de una vez por todas sus problemas. Los que tenía con su padre, por un lado, y sus permanentes problemas de liquidez, por otro, porque ambos eran igual de acuciantes.

Sentar la cabeza. Como si fuera tan fácil.

Sentar la cabeza. Y justo en ese momento, como por arte de magia, lo vio todo claro. Por supuesto, ¡sentar la cabeza! Solo que aquel no era el fin, sino el medio que lo arreglaría todo: lo

que Farley necesitaba era una heredera. Ni más, ni menos.

***

—«*Semejaba una cosa incapaz de sentir...* —recitaba la señora Woodcourt con su voz grave — *ya nada escucha ni ve...*». ¡Cielos, confieso que no parece muy difícil interpretar algo así!

—No, lo difícil es no perecer de aburrimiento mientras una se hace la muerta —dijo Rayne, tendida en la alfombra y rodeada de flores marchitas de sus primeros ramos.

—Quizá deberíamos colocarte una almohada debajo de la cabeza, querida mía. Sufro al ver tu melena desparramada de cualquier manera.

La señora Woodcourt hizo amago de dejar su papel a un lado para acomodarla; sin embargo, Chassy saltó como la arpía que en ocasiones demostraba ser y les advirtió de que Rayne no podía moverse bajo ningún concepto.

—¡El pelo no! Tengo casi bocetada la composición, prima, pero si te mueves ahora, aunque sea un par de pulgadas, me veré obligada a comenzar de nuevo.

Rayne no creyó ni por un momento que aquello fuera cierto, pero la amenaza surtió efecto igualmente.

—Qué mal huelen estas flores muertas —se quejó poco después. No obstante, y por si acaso, solo movió un poco los labios—. Parece mentira que hace un par de semanas lucieran tan maravillosas.

—Muy apropiado, muchacha; una observación muy acertada en un escenario como este. Tanta muerte reunida por aquí, casi le sobrecoge a una.

Rayne no dijo nada. Chassy tampoco. Casi era preferible porque, en los últimos días, había estado de lo más misteriosa. Reuniones pictóricas secretas que consumían sus mañanas y tardes enclaustradas en Charles Street, solo porque se le había ocurrido una idea, según ella, demasiado novedosa y provocadora como para permitir que se le escapara.

—¿Qué aspecto voy a tener?

—El de Ofelia, supongo —aventuró la señora Woodcourt. Como a ella, le reconcomía la curiosidad, pero Chassy no salía de su empecinado silencio—. Tampoco acabo de entender esa fijación con las muchachas muertas.

—Bueno, no es que sea un tema recurrente, precisamente.

—Quizá en pintura no, jovencita. —La señora, igual que el resto del servicio, había renunciado a utilizar ningún nombre cuando se refería a ellas. Ni Rayne ni Chassy conocían a ciencia cierta el motivo—. Este es tu campo, y yo no soy ninguna experta; no obstante, la doncella hermosa que cae en las garras de la muerte sí es un tema recurrente en la literatura. No creas que no me pregunto por qué.

Tiger decidió entonces unirse al grupo. Para demostrar su entusiasmo, se puso a saltar alrededor de Rayne, estropeando las flores.

—Tiger, bonito, ven aquí. Vas a destrozar nuestro delicado escenario. ¡Tiger!

Rayne empujó al perrillo. El animal —que, como ya les había advertido el primer día la señora Perkins, tenía unos modales pésimos—, se sintió afrentado por el tratamiento y se plantó desafiante ante ella. Lo que Tiger no sabía es que Rayne poseía una gran experiencia manejando a chuchos más grandes que él —y más amedrentadores—, y que además, por culpa del largo posado, le quedaba poca paciencia. Así que cuando intentó morderle la enagua, Rayne se

incorporó, muy enfadada y le dijo a Tiger lo que opinaba de sus modales.

—¡Tu comportamiento es muy desagradable, Tiger, y alguien debería enseñarte a respetar a las personas!

Por toda respuesta, Tiger ladró y enseñó sus diminutos dientecillos. Así que Rayne lo cogió por los pliegues del cuello, lo levantó por los aires y, sin amilanarse ante sus indignados ladridos, salió de la habitación para llevárselo, castigadísimo, al jardín. Se detuvo, sin embargo, al escuchar una voz familiar que preguntaba por ella en el recibidor. Soltó al perro, se recogió la falda y trotó hasta el saloncito.

—¡Señora! ¡Prima! ¡Enoch Northcott viene hacia aquí!

Chassy alzó la mirada, apartó a toda velocidad sus bártulos de la vista y se dirigió a la puerta rezongando:

—Pues lo que es conmigo, te aseguro que no se encontrará.

Northcott ya se acercaba, precedido del lacayo, y, como por aquel lado Chassy tenía imposible la escapatoria, fue a esconderse detrás de una de las cortinas. Mientras, la señora Woodcourt, que estaba intentando ordenar las flores que Tiger había alborotado, quiso ponerse en pie, pero se pisó la falda y cayó sentada entre la naturaleza muerta.

—El señor Northcott pregunta por la señorita Alderdice, señora —preguntó el lacayo, imperturbable—. ¿Desea que espere o lo recibirá ahora?

—Oh, no, no le hagas esperar, en absoluto. ¡Enoch, apreciado amigo! Permite que me levante.

—¿Cómo estás, Clementine?

Northcott pestañeó, se aproximó a la señora y le ofreció la mano para ayudarla. Tiger regresó, escandalizando y muy ofendido, y Rayne se lo dio al lacayo.

—Debería encerrarlo en una armario, para que aprenda —le dijo en voz baja.

—Me temo que en alguna ocasión la señora Perkins ya lo intentó, señorita, pero el animal estuvo a punto de derribar el mueble.

—¡Cómo! Si es un perro diminuto.

—Pero de considerable fuerza, por desgracia.

Rayne miró apreciativamente a Tiger por un instante y luego su atención se desplazó al recién llegado.

—¡Señor Northcott! ¿Cómo está usted?

—En este preciso instante, confieso que algo desconcertado. ¿Qué tal se encuentra, señorita Alderdice? ¿Le da tiempo a recuperarse de sus muchas veladas? He oído que la han invitado a numerosos bailes en los últimos días.

—Y has oído bien —dijo la señora Woodcourt—. Mi pequeña amiga ha cosechado muchos admiradores, Enoch.

Northcott sonrió y siguió hablando con Rayne.

—Al contrario que la prima de usted, supongo; he oído hablar poco de ella. Se encuentra bien, espero.

—Mira que le encanta chismorrear a la gente —protestó la señora Woodcourt, pero no demasiado alto, porque era verdad que Chassy se había excusado la mayoría de las veces.

—Mi prima se encuentra muy bien, gracias. Le diré que se ha interesado usted por ella; seguro que le alegra saberlo.

Rayne vio que se agitaban las cortinas.

—Hágalo, por favor. Me temo que mi consideración hacia ella dista mucho de lo que debiera haber sido, y todo por culpa de mi carácter impetuoso. —Echó un vistazo al sitio en el que Rayne

había estado posando y arrugó la nariz—. Veo que estaban ocupadas. Lamentaría mucho haber interrumpido sus... quehaceres.

—Para nada. —A Rayne se le escapó una risilla nerviosa y anduvo rápida en la respuesta—. Ensayábamos nuevas decoraciones, ¿verdad, señora Woodcourt? Para una fiesta. Dígame, ¿le gusta a usted?

—Desde luego. Tiene un toque rústico al que es difícil sustraerse.

—Este tipo de decoración se lleva mucho en el norte. Flores por los suelos, penumbra, decadencia por todas partes.

—Por alguna razón, en Londres siempre creemos que somos el no va más en cualquier moda. Supongo que esto nos pone en nuestro sitio. Aunque, disculpe mi torpeza, ¿es necesario que sean flores muertas?

—Es para conseguir el olor a cementerio, Enoch, querido —dijo la señora Woodcourt—. Me temo que en estas cuestiones estás tan poco puesto como yo.

—Lo reconozco. Es, quizá, demasiado tétrico para mí, pero ¿quién sabe? La de cosas extrañas que se pusieron en boga en la capital y que hoy nos parecen ridículas. —Clavó los ojos en Rayne —. No piense, por favor, que estoy llamando ridículas a sus costumbres norteñas.

Rayne se echó a reír.

—No lo pienso, no se preocupe.

—¿Siente nostalgia de su hogar?

—Bueno, en cierta manera. —Rayne pensó en sus hermanos; pensó en Wilson y alejó los nubarrones de su mente como pudo—. En cualquier caso, no llevo tanto tiempo aquí.

—Sí, pero si es la primera vez que viaja, tal vez añore a los suyos. Sería de lo más normal; sobre todo, si no recibe a menudo noticias de primera mano. O, ¿acaso hablo equivocadamente?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rayne, en guardia.

Pero, no; era imposible que aquel tipo hubiera oído hablar de sus hermanos ni de las circunstancias de las que le había hablado Lottie en su última carta. Northcott sonrió.

—Hablo por hablar, pero no es infrecuente que los forasteros se inclinen a juntarse cuando están lejos de casa. Ni es infrecuente, tampoco, que se junten solo en tales circunstancias. Yo mismo, cuando he viajado al extranjero, he tratado a otros ingleses por los nunca me habría interesado en Londres.

La señora Woodcourt dejó escapar un suspiro y ambos se volvieron hacia ella.

—Qué envidia me das, Enoch. Has recorrido media Europa. Lo más lejos que he ido yo es a Brighton, y reconozco que no me gustó tanto como esperaba.

—Pues entonces, viaja, Clementine. Dispones de medios y dispones de mucho tiempo, también. ¿Qué te retiene en Inglaterra?

La señora Woodcourt se puso de pie y le sonrió, pero no contestó.

—Debo hablar un momento con la señora Perkins. Y de paso, voy a pedir que nos traigan algo de beber. Y algún trozo de tarta, si es que Christine Shaw no acabó ayer con todas mis reservas cuando vino a visitarnos. No tardaré nada. Espero que no aproveches para poner en riesgo el buen nombre de la muchacha, Enoch.

Northcott se limitó a enarcar una ceja, en un ademán muy elegante, según advirtió Rayne.

Y cuando la señora desapareció por la puerta, Northcott volvió a la carga.

—Así pues, ¿está tratando con muchos norteños, señorita Alderdice?

—No, ninguno en absoluto, señor Northcott. A no ser que alguno de los caballeros que hayamos conocido aquí provenga del norte y no nos lo haya dicho, claro. Mucha gente supone

que en York todos hablamos con ese acento horrible, que suena como si se masticara hierro; pero la mayoría de las personas saben sobreponerse a los acentos si se esfuerzan un poco. De todas formas, tampoco considero que el acento de York sea algo de lo que avergonzarse. —Alzó la cabeza de golpe y agitó sus rizos en el aire—. Más bien al contrario.

Northcott la miró con gesto divertido.

—¡Tiene usted toda la razón! Siempre había oído hablar todo tipo de cosas sobre los de York, y de la mayoría de ellas había decidido no creer ni media palabra, pero empiezo a sospechar que son ustedes tan particulares como afirman los rumores. Y conste que no lo digo por lo del acento, señorita Alderdice, sino más bien por cómo es usted. Creo, y perdone mi presunción, que voy conociéndola un poco.

A Rayne le entró mucho calor de repente. No, estaba segura de que no podía saberlo, pero ¿y si, de alguna manera, se había enterado?

—Discúlpeme, pero no me parece que pueda usted saber mucho sobre mí.

—Oh, es usted un libro abierto, señorita Alderdice. —Le brillaron los ojos y Rayne deseó que su prima saliera de su absurdo escondite para darle su merecido a aquel individuo—. Me gusta mucho su franqueza, y también su orgullo; aunque un poco en menor medida. Estoy seguro de que debe resultarle muy difícil guardar un secreto, por inocente que sea. ¿Me equivoco?

Y no supo qué contestar. Porque era obvio que sabía guardar secretos de todo tipo y tamaño; pero, si contestaba, quizá estaría poniéndose en evidencia.

—Me compromete al hablarme con tanta confianza, señor —consiguió decir al cabo de un rato, y echó mano de su recién adquirido repertorio dramático—. Me gustaría que la señora Woodcourt no me hubiera dejado a solas con usted.

Northcott pestañeó, confundido por un momento, pero no le dio tiempo a seguir incordiando. La señora Perkins entró con una bandeja y la apoyó en una mesita. Tuvo el buen tino de fijarse en la expresión embarazosa de Rayne y manifestó, con el aplomo característico de los sirvientes de categoría, que se quedaría allí hasta que regresara la señora, para comodidad de todos.

Rayne, fortalecida por la presencia de la señora Perkins, hizo alguna pregunta sobre los lugares a los que había viajado Northcott, y este respondió con amabilidad, pero con una sombra de sospecha que no le pasó desapercibida. Cuando sus hermanos tramaban alguna fechoría, Lottie solía poner una cara semejante. Sin embargo, y por suerte, no hubo más comentarios malintencionados y, cuando la señora Woodcourt por fin reapareció, Northcott apenas se quedó un cuarto de hora más.

Antes de despedirse, echó un último vistazo al suelo del salón.

—Conque vas a celebrar una fiesta de las tuyas, Clementine. ¿Estás segura de ello?

—Oh, Enoch, no seas aburrido —contestó la señora Woodcourt—. Y vuelve a visitarnos cuando quieras. Te acompañaré a la puerta.

—No es necesario. Adiós, señorita Alderdice; dele recuerdos a su prima de mi parte. No, Clementine, de verdad que no es necesario. Confío en no perderme por el pasillo.

—Pero me apetece acompañarte, Enoch, querido.

Chassy abandonó su escondite cuando las voces de ambos sonaron lo bastante alejadas.

—Uf, qué pesadez de hombre. Y qué calor he estado pasando ahí detrás.

Rayne no la compadeció.

—El suelo estaba muy duro cuando me has hecho posar para ti, así que no te quejes.

—¿Qué te ocurre, Rayne? —preguntó Chassy, preocupada—. Estás muy pálida. ¿Te ha molestado ese tipo?

—En cierto modo. ¿Tú crees que sabe que no soy quien digo ser? ¿Lo irá contando por ahí? Si se corre la voz de que estamos en la ruina, no conseguiré casarme con un ricachón... Ni este año ¡ni nunca!

Chassy la miró muy seria.

—¿En la ruina? ¿Tus hermanos y tú estáis de verdad en la ruina?

Rayne cerró los ojos durante unos segundos.

—Todavía no. Pero no tardaremos en estarlo como no ponga remedio. Por favor, no me mires así. Puede que... puede que te hiciera creer que nuestra situación no era tan desesperada.

—Vaya.

Rayne hubiera agradecido algún gesto cariñoso por parte de su prima. Una caricia, un suave apretón de manos. Se dio cuenta de cuánto añoraba a sus hermanos y tuvo que hacer un esfuerzo notable por controlar las lágrimas que amenazaban con asomar.

—Oh, no, por favor, no llores. No llores, prima. Encontraremos una solución, ya lo verás.

Rayne asintió. El gesto cariñoso de su prima no llegó a producirse, pero con eso ya contaba.

—¡Qué va a saber ese hombre sobre ti! No sabe nada de nada. —Chassy se llevó los índices a las sienes—. Recuérdame cuándo era tu próxima representación.

—Dentro de dos días.

—Muy bien. Te diré lo que vamos a hacer: tú actúas con la señorita Mullen una última vez, yo termino mi cuadro, y a partir de entonces acudiremos a todas las fiestas, bailes y cenas que nos propongan. ¡Podemos incluso hacer una lista! El viernes, sin ir más lejos, estamos invitadas a un baile que dará lord Hareton. Oh, Rayne, sé que hay un buen montón de damas insulsas que consiguieron buenos matrimonios por nada más que su cara bonita, y si ellas pudieron, ¡tú con más razón! Porque no tienes la cabeza vacía, ni mucho menos, y además eres una persona adorable.

Rayne se limpió la nariz con discreción rústica.

—Por supuesto, Chassy. Nunca he dudado de mí misma. —Le pareció que Chassy la miraba con lástima un segundo o dos, pero no le concedió mayor importancia—. Y es un buen plan, el tuyo. Actuar es divertido, pero no he venido hasta aquí para eso. Le informaré a la señorita Mullen de que no habrá más teatro. Supongo que podría desentenderme hoy mismo, pero me dijo que a la representación acudirían unos cuantos caballeros de mente abierta y, ¿quién sabe? Lo mismo conozco a alguno que merezca la pena considerar. Aunque, por lo que me contó, deben de ser unos tipos muy afrancesados.

—Eso no debería ser malo de por sí —dijo Chassy, un poco dubitativa.

—No. No debería serlo.

—Muy bien. Pues no le demos más vueltas al asunto. Y, querida, no te preocupes en absoluto por ese Northcott. —Inspiró hondo y exhaló el aire con fuerza—. Déjamelo a mí.

Capítulo 8

Querida Lottie:

Me disculpo por adelantado por escribir una carta tan breve, y por no incluir siquiera a los pequeños en el encabezamiento. Por supuesto, os llevo a todos en mi pensamiento cada día, y a cada minuto os añoro. Sin embargo, tus últimas noticias me inquietaron enormemente y he decidido ser egoísta: cuéntame, por favor, qué fue de ese plan que le rondaba a Wilson por la cabeza, y si te ha confiado ya esa «magnífica idea» suya que iba a servir para mejorar la situación de la familia. Y, por descontado, si has conseguido convencerlo de que la abandone, sea cual sea. Me entran mareos solo de imaginar las posibilidades.

Aquí, en Londres, las cosas siguen su rumbo, aunque vayan más despacio de lo deseable. Sabes que os mantendré informados al detalle de cada uno de mis avances; de momento, por desgracia, no hay nada de lo que informar. Ojalá mi próxima carta os haga llegar mejores noticias.

Os mando todo mi amor.

Vuestra, etc.,

Rayne.

P.D.: Por favor, no permitas que Wilson haga de las suyas. ¡Por favor!

Aquel era un teatro muy poco sofisticado, aunque, en realidad, tampoco se trataba de un verdadero teatro. En ocasiones, un excéntrico aristócrata, amigo de Clementine Woodcourt, cedía una de las salas de su mansión en Grosvenor para que Fiona Mullen diera rienda suelta a sus creativos montajes, y tanto los escenarios como el resto de la producción eran más del tipo casero que otra cosa, pues de ello solía encargarse la propia señorita Mullen con sus no menos estrafalarias amigas. Frente al escenario había colocadas varias hileras de sillas, y el telón, sujeto con un artilugio de aspecto poco prometedor, se inclinaba hacia la derecha cada vez que alguien abría la puerta. A pesar de todo, los espectadores contaban con presenciar un buen espectáculo.

Sir Warren Farley se desembarazó de su abrigo, con toda su profusión de capas, y se lo tendió a un criado. Luego, con suma gentileza, dejó que la preciosa Lucy Thorndale volviera a colgarse de su brazo mientras buscaban tres asientos lo bastante cerca del escenario. Había muy pocas damas presentes, algo para nada sorprendente teniendo en cuenta el carácter de la obra; de todas maneras, la hermana de su buen amigo Percival habría cosechado el mismo número de cumplidos y miradas de admiración, porque aquella noche, como de costumbre, brillaba con luz propia.

Y dado que la propia Lucy —Farley no albergaba duda alguna— era absolutamente consciente de ello, él se limitó a comentar lo bien que combinaba con sus cabellos rubios el delicado vestido de raso de color perla que había elegido para la noche.

—Gracias, sir Warren —había contestado ella con modestia, con esa voz suya que siempre sonaba como miel resbalando de un tarro.

El problema es que a Farley no le gustaba mucho la miel, y tampoco le gustaba mucho la propia Lucy, la cual mostraba signos cada vez más inequívocos de pretender unir su poco lustroso apellido al atractivo título de él. A pesar de todo, aún no había llegado al punto de convertirse en una molestia; además, aparte de Northcott, Percival Thorndale era el único de sus amigos que siempre había permanecido a su lado, no solo en los momentos divertidos, sino también en los más duros. Farley consideraba que, a cambio de su lealtad, bien podía incluir a su hermana en sus planes de cuando en cuando.

Además, sentía una curiosa fascinación por las relaciones entre hermanos. Como él no tenía ninguno, le costaba entender los motivos por los que dos personas que siempre andaban discutiendo podían sacrificarse después para satisfacer las necesidades —o deseos, o tontos caprichos— del otro sin alterarse lo más mínimo. Thorndale nunca le había fallado a Lucy, ni Lucy —hasta donde él sabía— a su hermano. A Farley, que solía fallar a todos en general y no recordaba ninguna ocasión en que se hubiera sacrificado por alguien, tamaña devoción le parecía admirable.

Aquella tarde habían cenado los tres en casa de Thorndale y este les había propuesto acudir a una de las atrevidas representaciones teatrales de Fiona Mullen.

—He oído que han incorporado a una nueva actriz —le había explicado en voz baja, en uno de los escasos momentos en que su hermana no andaba al acecho—. Y creo que tiene mucho talento para el teatro.

Y eso, para alguien como Thorndale, en realidad significaba que la actriz era lo bastante guapa como para molestarse en mandarle un ramo de flores, invitarla a pasear por los jardines de Vauxhall al atardecer o incluso regalarle algún broche con muchos brillos para que lo luciera en su próxima actuación. A Farley todo aquello le parecía muy bien, pero a él, sobre todo, lo que le gustaba era el teatro en sí. Y Fiona Mullen podía ser una mujer muy peculiar —él diría que hasta rara—, pero no era en absoluto vulgar; y, eso lo reconocía cualquiera, poseía un fino sentido artístico que la llevaba a organizar magníficos montajes teatrales que nada tenían que envidiar a los de los más reputados teatros londinenses. De haber sido otro tipo de persona, o de haber sido un hombre, muchos la hubieran considerado un genio.

—Aquí, Lucy, Farley —dijo Thorndale, sin levantar apenas la voz—. Estos sitios son fantásticos, ¿no creéis? Veremos el escenario casi como si estuviésemos dentro. —Luego miró a su hermana y compuso una mueca de disgusto—. Aunque, Lucy, si te soy sincero, no sé si es tan buena idea. Quizá preferirías que nos colocásemos más hacia el final.

—Supongo que en realidad preferirías que no hubiera venido, pero me temo que es demasiado tarde para eso.

—Confieso que me he equivocado de obra. Pensaba que iban a representar otra cosa.

—¿Y qué obra van a representar?

Thorndale se aclaró la garganta y miró con timidez a Farley.

—*Christabel* se llama. Solo que no es una obra como tal. Está basado en un poema de Coleridge.

—No me suena —dijo Lucy.

—Mejor. De todas formas, es una versión muy libre. No creo que...

En ese momento, la señorita Mullen reclamó silencio desde detrás del telón y, tras un par de esfuerzos infructuosos, los cortinajes se abrieron con un chasquido inquietante. Los espectadores

miraron hacia el techo, Farley también. Se oyó algún que otro suspiro de alivio cuando el soporte permaneció en su sitio y pronto dejaron de preocuparse por los entramados tecnológicos. Christabel acababa de aparecer en escena, rodeada de árboles de cartón piedra con jirones de tul enroscados en las ramas y flores naturales colgando de ellos. Había poca luz y el escenario pretendía transmitir un ambiente mortecino, fantasmagórico. Escocés, habría sugerido Farley si le hubieran preguntado.

La propia Christabel tenía algo de sobrenatural, también, con aquel vestido de encaje de color negro abotonado hasta el cuello, las mangas abiertas y la melena hueca, asilvestrada, salpicada de florecillas azules. Y era tan preciosa como había asegurado Thorndale. Comenzó a sonar un violín desde el fondo de la sala. La melodía, rasgada y dolorosa, se coló entre Christabel y los árboles y la penumbra; cobró vida y se convirtió en el segundo personaje de la escena.

La actriz, que había posado la vista en Farley durante un segundo o dos, tiró de las comisuras de sus labios hacia arriba en un gesto un tanto forzado. Después, con suavidad, meneó la cabeza y alguna de las flores cayó al suelo. Cuando por fin comenzó a recitar, su voz potente y un tanto grave se sobrepuso con firmeza al quejido del violín. A Farley le sorprendió la fuerza que irradiaba. Pronto olvidó la tosquedad del decorado, la pobre iluminación y al resto del público a su alrededor. Él ni siquiera estaba allí sentado, uno entre otras decenas; allí estaban solo Christabel y su pena, y Farley no era más que un mirón. Un mirón que espiaba desde detrás de unas ramas siniestras, con el alma en vilo.

Pestañeó, incómodo, y no escuchó la broma que le susurró su amigo Thorndale. La belleza de Christabel le confundía, y la pasión con la que representaba su papel le turbaba. Se dio perfecta cuenta de que evitaba mirarlo; sin embargo, conforme fue avanzando la obra, la actriz dirigió una o dos veces los ojos hacia él y fue como si lo traspasara, como si lo dejara clavado al asiento.

Con todo, una cosa afectaba a Farley por encima de todo lo demás, y eso que se consideraba a sí mismo un hombre de mundo. La actriz era hermosa, sí, y su hermosura tenía algo de espectral que la hacía, a un tiempo, poderosa y vulnerable; tenía talento, también, un talento arrollador que le llevaba a uno a preguntarse —con un escalofrío o dos— si sería capaz de aplicar toda esa pasión en cada ámbito de su vida. Y el papel que había elegido era inquietante y provocador. Nada de eso era falso. Pero, además, ¿se trataba o no de la encantadora señorita Alderdice? Después de intentar convencerse, sin éxito, de que sus ojos lo engañaban, tuvo que rendirse a la evidencia. Chastity Alderdice, la protegida de esa estrambótica de Clementine Woodcourt, estaba actuando en un teatro casi clandestino unas pocas semanas después de haber sido presentada con toda la modestia del mundo.

El desconcierto, el ligero desconcierto inicial fue dando paso a una sospecha que, una o dos vueltas después, no le parecía tan descabellada.

Sumido en hipótesis, teorías y oscuros razonamientos, perdió en más de una ocasión el hilo de la obra. En cierto momento, Thorndale le tocó en el codo y le preguntó, en voz muy baja, qué impresión le estaba causando la nueva actriz. Farley contestó, con educación, que tenía maneras. Pero no dijo lo que, en el fondo, comenzaba a pensar de ella. Sonrió y se puso cómodo.

La segunda parte del poema era, en su opinión, mucho mejor que la primera.

***

Northcott lo observó fijamente con su mirada más astuta, escrutadora e intimidante. Por

desgracia, como ambos se conocían tan bien y habían compartido tantas vicisitudes —o, mejor dicho, Northcott había participado de las vicisitudes de Farley—, su amigo no quedó en absoluto impresionado, y se vio forzado a recurrir al sermón moralizante.

—Sin ánimo de ofender, Farley; considero que tus elucubraciones están faltas de todo sentido común.

—Oh, no te preocupes. No está en tu mano ofender a alguien como yo —dijo Farley, con una sonrisa confiada—. Y, además, he repasado cada uno de los argumentos y no he encontrado ningún punto débil en mi teoría.

—Te recuerdo que tienes la mala costumbre de estudiar los argumentos después de conformar tus teorías, ¿cómo vas a encontrar fallos?

Todavía era temprano y en el club había poco movimiento. Farley, sin embargo, había elegido el rincón más discreto de la estancia para comunicarle sus planes. Le preguntó por qué.

—¿Piensas que alguien podría adelantarte en la carrera por la heredera? ¿Que te fastidiarían la apuesta?

—Tus jueguecitos de palabras son de un mal gusto lamentable, Northcott. No obstante, no tengo intención de caer en tus provocaciones.

Al menos, se le había secado la sonrisilla de suficiencia.

—No creo que la señorita Alderdice sea la heredera de nadie, y mucho menos la de Clementine Woodcourt. Sabes que mantengo con la señora una relación más que cordial desde hace años y jamás la había oído hablar de esa joven. ¿Su heredera? ¡Ja!

—En tal caso, dime, ¿por qué la ha acogido en su casa, y ha accedido a presentarla junto con esa otra joven tan excéntrica?

—¿Qué joven excéntrica? ¿La señorita Sallow? —Farley cabeceó—. Yo no diría que es excéntrica, exactamente.

—Ah, ¿no? ¿Qué dirías que es, entonces?

—No lo sé. —Pensó en la señorita Sallow y negó con la cabeza—. No sé cómo la definiría, pero dudo que excéntrica sea la palabra.

Farley siguió hablando pero, durante un instante o dos, Northcott se perdió en sus propios pensamientos. Sí, ¿cómo definiría a la señorita Sallow? Para él, la precisión era muy importante. ¿Petulante, soberbia? ¿Presuntuosa, insolente? ¿Insufrible? Bueno, quizá insufrible fuese una palabra demasiado dura, y puede que también injusta. Cayó en la cuenta de que hacía tiempo que no la veía. Se las había apañado para estar ausente cuando había ido a visitar a Clementine, y había empezado a temer que fuera por su culpa. ¿Trataba, acaso, de evitarlo? La idea le fastidió un poco. Nunca había imaginado que su presencia pudiera resultar molesta para nadie.

—No me escuchas, Northcott.

—Cierto, me he distraído. Discúlpame.

—Como te decía, ¿qué joven en sus cabales, recién salida del cascarón, pretende encontrar un partido razonable si se dedica a recorrer la ciudad actuando? ¡Una actriz! ¿No te das cuenta? Una joven así, o es una loca, o nada en la abundancia.

—Eso de que acaba de salir del cascarón carece de fundamento, en mi opinión. Aunque supongo que sí podría tratarse de una loca.

—Pero no habla como una loca.

—No —concedió Northcott—. Existe una tercera posibilidad, y, francamente, me extraña que no la hayas contemplado.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Que sea una muchacha de campo sin excesivas nociones de lo que es o no es correcto, y que su protectora no se haya esforzado demasiado en explicárselo. Por lo poco que he tratado a la señorita Alderdice, y lo mucho que conozco a la señora Woodcourt, me inclino a creer esto último.

Farley, que, evidentemente, no había contemplado esa opción, permaneció callado unos instantes.

—No es una dama que vaya a la última moda, eso lo reconozco. Deberé investigar sobre los orígenes de la señorita Alderdice. ¿Qué sabes tú de la familia? —Northcott solo sabía que vivían en el norte, en algún lugar remoto en la región de York—. ¿Quién demonios es su padre? Ni siquiera sé cómo se llama. Señor Alderdice... Alderdice. No me suena de nada. ¿Y si es un comerciante?

—Siendo del norte, sin duda lo es.

—No me importa. No me importa, de verdad que no; soy un hombre de mis tiempos.

—Desde luego que lo eres.

Farley estrechó los ojos, cambió de postura en su sillón, pidió que le trajeran más ginebra.

—Pongámonos en el peor de los casos.

—Que es...

—Es la hija de un comerciante poco refinado. Sin embargo, su dicción es magnífica, y eso me sugiere que su educación no ha sido deficiente. De hecho, interpretó muy bien el papel de Christabel... ejem... No me extrañaría que sea aficionada a la poesía. Eso habla en su favor. Y no está mal relacionada; al menos, no del todo. La señora Woodcourt es una dama más o menos respetable.

—Es una dama con una fortuna escandalosa que no podría gastar en toda una vida de locuras. No sé si es a eso a lo que te refieres cuando hablas de respetabilidad. No creo necesario recordarte la de habladurías que acumula a sus espaldas.

Farley, con un gesto de la mano, le dio la razón: no lo creía en absoluto necesario. Northcott aceptó la copa de ginebra, brindó por sí mismo en el aire y le soltó, a bocajarro, la pregunta que le rondaba desde hacía un buen rato: por qué ese interés repentino en la señorita Alderdice.

—Hasta ahora me habías dicho que te parecía una muchacha muy guapa.

—Lo es.

—Pero es todo lo que te he escuchado decir sobre ella. Muchachas guapas las hay a montones. Y esa ni siquiera me ha dado la impresión de haberse fijado en ti.

—Te equivocas. Yo sí he detectado un ligero interés.

—El mismo que le dedicó a lord Hareton. Y si ese es el tipo de interés que le mueve, siento comunicarte que juegas en segunda fila.

Farley se hizo el ofendido el tiempo que le costó terminar su copa.

—Tengo mucho que ofrecer a cualquier mujer.

—Ah, ¿sí? —Northcott se reclinó en su asiento y cruzó los brazos por delante del pecho—. Cuéntame. Y ahórrate lo obvio, por favor. —Farley, que había cogido aire con ímpetu, cerró la boca de golpe—. El hijo de un vizconde, sí. Incapaz de mantenerse lejos de las carreras de caballos, las cartas, las apuestas absurdas, ¿los dados? Sí, hasta de los dados; al que su propio padre se niega a satisfacer las deudas. ¿Qué tal te fue con Spinner, por cierto? ¿Ya se ha celebrado esa apoteósica fiestecita por el Támesis?

—Todavía no —contestó con aplomo Farley—. Disfruto apostando, pero el juego no decide el rumbo de mi vida. Podría dejar de jugar en el momento en que quisiera.

—Eso dicen todos los jugadores, y aún no he visto a ninguno que lo haga.

—Me disgusta comprobar que me tienes en tan baja estima, Northcott.

—No te tengo en baja estima. Me permito la sinceridad porque soy tu amigo, que es muy diferente. ¡Vamos, no te enfades! —dijo riendo—. ¿Por qué quieres casarte con la señorita Alderdice? ¿Te has enamorado?

—¿Qué pinta aquí el amor? Si, como tú has dicho, anda a la caza de un título, yo le vendré igual de bien que cualquier otro, y no le daré tantos disgustos como Hareton.

—Bueno, eso habría que verlo; pero, aun así, ¿por qué ella?

—Porque es una recién llegada y no le ha dado tiempo a saber de mi... problemilla de fondos, Northcott —bajó la voz y le brillaron los ojos—. Mi padre no me brindará más ayuda si no siento la cabeza. ¡De hecho, me ha retirado la asignación, como si yo fuera un mozalbete! Casarme me rehabilitaría a los ojos de él, pero no puedo casarme con una pelagatos cualquiera. Lo que necesito es una heredera. Una heredera de buen carácter, tranquila y sencilla, que no se entrometa en mis asuntos. Y yo, a cambio, no me entrometeré en los suyos. ¿Quiere actuar? Que actúe. Ya te he dicho que soy un hombre moderno. El plan es perfecto, Northcott. Hazme caso.

Capítulo 9

—No, Chassy, yo no me entrometo en nada. ¡Pero ese cuadro es indecente! Y se me ve la cara; se me ve con toda claridad. ¿Cómo no va a saber el señor Northcott que soy yo? Y además es... es... ¡irreverente!

Chassy entornó los párpados, observó la pintura, observó a Rayne. Hizo un gesto con la cabeza, como de asentir. Y su prima pensó que, después de tanto discutir, por fin había conseguido que entrara en razón. Porque el cuadro sí era irreverente, con ese halo de luz que descendía desde el cielo y se desparramaba por el rostro y el cuello de Rayne, y ella con esa expresión tan poco decorosa —¿de verdad ella había puesto esa cara y esos ojos tan insinuantes? ¡Si sus hermanos lo vieran! ¡Qué vergüenza!—, y la posición de las manos.

—Te equivocas, prima. El cuadro es maravilloso. ¡Es lo mejor que he pintado nunca! Y no soy vanidosa, ya lo sabes.

—Lo cierto, Chassy, es que no tengo ni idea de lo que eres. —Se sentó en el borde de la silla, desanimada, pesarosa, hundida—. Ni de lo que soy yo.

Chassy frunció los labios, como hacía cuando se enfadaba pero no quería demostrarlo —eso Rayne sí había aprendido a distinguirlo—, y durante un buen rato se mantuvo en un empecinado silencio.

—Hicimos un trato, prima —dijo por fin—.Tu última actuación, mi último cuadro, y nos introducíamos de pleno en la temporada.

—¡Y ojalá no te hubiera hecho caso! Mira que encontrarme con el maldito sir Warren en ese teatro del demonio...

Estaba tan abatida, que ni siquiera se percató de lo que había dicho hasta que vio a Chassy taparse la boca para intentar esconder una carcajada.

—¡Oh, perdón! A veces me olvido de que estoy aquí contigo, y no con mis hermanos.

—¡No te disculpes! Pero, te lo ruego, no vuelvas a decir que soy yo la indecorosa. Y no le des más vueltas a lo de sir Warren. No se acercó a hablar contigo. ¡Quizá no te reconoció!

Rayne recordó la expresión de sir Warren cuando sus ojos se cruzaron. ¡Pues claro que la había reconocido! Igual que haría el señor Northcott si Chassy le entregaba ese cuadro suyo.

Sintió que el rojo se apoderaba de sus mejillas. Y luego, para su sorpresa, sintió también que el corazón golpeaba a otro ritmo cuando su mente recreó la mirada de él. Había sido una mirada intensa, pensó. Una mirada que perforaba piel, carne y hueso. Había durado lo que un latido, y ella en seguida había apartado los ojos, pero la abrasión continuó quemándole durante mucho tiempo.

Seguía quemando, de hecho, varios días después. Y Rayne no acababa de entender el motivo. No había sido más que una mirada de extrañeza, por encontrarse con alguien que no debería haber estado allí.

Suspiró y escondió la cabeza entre las manos.

—Tú no estabas conmigo, querida. No sabes lo que dices.

—Venga. No puedo permitir que tu ánimo decaiga por una nimiedad semejante, prima. ¿Por qué no vas a cambiarte de ropa? Daré instrucciones para que entreguen el cuadro —¡mi última obra!— y daremos un paseo por Hyde Park. Hace un día magnífico y las dos necesitamos olvidarnos de la ciudad por un rato.

Aunque Rayne no creía que un sitio como Hyde Park pudiera hacerles olvidar que seguían en Londres, accedió porque a las dos les gustaba caminar y, también, porque el parque le parecía extraordinario. Tal y como le había explicado a Lottie en una de sus primeras cartas —¡antes de que Wilson hubiera empezado a hacer de las suyas y monopolizara las misivas!—, Hyde Park era un lugar de lo más absurdo, donde los coches avanzaban en lentas hileras por uno de los paseos, mientras los caminantes se apelotonaban por los otros. En algunos momentos del día era casi imposible mantener el paso, y el recorrido no estaba exento de peligros. Perros tan maleducados como Tiger acechaban desde las faldas de sus dueñas; los bastones y las sombrillas podían resultar fatales, sobre todo cuando sus dueños decidían llamar la atención de algún conocido en la distancia; y las aguas del Serpentine, en especial a ciertas horas del día, desprendían un olor putrefacto que se pegaba a la piel.

—*«Un pantano de aguas estancadas...»* —había dicho Rayne la primera vez.

Sin embargo, a los londinenses les encantaba Hyde Park, y las dos primas compartían ese entusiasmo, pese a que, si alguien les hubiera preguntado, no hubieran sabido explicar el motivo.

Rayne eligió uno de sus vestidos de paseo preferidos, el de tela de Cambray de color avellana con triple ribete en el dobladillo, y lo combinó con un maravilloso sombrero con una pluma burdeos que le había prestado Chassy. Su prima escogió un vestido gris como ala de paloma que, según ella, resultaba poco favorecedor porque iba cerrado hasta la garganta, pero que le parecía muy cómodo, porque el bajo quedaba muy separado del suelo.

—Odio terminar el paseo arrastrando tanta porquería como hay en las calles. Y, además, me encantan estos botines rojos, y me gusta que se vean bien.

—Estás muy elegante, prima —dijo Rayne mientras se ponía los guantes, y lo dijo con total sinceridad—: Y ese sombrerito te queda muy bien, también.

—Sin embargo, a ti esa falta de entusiasmo te queda fatal. ¡Anímate! He pensado que podríamos llevarnos a Tiger, ¿qué opinas?

—Que acabará metiéndonos en algún lío, porque es el perro más maleducado que he conocido en mi vida; pero supongo que podemos hacerle el favor a la señora Woodcourt de apartarlo de su vista por unas horas. Creo que va a recibir a unas amigas (¿o a unos amigos?), y Tiger no hará más que molestar a todo el mundo.

Tiger, sin embargo, se comportó muy bien durante el trayecto y, una vez en el parque, apenas discutió con los demás perros, por lo general mucho más grandes que él y, también, con mucho más seso. Rayne, por si acaso, sujetaba con fuerza la correa cada vez que localizaba a un potencial enemigo. Chassy se reía.

—Lo agarras como si fuera un titán, prima, y seguro que no pretende escaparse. Estos perrillos no saben buscarse la vida por su cuenta.

—Tú y yo lo sabemos, pero estoy convencida de que él no. ¿No ves lo pomposo que es este

animal? No me extrañaría que se sintiera superior a los otros. ¡Mira cómo levanta la cabeza!

—Porque intenta imitarlos. Me da que aquí todo el mundo viene a lucirse.

—Y no se equivoca usted, señorita Sallow. Yo soy el primero en hacerlo.

Lord Hareton, a quien no habían visto hasta tenerlo prácticamente encima, las saludó con una complicada reverencia.

—¡Lord Hareton! ¿Cómo está usted? ¡Es la primera persona conocida con la que nos hemos topado hoy! Y eso que medio Londres parece estar hoy en Hyde Park.

—En ese caso, me siento afortunado. Permitan que les presente a mi acompañante, la señorita Lucy Thorndale. Las señoritas Rayne Sallow y Chastity Alderdice.

La señorita Thorndale no demostró mucho interés en Chassy, pero sí miró a Rayne con curiosidad.

—¿No nos hemos visto antes, señorita Alderdice? Su cara me suena una barbaridad.

Rayne la contempló un par de segundos; era una joven de unos veinte años, de cara estrecha y bonitos pómulos, menuda y delicada, que vestía un elegante vestido de color verde y se protegía del sol con una sombrillita rosa. Se las apañó para sonar más o menos convincente cuando aseguró que no, que no tenía el placer, y que, si acaso, quizá, en alguna fiesta podrían haberse cruzado. Sin embargo, había reconocido en ella a la dama que acompañaba a sir Warren la otra noche, en el teatrillo de Fiona Mullen. De repente le entró mucha sed.

—Supongo que sí —contestó Lucy.

Pero vacilaba, y Rayne se dio cuenta y quiso despedirse pronto. Por desgracia, Chassy había elegido ese preciso momento para mantener una educada conversación con lord Hareton; ella, que hasta entonces no había demostrado mucha simpatía en particular por aquel tipo.

—Es uno de esos días espléndidos en los que le apena a una quedarse dentro de casa.

—Lo es. Imagino que la señora Woodcourt anda por aquí cerca. Supongo que debería saludarla a ella también —dijo lord Hareton, y trató de atisbar entre la multitud que se desplazaba como a oleadas por el parque—. No acabo de...

—Oh, se habrá entretenido hablando con alguna amistad, sin duda —dijo Chassy—. Nunca se nos habría ocurrido venir solas hasta aquí, por supuesto. Me pregunto dónde estará. ¿Tú la ves, prima?

Rayne hizo como que buscaba también entre el gentío, y también hizo como que no notaba la mirada inquisidora de Lucy, que intentaba recordar dónde se habían cruzado.

«Pero no me reconocerá», pensó, «porque llevo el pelo muy bien recogido, y no me he puesto nada de ese maquillaje descarado que me plantó la señorita Mullen sin que yo se lo pidiera, y además había muy poca luz».

Se colocó una mano en la frente, a modo de visera, para evitar el sol y la curiosidad de Lucy, y Tiger aprovechó su momento de debilidad para tironear de la correa con brío.

—Demonio de perro, ¿qué te ocurre ahora? —murmuró, creyendo que habría olisqueado a algún mastín o a otro perro igual de desmesurado, y anticipando el desastre.

Cosa que, en cierto modo, sucedió.

—¡Señorita Alderdice! Me alegro de verla. Señorita Thorndale, Hareton.—Enoch Northcott y sir Warren caminaban hacia ellas, y Northcott era el interesante objetivo al que Tiger había reconocido entre la multitud—. ¡No, perro inmundo! No te atrevas a poner esas patas sucias encima de mis pantalones azul aciano.

—Señorita Sallow —dijo sir Warren—, un placer encontrarla de nuevo, también para mi amigo. Disculpe las rudas maneras de Northcott, estoy seguro de que no la ha visto.

—Claro que no la he visto, señorita Sallow, y ha sido todo por culpa de este animal demoniaco. ¡Baja, te digo! El mismo placer al verla que de costumbre, por supuesto.

Chassy sonrió, con esa misma sonrisa tensa que ponía cuando Rayne estaba posando para ella y se movía y no volvía a adoptar la misma pose que tenía antes. Pero saludó con educación a los recién llegados, y con la excusa se colocó entre ella y Northcott.

«Yo me encargo de este presuntuoso», aseguró con la mirada.

—Oh, no se preocupe, sé que no podía verme porque lord Hareton es muy alto y me tapaba a la vista de usted. Y cuando uno no tiene la vista especialmente aguda, suceden estas cosillas que carecen de importancia.

—No sabe cómo celebro su condescendencia. Aunque no entiendo por qué piensa usted que mi vista no es aguda.

—Oh, discúlpeme por el descaro, pero es obvio que nadie con un decente sentido de la vista consideraría que ese azul es un azul aciano.

Chassy hizo un gesto con la cabeza y los tirabuzones que le enmarcaban el rostro saltaron como muelles. Fue uno de esos gestos encantadores que a Rayne le gustaba imitar de cuando en cuando.

—¡No me diga! —Y Northcott, para sorpresa de Rayne y de la propia Chassy, se echó a reír —. ¿Cómo lo llamaría usted?

—Aguamarina, por supuesto.

—¿Aguamarina? ¿De verdad? —Y, por un momento, pareció que fuera a echarse a reír de nuevo; pero algo lo desconcertó y permaneció en silencio, con la ceja bien alzada para dejar patente su escepticismo—. Aguamarina, ¿eh?

Lucy Thorndale hablaba en voz muy baja con sir Warren, lord Hareton observaba a Chassy y a Northcott alternativamente, y Rayne, deseosa de entablar conversación con milord, pero demasiado cohibida por la presencia de todos los demás, prefirió prestar atención a Tiger, que había localizado a otro amigo de la señora Woodcourt, o quizá a algún rival perruno. El animal, cuya verdadera fuerza nadie tomaba en consideración, mostró de repente los colmillos, tiró de la correa, se soltó de sus manos y salió a toda velocidad en persecución de su presa.

—¡Oh, no! ¡Tiger, vuelve aquí!

Rayne se recogió las faldas y echó a correr detrás, esquivando paseantes y grupos sentados bucólicamente sobre el césped. Y si no dejó escapar alguno de los improperios que había aprendido de Wilson, fue solo porque sabía que no impresionarían a Tiger.

Había tanta gente que temió perderlo de vista; más tarde, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, confesaría a Chassy que habría sido preferible. Porque lo que ocurrió fue que, en su loca carrera, Tiger atrajo a multitud de perros de distintos tamaños, razas y abolengo, que llegaron a la conclusión de que, si uno de ellos se conducía con tantas prisas, sería por algo. Se deshicieron de sus propias ataduras, y pronto una fila perruna desbocada comenzó a abrirse paso entre las multitudes, seguida por Rayne y por otros dueños, más o menos vociferantes, que la perseguían. De vez en cuando, Tiger miraba hacia atrás, como arrepentido por el lío que estaba organizando; aun así, no se le ocurrió detenerse.

Un par de guardas, atraídos por los gritos, trataron de cerrar el paso a los animales. Tiger los vio en la distancia e hizo un notable requiebro para darles esquinazo. Algunos de sus compañeros, menos hábiles o quizá más moderados, se dejaron atrapar. A pesar de todo, seguía habiendo un montón de perros corriendo en jauría, y varias personas —muchas de ellas, niñeras con sus niños— empezaron a asustarse de verdad.

Rayne creyó escuchar unas cuantas frases poco delicadas que, si se paraba a reflexionar, debían de ir dedicadas a ella. Lo cierto es que nada le hubiera gustado más que desentenderse de Tiger y abandonarlo a su suerte; pero le daba pena que la señora Woodcourt, que tan bien la estaba tratando, se quedara sin su odioso faldero y, además, por su culpa.

«Como siga así», pensó, sintiendo que le iban a estallar los pulmones de tanto correr, «tendré que parar, por más que me fastidie perderlo».

Aparecieron más guardas, y más gente que se había unido a la persecución, entre ellos un montón de críos de aspecto poco fiable. La jauría fue perdiendo adeptos, pero no a su líder, inmune al cansancio. Atravesaron el paseo lateral, entre coches que avanzaban despacio para ver y ser vistos. Un caballo hizo amago de encabritarse cuando divisó el tumulto; por suerte, su jinete estuvo hábil, lo retiró y abrió un pasillo que permitió el paso de los perros. Tiger recibió numerosos insultos, pero ni siquiera entonces se detuvo para tratar de limpiar su buen nombre.

«Este animal tiene espíritu de perro callejero», se dijo Rayne, a punto de rendirse.

Por suerte, Tiger, que por fin empezaba a perder fuelle, se vio indignamente atrapado por el pescuezo por un chaval que también tenía pinta de callejero.

—Ven aquí, mal bicho —dijo el chico, con el acento más mordido que Rayne había escuchado jamás—. La has liado buena, chucho gamberro.

—¡Menos mal! —jadeó Rayne, y apoyó las manos sobre los muslos, tragando aire a bocanadas y con la sensación de estar a punto de desmayarse a cada inspiración—. Te lo agradezco mucho. ¡Un poco más y me mata!

—Sí que corría usted, para ser una dama —dijo el chico.

La miró con los ojos entornados, igual que la miraban los gemelos cuando estaban tramando una fechoría. Y por las pintas que traía, con ese flequillo que le colgaba hasta la punta de la nariz, la gorra ladeada y una camisa sin cuello que parecía desconocer lo que era el jabón, Rayne no tuvo dudas de que eso mismo era lo que estaba haciendo. Recuperó su mejor acento de Yorkshire y le dijo:

—Para ser una dama, corro mucho y también tengo muy mal genio. Gracias por haber atrapado a esta bestia sin modales. Ahora, demuéstrame que tú sí los tienes y hazme el favor de ponerle la correa. A cambio, te daré un chelín por las molestias.

Por detrás de ellos empezó a reunirse una marabunta de dueños de perros y personas agraviadas; el chico echó un vistazo y llegó rápidamente a la conclusión de que no ganaría mucho más de un chelín si no obedecía. Y, si no se daba prisa, todavía ganaría menos.

—Aquí, señora. Agárrelo bien. Es que estos perros elegantes están muy malcriados.

—Desde luego que lo están; no como tú, que te has portado como... ¡como un héroe! Toma.

Le lanzó el chelín y, al darse media vuelta, se encontró con la viva imagen del caos.

—¡Oiga usted! Supongo que se dará cuenta de todos los problemas que ha ocasionado. —El señor debía de haber salido muy elegante de su casa, pero ahora estaba rojo y el sudor le caía a borbotones por la frente—. No me extrañaría nada que tuviera que pagar usted una multa.

—¿Una multa? —Tiger se revolvió, dispuesto a defender a Rayne de aquel tipo amenazante, pero ella lo puso en su sitio antes de contestar al señor—. ¡Tiger, ya has hecho bastante por hoy! Lo menos que puedes hacer es portarte bien durante un rato. Discúlpeme, señor; entiendo que esté muy enfadado, ¡que todos ustedes lo estén! Pero, la verdad, no veo qué motivo puede haber para multar a un perro que lo único que ha hecho ha sido divertirse.

—No se haga usted la graciosa, señorita; no le conviene —replicó otra señora, que llevaba en brazos a un caniche tembloroso—. Ha podido provocar una gran catástrofe, con tanto caballo a

punto de atropellar a nuestras mascotas. Alguien tendrá que asumir alguna responsabilidad, digo yo. ¡Si una no va a poder venir a pasear con calma a Hyde Park, ya no sé dónde vamos a parar!

Entre bocanada y bocanada de aire, Rayne intentó no perder su propia calma. Aunque Tiger fuera un perro muy maleducado, al fin y al cabo solo había correteado un rato.

—Me parece que no ha habido que lamentar ninguna desgracia, señora, y piense usted que es natural que los perros tengan ganas de desfogarse un poco. ¡Un perro corriendo por ahí con otros perros es lo más normal del mundo!

—¡No, no lo es, señorita! Perros que campan como salvajes a sus anchas por mitad de un parque civilizado no es lo más normal del mundo.

—¡Eso les pasa porque van siempre con la condenada correa! —protestó Rayne, enfadada. Su acento norteño afloró sin control, y su mal genio también—. Si los dejaran a su aire, no se volverían locos en cuanto los sueltan, maldita sea.

—¡Oh! Pero, ¿qué lenguaje es ese? —se escandalizó la señora del caniche.

—La propia de una mujer que pasea sola por el parque, acompañada de un animal peligroso y sin sombrero —intervino uno de los guardas. Todavía llevaba preso a un fox terrier extraviado y le estaba costando hacerse con él—. ¡Los perros tienen que ir atados en Hyde Park, joven, y eso sí que es motivo de multa!

—¡Mi perro iba bien atado! Se ha escapado porque tiene mucha más fuerza de la que parece, ¿de dónde se cree que ha salido entonces esta correa?

Por nada del mundo iba a permitir que la señora Woodcourt recibiera una multa, ¡tan amable que estaba siendo! Y, lo que era ella, no tenía casi dinero, como para pensar en gastarlo de una manera tan tonta. Y, además, ¿qué había sido de su sombrero? Mejor dicho, del sombrero de Chassy.

—Que un guarda cualquiera le hable en ese tono a una amiga de sir Warren Farley sí debiera ser motivo de multa, en mi opinión. Señorita Alderdice, aquí tiene su sombrero. Se le ha caído por el camino. Me temo que se ha manchado un poco pero, por fortuna, no es más que polvo.

Rayne distinguió la voz de Farley entre el gentío. Dejó escapar un suspiro y cerró los ojos, de puro alivio que sentía.

***

A Farley no le supuso un gran problema librarse de los paseantes ofendidos, ni tampoco convencer al guarda de que enviara la multa a la residencia de sir Aubrey, donde —según afirmó, aunque en el fondo pensaba más bien lo contrario— el secretario de su padre la pagaría gustoso. Cuando la turba fue dispersándose, le quitó a Rayne la correa de las manos y le hizo un gesto para que regresaran caminando.

—¡Perro odioso! Me ha hecho perder diez libras —dijo, sonriendo.

La joven se llevó la mano a la boca, lo miró con ojos de pena y farfulló una disculpa entre dientes.

—No debería haberse hecho usted cargo de esa multa. Estoy segura de que carece de todo fundamento. Pero, se lo ruego, remítamela en cuanto se presente aquel guarda espantoso.

—¡Oh, no se preocupe, no me refería a eso! Aposté diez libras con Hareton a que sería capaz de atrapar al perro, y salí corriendo detrás de usted para comprobarlo. Aunque es usted muy rápida —añadió con admiración—. Creo que el rapaz que lo agarró por usted le dijo lo mismo.

—¡Vaya, pues sí que llevaba rato usted escuchando!

—Bastante. De hecho, fui de los primeros en llegar, solo que no se fijó en mí. Ya vi lo bien que manejó al pilluelo, y también me dio tiempo a oír cómo cambiaba su educada dicción por otra mucho más expeditiva.

—Oh, qué vergüenza. Cómo lamento que me haya escuchado. Pero la carrera me había puesto muy nerviosa.

—No lamente nada. Me gustan las personas francas. ¿Quiere que nos sentemos a descansar?

—No estoy cansada.

—Sin embargo, yo sí lo estoy, y probablemente este perro travieso también. ¿Prefiere a la sombra?

—En ese caso, si hemos de sentarnos, prefiero que sea al sol.

Se sentaron en un banco y, durante un rato, se entretuvieron viendo pasar a la gente. Farley se dio cuenta de que la joven seguía agitada; mantenía la espalda muy tiesa y la mirada fija en algún punto lejano. Para distraerla, empezó a contarle anécdotas.

—Aquel es sir Alfred Harding. Su esposa es encantadora, pero padece una rara enfermedad que, por desgracia, no tiene cura.

—¿Qué le ocurre?

—Se lleva recuerdos de las casas a las que la invitan. Por eso hace mucho que no la invita nadie.

—¿Quiere decir que roba?

—Creo que no se dice así exactamente. Su abnegado marido va devolviendo los objetos, que, por otra parte, suelen carecer de valor. Pero parece que es algo que escapa a su control.

—Vaya, tiene que ser muy frustrante.

—Supongo que sí. Y aquella dama... no, esa no; la de la sombrilla naranja, esa que parece tener doscientos años. Es lady Jeanette Sterling. Colecciona encajes y también amantes. Es imposible saber si tiene más de unos que de otros.

—¡No me lo creo!

—Créaselo. Lo sabe todo el mundo. Es por eso por lo que evito tener mucha relación con ella. Me asustan un poco las consecuencias.

Ella se echó a reír.

—¿Teme usted que la gente rumoree?

—No, ¡temo que milady consiga seducirme!

La joven rio con más ganas y a Farley le dio la impresión de que empezaba a relajarse. Se preguntó si sería prudente hablar de la otra noche. Los dos sabían que habían estado allí, que se habían reconocido. Y él no lograba quitarse de la cabeza ciertas escenas de la obra, como cuando Christabel, desesperada y rota, abandona la casa de su padre. Recordaba el rostro transido de dolor, el gesto anhelante de los ojos. Recordaba la intensidad con la que había mirado a la actriz que encarnaba a Geraldine, y, sobre todo, la intensidad con la que lo había traspasado a él antes de salir del escenario. Y cuando lo hacía, se le ponía todo el vello de punta.

Se aclaró la garganta.

—Veo que siguió el consejo que le di cuando nos conocimos. Sobre acudir al teatro. —Se le escapó una sonrisa burlona—. No obstante, es posible que no me explicara bien; me refería a ir a ver una obra de teatro, no a participar en ella. ¡No sabía que cultivara usted ese talento!

La joven apartó la vista un momento, y después clavó en él sus ojos grises, ojos del color de la bruma, enormes y profundos. A Farley el corazón le dio un vuelco inesperado y, por lo

inesperado, desconcertante.

—Oh, ¡eso! Yo no lo llamaría cultivar un talento, ¿sabe? Fue más bien como un impulso repentino. Sí, eso mismo: el impulso de hacer algo alocado alguna vez en la vida. ¡Como cuando uno siente la necesidad de presenciar un combate de boxeo, lo deja todo y se va! No me diga que nunca le ha ocurrido.

—De hecho, me ha ocurrido en más de una ocasión —aseguró Farley, algo perplejo por la comparación.

—Bueno, yo no puedo afirmar que me suceda a menudo —dijo ella, y se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Fue un movimiento de lo más natural; pero a Farley, por algún motivo, le costó lo suyo apartar la vista, y cuando volvió a fijarse en sus ojos le dio la impresión de que había en ellos un brillo que estaba allí antes. Confundido, sacudió la cabeza.

—No lo diga como si se disculpara, señora, se lo ruego. Si todos nos limitáramos a hacer lo que se espera de nosotros, moriríamos de aburrimiento antes de cumplir los treinta. Dejemos las responsabilidades para cuando nos clareen los cabellos.

La joven arrugó las cejas y su acento norteño asomó con timidez por unos instantes.

—Oh, yo no estoy de acuerdo con usted, señor. Obviar las responsabilidades y pasarse el día pensando en divertirse puede ser muy aburrido también.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Oh, ya sabe: «*pon fin a mi debilidad, concédeme el espíritu del sacrificio*».

Hizo un gesto con la mano, enfurruñada, como si quisiera espantar sus propias palabras, y Farley se dio cuenta de que le molestaban los derroteros que tomaba conversación. Pero hizo un esfuerzo por recordar lo que había dicho para más tarde. Cuando estuviera solo, meditaría sobre ellas.

—¿Ve a aquel tipo de allí?

—¿Aquel que viste tan... hummm... elegante?

—¿Le parece elegante?

—Me parece un petimetre, si me perdona la expresión.

—Se la perdono, porque yo pienso lo mismo. ¿Sabe qué se comenta acerca de él?

***

Parecía que Rayne y sir Warren no iban a regresar o, al menos, no iban a hacerlo pronto, y Chassy insistió en ir a buscarlos.

—Quizá ese perro endiablado haya mordido a alguien, y mi prima se haya visto envuelta en un buen lío. ¡No sé ustedes, pero yo no puedo quedarme aquí tan tranquila esperando!

Lord Hareton se mostró de acuerdo con ella: a él tampoco le apetecía seguir allí esperando, y le propuso a la señorita Thorndale continuar con su paseo. Ella, al principio, expresó sus dudas, pero como vio que milord estaba dispuesto a irse sin más, accedió de mala gana y se despidió de Chassy y Northcott.

—Dígale a la señora Woodcourt que vigile más de cerca a la prima de usted, señorita Sallow. Ya sabe que Londres está lleno de lenguas maledicentes.

Chassy la miró con ojos entornados y los labios bien prietos.

—No puedo afirmar —dijo cuando los vio alejándose— que me guste ninguno de los dos. ¡No

soporto la impertinencia!

A Northcott, que había echado a andar junto a ella, se le escapó una risotada.

—Me alegra que no me incluya en el grupo de los impertinentes, señorita Sallow.

—Bueno, le agradezco que me acompañe a buscar a mi prima, señor Northcott. Apenas conozco Hyde Park y me disgustaría verme sola por aquí, con tanta gente extraña alrededor, por lo que no me arriesgaré a desairarle por ahora. ¿Le parece bien una tregua?

—No solo me parece bien, sino que la celebro. Aunque pueda pensar lo contrario, no disfruto peleando con las damas.

—Supongo que es un consuelo saberlo.

—Se lo digo en serio. A pesar de ello, entiendo que le cueste creerme; es cierto que no empezamos con buen pie. Permítame enmendar mi parte de culpa y le demostraré lo caballeroso que puedo ser cuando me lo propongo.

—Adelante, no deje de intentarlo.

Pese a que Chassy no tenía muy clara la dirección que había tomado Rayne, no le costó encontrar el rastro de destrucción vegetal provocada por Tiger y sus nuevos amigos. Todavía había grupos reunidos que expresaban, muy desaprobadoramente, lo que opinaban de los animales sin domesticar y de las jóvenes imprudentes que los llevaban a pasear entre gentes civilizadas. Se mordió el labio en un par de ocasiones para no participar ella también en los debates. Pero pensó que no merecía la pena, y decidió ignorarlos a todos. También a Northcott, si empezaba a decir tonterías.

—Dígame, señorita Sallow, ¿qué juicio le merece a usted la obra de ese pintor desconocido que tanto nombre empieza a labrarse?

Chassy se sonrojó y fingió estar muy concentrada buscando a su prima en la distancia.

—No sé de qué pintor me habla. Me temo que no estoy muy puesta en nombres célebres.

—Ah, ¿no? Es extraño, porque fue precisamente su prima la que me dio a conocer su obra por primera vez. En aquella recepción que ofreció la señora Woodcourt, ¿recuerda? Al poco de llegar ustedes dos a la ciudad. Tuvo la gentileza de mostrarme un cuadro que había adquirido de la propia mano del señor X. He ido haciendo mis conjeturas al respecto, y confieso que me sorprende su ignorancia.

—Conque señor X. ¿Así lo llama usted, señor Northcott?

—Bueno, de alguna manera debo llamarlo. «Ese pintor desconocido recién llegado a Londres» es un nombre demasiado largo.

—¿Tienen algún fundamento esas conjeturas suyas?

—Diría que sí.

—¿Diría que sí? —Molesta con su total ausencia de humildad, no pudo resistirse—. ¡No sé por qué me sorprendo! Para empezar, ¿no se le ha ocurrido que su señor X podría ser una mujer?

—No. —Northcott permaneció un rato en silencio, y luego añadió—. De ser así, me limitaría a llamarla señorita X. Sin embargo, tengo razones para creer que es un hombre, así que tampoco me preocupa mucho el asunto de la nomenclatura.

—Claro. Pues lamento decepcionarle. Aparte del cuadrito que compró mi prima, no he tenido la suerte de contemplar más obra suya, y tampoco han llegado comentarios a mis oídos acerca de ese señor X, por lo que no voy a poder serle de gran ayuda.

—Pensaba que su prima le habría hablado de él.

—Oh, bueno, los comentarios que mi prima haya podido hacerme sobre el caballero en cuestión son de índole personal. No pretenderá que los comparta con usted.

Aquello pareció despertar su curiosidad, pero Northcott no insistió.

—¿Ha visitado muchas más exposiciones, señorita Sallow?

—Unas cuantas —respondió ella—. Y he tenido la suerte de conocer a un artista muy interesante, que se dignó darme un par de buenos consejos técnicos.

—¡No me diga! ¿Lo conozco yo?

—Imagino que sí. El señor Johann Füssli. Es extranjero. Suizo, si no me equivoco.

—No se equivoca —contestó Northcott, pensativo—. Y, ¿dice que le ha dado algunos buenos consejos? ¿Puedo preguntar acerca de qué?

Chassy, que se había propuesto esquivar cualquier intento de conversación seria con aquel Northcott tan feliz de conocerse a sí mismo, no tardó en encontrarse a sí misma analizando, debatiendo y comparando algunas de las técnicas que había aprendido secretamente del señor Füssli; defendió sus ideas sobre el uso de la luz y las sombras para hacer aflorar la psicología de los retratados y combatió con ferocidad las acusaciones del señor Northcott sobre la moralidad —o su ausencia— de algunas de sus obras.

—Sus cuadros están vivos, señor Northcott —concluyó un buen rato después, y se detuvo para dar más énfasis a sus palabras—. Es como contemplar una obra de teatro que se sucede en un lienzo.

Northcott no dijo nada. Asintió y la miró con fijeza durante un momento o dos. Chassy sintió un rubor que le nacía en la espalda y que le ascendía hasta la mandíbula.

«He sido muy vehemente», pensó.

—Espero no haberle aburrido demasiado, señor —dijo, y esbozó una sonrisa.

Le había entrado cierta flojera en la voz.

—En absoluto; más bien al contrario. Reconozco que sabe usted muy bien de lo que habla.

Chassy, convencida de que le había aburrido mortalmente, agradeció no obstante su caballerosidad.

—Mire, ahí están los fugitivos.—Northcott estrechó los ojos e hizo un gesto de ligero disgusto —. Y, por lo que veo, Farley debe de estar de lo más inspirado, porque su prima no hace más que reírse.

Rayne los saludó con la mano y fueron a reunirse con ellos. A su prima le brillaban los ojos y le resplandecía el rostro; quizá por estar sentada a la luz del sol, o por haber corrido detrás de Tiger, o por los comentarios ingeniosos de sir Warren, o quizá por todo a la vez. El caso es que resplandecía, toda ella, y se la veía tan guapa que a Chassy le fastidió un poco estar llevando su aburrido vestido cerrado hasta el cuello. Les contó su aventura sin dejar de sonreír, moviendo las manos como quien abanica el aire, y Chassy sintió que, comparada con su preciosa prima rural, ella tenía la misma gracia que una gallina.

«No debo ser mezquina», se reprendió, mordiéndose el labio. Se volvió hacia Northcott, para dejar claro lo que pensaba de los hombres como el guarda, y se quedó de piedra cuando lo vio con los ojos clavados en ella, tan serio como una estatua romana. Tan concentrado parecía estar que se le olvidó lo que quería decirle, y solo pudo volverse de nuevo hacia Rayne y escuchar el final de la historia.

Capítulo 10

A pesar de que lord Hareton no gozaba de muy buena fama en según qué círculos, sus bailes eran esperados por muchos como señal de que la temporada estaba en pleno apogeo. A esas alturas, los candidatos al mercado matrimonial ya habían descubierto sus cartas y la mayoría se hacía una idea más o menos clara de quién buscaba qué, y quién podía aportarlo, y entre las matronas no eran raras las apuestas acerca de qué compromiso sería el siguiente en anunciarse. Se hacían de forma solapada, claro, pero, de alguna manera, siempre terminaban saliendo a la luz y los implicados pasaban a ser observados con lupa en cada una de sus apariciones.

Northcott no había escuchado ningún rumor concreto sobre la señorita Sallow y, hasta donde él sabía, las guardianas de la virtud todavía no habían sacado a relucir el nombre de la señorita Alderdice; pero sí le habían llegado comentarios poco agradables sobre esta última, y andaba de lo más inquieto. Aquel viernes, lord Hareton iba a ofrecer uno de sus bailes multitudinarios y, aunque en principio había declinado su invitación, cambió de idea cuando supo que las dos primas sí asistirían. Sobre todo, cuando Farley confirmó que también él pensaba acudir.

Y eso que el propio Northcott no tenía la cabeza para andar pensando en bailecitos. Tampoco es que nunca la hubiera tenido, por otra parte, se dijo mientras sorteaba a aprendices de dandi por Regent Street. Sin embargo, conforme avanzaban las semanas, le daba la impresión de que los días se sucedían en una perfecta pérdida de tiempo; al menos, en lo que concernía a su principal interés: su rompedora —y más que postergada— exposición. No solo no había conseguido localizar al señor X, sino que el misterioso pintor había renovado sus provocaciones enviándole un nuevo cuadro.

Northcott estaba muy enfadado. Había reconocido a la modelo que había posado para él —¿cómo no hacerlo? ¿Acaso no se trataba de aquella cabeza hueca de Chastity Alderdice? Que no contenta con mostrarse por ahí como actriz aficionada, se atrevía a posar con tanto descaro ante un pintor anónimo, que luego iba ofreciendo su obra sin pararse a considerar las repercusiones.

«No, no puede ser. La señorita Alderdice no aparenta tener gran experiencia de la vida, ni de lo que es o no censurable en una ciudad como Londres, pero no la imagino tan loca como para aceptar encargos de esta índole de un perfecto desconocido. Ni siquiera alguien como Clementine le permitiría hacerlo».

Por motivos como ese estaba convencido de que las dos primas conocían al señor X. ¿Se trataría de Johann Füssli? Pero, en tal caso, ¿cómo y cuándo habían entrado en contacto con él? Füssli no había viajado al norte, que él supiera. No, sin duda había sido una maniobra de despiste de la señorita Sallow.

—¡Enoch Northcott! —Dylan Culpepper le agarró el brazo cuando pasó por su lado. Ni lo había visto, y eso decía mucho sobre dónde andaba la atención de Northcott puesta en los últimos tiempos—. Me pareció verte por esta misma calle hace una eternidad. ¿Cómo van tus cuadros?

—Estupendamente, gracias por preguntar. —Se informó sobre su salud, la de su familia, la de sus caballos. Todo bien, muy amable. ¿Podía acompañarle un trecho?—. Te lo agradezco sobremanera, Culpepper, pero lo cierto es que tengo bastante prisa. He de ir a ver a unos caballeros que...

—Oh, no es problema, sucede que yo también voy en esa misma dirección. ¿Has pasado ya por la nueva sedería? He visto cosas que me dan qué pensar, Northcott. No me extrañaría que la moda masculina esté a punto de dar un vuelco fenomenal.

—¿En serio?

Por educación, se vio obligado a preguntar en qué sentido, y Culpepper comenzó a enumerar sus argumentos. Le recordó a Farley cuando enumeraba sus razones para casarse con la señorita Alderdice y empezó a alterarse por dentro. El otro día, en Hyde Park, se había dado cuenta de cuánto le había molestado a la señorita Sallow la excesiva cordialidad con la que Farley trataba a su prima. Recordaba a la perfección el gesto severo con el que la miraba cuando empezó a relatar su fantástica persecución de aquella bestia inmoderada de Tiger; cómo había apretado los labios, y cómo se había vuelto hacia él, como para comprobar qué opinaba de aquellos dos. Lástima que se hubiera arrepentido y no le hubiera pedido que lo expresara en voz alta, porque ardía en deseos de hacerlo. Aunque su instinto le decía que la dama era una joven bien dispuesta, a ojos de los demás no parecía sino una coqueta; una coqueta que iba de mal en peor y que no tardaría mucho en ser la comidilla de todo Londres.

Y suponía que, si Farley de verdad decidía casarse con ella, el matrimonio la redimiría de cara a los intrigantes de larga lengua; pero, a cambio, su felicidad se vería mermada con la misma rapidez que su supuesta fortuna.

—¡Eso no es correcto! —dijo en voz alta—. No puedo permitirlo, por mi honor.

—¡Bien dicho, Northcott! —convino Culpepper—. Pienso igual que tú. ¡Es escandaloso! ¡Tantos colores sin sentido! ¿Dónde ha quedado la sobriedad? ¿Dónde el buen gusto y la discreción?

Se detuvo de golpe. Casi había olvidado que aquel pesado de Culpepper seguía allí y, además, no había escuchado nada de lo que le había estado diciendo. El caballero se sacó un pañuelo perfumado del bolsillo y se limpió el sudor que le empapaba la raíz de los cabellos.

—Me alegro mucho de que coincidamos en este punto —dijo Northcott.

Era una de esas frases que uno podía lanzar en cualquier momento, dentro de cualquier conversación, teniendo la certeza de que sería bien entendida.

—Yo también me alegro, Northcott, me alegro de todo corazón. He pensado que, quizá, podríamos organizar alguna suerte de liga de defensores del buen gusto en el vestir. No, no pienses que es algo que se me ha ocurrido a la ligera; llevo, de hecho, unas cuantas semanas dándole vueltas. Sé de un par de caballeros, o tres mejor dicho, que se unirían a nosotros con presteza.

Lo miró con ojos destellantes y Northcott no pudo más que asegurar que él también lo sometería a consideración, aunque, de momento, no se comprometía a nada. Y, además, lo lamentaba una barbaridad, pero tenía que despedirse allí mismo.

—Tómate tu tiempo, por supuesto. No es el tipo de cosa que a uno le convenga decidir

alocadamente. Ya sabes cómo contactar conmigo.

Northcott dobló la siguiente esquina, se refugió en un portal y al cabo de unos minutos se aventuró a abandonar su escondite para volver por donde había venido. ¡Tantas cavilaciones! Se preguntó si la señorita Alderdice habría posado para más cuadros dudosos; era imperativo, más que nunca, localizar al señor X y obligarle a que le entregara cualquier obra comprometedora, costase lo que costase. Por un momento, se preguntó también si acaso la señorita Sallow habría aceptado posar para aquel condenado artista arrogante y, por alguna razón extraña, le entraron sudores fríos por todo el cuerpo.

En su interior, sin embargo, algo le decía —¡le gritaba!— que no. Que ella no sería capaz. Lo cierto era que, desde que hablaron por última vez, su opinión acerca de la señorita Sallow había variado un poco. No sabía de pintores, pero sí de pintura, y más acerca de técnicas y composición de lo que había imaginado. Se acordó de cuando se conocieron, en la National Gallery, y de sus desplantes, y se sintió abochornado. ¿Con qué derecho le había hablado él de esas maneras destempladas? ¿Y qué, si ella hubiera dicho una inconveniencia o dos, fruto del desconocimiento? Él había dicho más de una, y más de dos también, que no provenían del desconocimiento sino de la soberbia y la presunción. Qué tipo más miserable. Pensó que, si en alguna ocasión ella le había puesto en su sitio, bien empleado le estaba. ¡Más censura merecía, y tan solo la buena educación de ella se las habían evitado!

Apretó el paso sin saber por qué, pues ni tenía prisa ni iba a ningún lado en concreto, y con su elevado sentido de la justicia haciendo aguas por todas partes.

***

Rayne había permitido que su prima le colocara los pendientes, y ahora le dolía la oreja derecha. Pero aquella no era, ni mucho menos, la única incomodidad a la que se enfrentaba. Le temblaban tanto las manos que ya se había resignado a no beber ni medio trago en toda la noche, y por más que Katy se hubiera empleado a fondo con el maquillaje, no habían conseguido erradicar la palidez mortal que se había adueñado de su rostro. La propia señora Woodcourt había dejado caer que quizá, solo quizá, convendría que esa noche renunciara a las diversiones mundanas para acostarse temprano y descansar en abundancia; pero Rayne, que sabía que su mal aspecto exterior era un simple reflejo del espanto que la carcomía por dentro, había insistido en acudir al baile, como si su vida dependiera de ello.

Tal vez lo hiciera, como le confesó a Chassy un poco antes de entrar en la residencia de lord Hareton, poniendo especial cuidado en que la señora Woodcourt no las oyese.

—Qué exagerada eres, querida —había contestado Chassy.

En el fondo, su prima compartía sus aprensiones, porque Rayne le había leído la carta de Lottie que había recibido esa misma mañana y, si alguna cosa no le había quedado clara, se la había explicado con pelos y señales. No se había ahorrado nada: ni los locos antecedentes de Wilson, quien, a pesar de toda su buena intención no hacía más que saltar de un desastre a otro; ni la pésima influencia que su amigo Lowell Tregonwell ejercía sobre él; ni, por supuesto, los entresijos —los pocos que ella había entrevisto por la carta— de su última terrorífica idea: Tregonwell y él, que en los pasados meses habían desarrollado un fatigoso gusto por el boxeo —¡el boxeo! ¿No podía haber encontrado su hermano alguna afición menos peligrosa?—, se habían inscrito, a saber por qué medios, en un torneo de dudosa legalidad que prometía al ganador un

premio de cincuenta libras. En esos momentos, debían de estar alojados en algún rincón oscuro de la capital.

—No soy exagerada, prima. Tú no conoces a mi hermano. Puede que ese botarate de Lowell Tregonwell tenga alguna aptitud para el boxeo, no digo que no, pero, lo que es Wilson... Ay, pobrecillo mío, ¿cómo puede ser tan ingenuo? Le darán una paliza, o un montón de ellas, y nos lo devolverán lisiado y sin seso, ¡y no es que tuviera ya mucho de por sí!

Suspiró, muy arrebatada, justo cuando se acercaba lord Hareton a darles la bienvenida acompañado de su madre, la augusta lady Luella, que saludó a las dos primas con unos dedos blandos y fríos, pero muy elegantes, y una mirada entre escéptica y ofendida.

—¡Admirada lady Luella! —exclamó la señora Woodcourt—. Aprecio mucho que te hayas acordado de mí para uno de tus maravillosos bailes. ¡Hacía mucho tiempo desde la última vez! —Se volvió hacia lord Hareton y le dedicó una de esas malévolas sonrisas suyas—. Imagino que el mérito es más de mis protegidas que mío, por supuesto; pero aun así, me siento muy afortunada. ¡Cada día que pasa está usted más apuesto, milord!

Lord Hareton, que también coleccionaba sonrisas malévolas, le obsequió con una de ellas, afirmó que estaba encantadísimo de recibirlas a las tres, y expresó su deseo de que disfrutaran de la velada «como en los viejos tiempos».

—Madre, permite que te presente a las señoritas Chastity Alderdice y Rayne Sallow. Señoras, esta es mi madre, lady Luella. Creo que te había hablado ellas, ¿me equivoco?

—Es posible —contestó lady Luella, mirando al infinito—. Sin embargo, como he oído muchas cosas acerca de ambas en la última semana, no sabría decirte si los comentarios que han llegado a mis oídos provenían de ti o de alguna otra persona. Confío en que se divierta usted, señora Woodcourt.

Y se volvió para saludar al siguiente grupo de invitados, sin esperar respuesta.

—Oh, qué mujer tan tediosamente estirada —murmuró la señora Woodcourt cuando por fin accedieron a la sala de baile—. No sé por qué se tiene en tanta estima; si su esposo se fijó en ella fue por el tamaño de su fortuna, no por ninguna cualidad personal suya. Cómo me irritan las personas así. Sin embargo, reconozco que mi antipatía mengua cuando recuerdo el excelente gusto que posee en materia de canapés. Voy a saludar a una vieja amiga mía, queridas, pero no temáis: ¡no os quitaré ojo de encima, y no permitiré que ningún dandi aprovechado ponga en riesgo vuestro buen nombre!

—Creo que nos observan más de la cuenta —susurró Chassy cuando se quedaron solas.

Rayne la observó de arriba abajo y sonrió, sin muchas ganas.

—Eso es porque estás muy guapa hoy, prima. Me encanta cómo te has arreglado el pelo. Y el color amarillo te sienta fenomenal.

—Bueno, no es exactamente amarillo, sino... Oh, no importa, querida. Vamos a ver si descubrimos a algún conocido por aquí.

El conocido, o mejor dicho, los conocidos, tardaron muy poco en presentarse ante ellas. A Rayne le animó bastante encontrarse con sir Warren, limonada en mano y con una sonrisa que reflejaba a las claras —o esa impresión le dio— que se alegraba sinceramente de verla. A su amigo, el señor Northcott, se le veía mucho menos feliz, y a Rayne, como si fuera la única en la sala con derecho a sentirse sombría, le fastidió su actitud.

—He visto a la señorita Lucy Thorndale, acompañada por su hermano —anunció Northcott, quien, no contento con que hubiera dos personas apagadas, había decidido abatir también a sir Warren.

Este torció el gesto y miró por encima de su hombro.

—Yo también los he visto. La verdad, espero que Percival se las apañe para entretenerla, o que permita que lo haga algún otro. Confieso que estoy un poco cansado del exceso de atenciones de la dama. —Y, como si el sonido de los violines hubiera conducido sus palabras flotando hacia los hermanos Thorndale, estos les saludaron e hicieron amago de ir a su encuentro —. Señorita Alderdice, odiaría que pensara usted que le pido el siguiente baile solo con intención de esquivar a la señorita Thorndale, pero me temo que debo arriesgarme. ¿Me concede el honor?

Rayne, que había prestado atención solo a medias, vio la mano de sir Warren frente a ella, el vaso de limonada desplazado hacia su prima y la sonrisa de esta, y asintió, con menos entusiasmo del que quizás debiera y lamentando dejar a Chassy en compañía de aquel tipo que tan mal le caía.

—Y después de sir Warren, ¿me haría el honor a mí, señorita Alderdice? —preguntó Northcott con apremio en la voz.

Aceptó, desconcertada por la petición, mientras caminaba del brazo de sir Warren hacia el centro de la sala. Él miró con los ojos entornados a su amigo y puso una cara bastante cómica —en opinión de Rayne—, que consiguió arrancarle una carcajada.

—Celebro que mi aflicción le resulte tan divertida, señorita Alderdice —exclamó sir Warren, que no parecía afligido en absoluto—. Me pregunto si debería desafiar a ese granuja de Northcott a un duelo; sus modales me resultan cada vez más deplorables.

—No creo que el señor Northcott tenga mucho interés en batirse en duelo con nadie.

—Pues con más razón. No me gusta perder.

—Y menos en un duelo, imagino.

—Sobre todo en un duelo.

Sir Warren sostenía su mano a media altura. Cuando comenzó la música, permaneció un instante de más muy quieto, observándola con ojos escrutadores y una vaga sonrisa, medio oculta por la barba, que a Rayne le costó descifrar. El corazón le dio un vuelco y se atrevió a forjarse esperanzas.

—La música ya está sonando—musitó Rayne, sintiéndose un poco tonta.

—Oh, es cierto. —Le apretó la mano con suavidad y empezó a guiarla por el salón—. La noto un poco ausente esta noche, señora. Espero que sea una percepción mía sin fundamento.

—¡Oh, discúlpeme! Es verdad que tengo la cabeza en otros asuntos.

—Me temo que está preocupada. —Ella abrió mucho los ojos, con espanto, y él sonrió—. Sí, no debí hablar del duelo tan a la ligera. Le ruego que lo olvide; si ese desesperante de Northcott insiste en batirse, me retiraré de la manera más discreta posible y le haré entrar en razón. En ocasiones resulta un auténtico plomo, pero le aseguro es un hombre razonable.

Rayne se echó a reír, a su pesar, y para sus adentros le agradeció que deshiciera un poco las nubes de tormenta que la rondaban.

—Creo que mi prima no estaría de acuerdo con usted. —Chassy prestaba atención a Northcott, y no podían verle la cara porque estaba vuelta de espaldas, pero él no hacía más que mover las manos con arrebato—. Diría que están discutiendo... de nuevo.

—Informaré a su prima de que no merece la pena. Northcott es razonable, pero le cuesta admitir que se ha equivocado ante personas que no son de su íntima confianza.

—Mi prima, por el contrario, prefiere no admitir nada.

—Una dama de carácter, ¿eh? ¡Es justo lo que mi amigo necesita, solo que todavía no lo sabe!

—Dudo que alguno de los dos estuviera de acuerdo en eso.

No se atrevió a decir que a Chassy no le gustaba Northcott en absoluto. Al principio, Rayne había sospechado que tanta insistencia por sorprenderlo con sus cuadros se debía a una especie de admiración secreta. Sin embargo, como había transcurrido un tiempo y nunca había llegado a escuchar una palabra amable en boca de su prima refiriéndose a él, acabó por convencerse de que se había equivocado.

—Es posible. Pero el amor suele ser caprichoso. —Hizo una pausa y su voz sonó ronca, como madera al quebrarse—. ¿No lo cree usted?

Rayne pestañeó, nerviosa.

—Me temo que no sé nada sobre el amor, señor.

Sir Warren no volvió a abrir la boca, cosa que a ella le extrañó y decepcionó a partes iguales. Notaba, eso sí, los ojos de él abrasándole el rostro, del mismo modo que le quemaban sus dedos al rozarle la piel.

Y, por alguna razón, en lugar de sentirse afortunada, en lugar de alegrarse por estar tan cerca de su objetivo, se sintió terriblemente hundida. Tal vez sir Warren no tuviera nada que lo hiciera distinto del resto, pero era el único que conseguía trastornarla cuando la miraba con esa intensidad; el único que encendía ese extraño fuego que le nacía en las entrañas cuando lo tenía cerca y aspiraba su olor.

Y también era el único que intentaba hacerla reír cuando —por razones que de ninguna manera podía imaginar— veía su corazón hundido en la penumbra. Estar cerca de sir Warren era, en cierta forma, sentirse cerca de su hogar. Era dolorosamente injusto.

Deseó que la música terminase pronto y poder alejarse. Pero también deseó que la música durase una vida entera, y que no hubiera un Lowell Tregonwell ni una casa familiar endeudada ni una colección de hermanos rezando para que consiguiera embaucar a algún caballerete dispuesto a mantenerlos a todos. Sí, sin duda alguien como sir Warren podría poner su fortuna a disposición de los hermanos Sallow; pero, en su interior, le escocía la trampa y la falsedad. Le dolía haberse presentado ante él como si fuera su prima, una dama limpia y sin dobleces, de una buena familia norteña, sin otra responsabilidad que la de disfrutar de su primera temporada en Londres.

Sir Warren era, como diría Wilson, un tipo estupendo, y Rayne no estaba siendo nada honesta con él. Cuando los violines tocaron su última nota, dejó escapar un suspiro de alivio. Sir Warren pareció sorprenderse, pero no dijo nada; cabeceó con gran dignidad y la condujo de la mano hasta su próxima pareja de baile.

—Te cedo el honor, Northcott. Trata de no aburrirla con tus tonterías. —Vaciló un momento y se dirigió a Chassy—. Ya que este burdo amigo mío es incapaz de ser galante, me pregunto si me aceptaría usted para la siguiente pieza.

Chassy hizo un gesto raro con la boca, como si unos hilos invisibles tiraran de sus labios hacia abajo.

—No disfruto bailando, sir Warren, y por ese motivo suelo resultar una pareja desastrosa. Espero que no se ofenda.

Aunque sir Warren aseguró que no se sentía ofendido en absoluto, a Rayne le molestó la actitud altiva de su prima. Sin embargo, no le dio tiempo a averiguar los motivos de su descortesía. Northcott, que a pesar de no ser tan buen bailarían como sir Warren se movía con gran elegancia, le preguntó a bocajarro qué había estado contándole su amigo.

—Porque imagino que la habrá aturdido con sus ocurrencias, una detrás de otra. La he visto reírse.

—Sir Warren es muy ocurrente —convino Rayne, tratando de sobreponerse a la sorpresa.

—Lo sé; lo sé perfectamente. Sucede que es uno de mis mejores amigos y, aunque por lo general es muy agradable, ah, ¿cómo expresarlo?, en ocasiones, creemos conocer a las personas, ¿sabe? Creemos saberlo todo sobre ellas, pero todos guardamos nuestros secretos. Y las decisiones importantes no pueden tomarse sin reflexionar; al menos, las más importantes de ellas.

—Me temo que no le sigo, señor Northcott —dijo Rayne, cada vez más incómoda.

Le daba la impresión de que la estaba amenazando de alguna manera. Se preguntó si Chassy le habría contado lo de Wilson, pero... No, no podía ser. Chassy no haría algo así. ¿O quizá sí? La buscó con la mirada; había ido a sentarse junto a la señora Woodcourt y no parecía prestar mucha atención a lo que esta le decía.

—Contésteme, ¿Farley le ha hecho algún tipo de proposición?

Indignada y perpleja, Rayne no supo qué contestar. Su curiosidad le parecía una absoluta falta de decoro hacia la persona que había estado intentando arrancarle una sonrisa en el momento en que más lo necesitaba. Abrumada por un inesperado sentimiento de lealtad hacia sir Warren, consiguió farfullar:

—¿Qué le hace pensar que voy a compartir con usted una conversación privada? ¡Menuda impertinencia! Aunque supongo que debería haberlo esperado de alguien como usted.

—¿Qué quiere decir? Le ruego, señorita Alderdice, que no piense que soy un entrometido. Y tiene razón al acusarme; debiera conducirme con más cautela. Sin embargo, y por más que aprecie a Farley, me gustaría prevenirla sobre él. Resulta... —Se detuvo un instante y miró hacia Chassy, que esbozó una fría sonrisa en su dirección—. En fin, me resulta muy violento hacerle esta observación, señorita Alderdice, pero si llegase usted a recibir una propuesta...

—¿Sí?

—Si recibiese una propuesta de matrimonio de sir Warren, desóigala. Se lo ruego como amigo.

—¡Usted no es mi amigo! —contestó Rayne, roja de rabia—. No sé cómo demonios se atreve a insinuar ni una cosa ni la otra, y desde luego no sé cómo demonios espera que vaya a hacerle caso. No me extraña que Ch... que mi prima le aborrezca. ¡Es usted de una petulancia insufrible!

Muy enojada, y también algo avergonzada por haber perdido los papeles de ese modo, Rayne soltó las manos de Northcott, se recogió la parte delantera de la falda y buscó, entre temblores, la puerta de salida.

—¡Señorita Alderdice!

No sabía qué le dolía más, si la amenaza sutil que había detectado en sus palabras o el hecho de que ella misma hubiera estado considerando algo similar hacía unos instantes. Sin saber muy bien adónde iba, atravesó varias puertas y por fin salió al jardín.

El frío de la noche contribuyó a serenarle un poco el ánimo. Inspiró hondo un par de veces y se dejó embotar por el penetrante aroma de los rododendros. Había luna llena, una luna que alumbraba con resplandor mortecino los tejados de las casas próximas y se reflejaba en los cristales. Una luna que lo teñía todo del color del acero. Lejos del bullicio de la fiesta, se respiraba una extraña paz.

—«*Nada tiene más bello que ofrecer la Tierra*»... —murmuró para sí misma.

—Oh, yo no estoy de acuerdo —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Capítulo 11

—¿Adónde habrá ido esta muchacha loca? —preguntó la señora Woodcourt.

—No lo sé —respondió Chassy, intrigada.

Hacía un momento que la había visto allí, bailando —no muy bien, no muy concentrada— con el señor Northcott. La señora Shaw se había acercado a saludarla, a transmitir las malas noticias, a despedirse, y a lo que había vuelto a fijarse, Rayne había desaparecido.

—En qué momento se ha juntado todo, Dios mío —suspiró la señora Woodcourt.

—Oh, supongo que ninguna de las dos cosas merece que le concedamos gran importancia. A mi prima le apenará no poder regresar a Almack's, imagino. —De hecho, estaba convencida de que sería un golpe terrible por todo lo que conllevaba el veto; sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que ningún alcahuete lo oyera de sus propios labios—. Pero habrá otras reuniones. Y en cuanto a dónde rayos se haya podido meter, no creo que se encuentre muy lejos. Lo más probable es que haya ido a buscar algún refrigerio.

—¿En mitad del baile?

—Quizá se ha encontrado mal.

—En ese caso, debo reconocer que me avergüenza el comportamiento de Enoch, permitiendo que sea ella la que vaya a buscar su propio refresco. De cualquier manera, querida mía, las costumbres están cambiando tan deprisa en los últimos tiempos, que casi nada me sorprende ya.

Chassy vio al señor Northcott avanzando por entre las parejas, que ya se disolvían antes de formar otras nuevas, y se puso de pie.

—¿Qué se ha hecho usted de mi prima? —preguntó en voz baja.

—Temo que la he ofendido —dijo él.

Se pasó una mano por el pelo, visiblemente nervioso, y la cogió del brazo para atraerla hacia él con no muy buenas maneras.

—Mi impulsividad me ha jugado una mala pasada.

—¿Qué ha ocurrido?

Sentía más curiosidad que preocupación, y eso ya era misterioso de por sí. Mientras Rayne había bailado con sir Warren, el señor Northcott había mantenido con ella una conversación de lo más agradable. No había escuchado en él ni media palabra altiva, ni arrogante, ni vanidosa. Había mostrado interés por las opiniones de Chassy —no podía saber si el interés era genuino o fingido, pero había sido muy educado, en todo caso— y hecho un par de comentarios muy agudos que la habían sorprendido. En definitiva, que se había conducido de una manera que nunca habría pensado posible en un hombre como él. Después, había dejado caer alguna

observación que otra acerca de Rayne: que si era una dama encantadora, que si no le cabía duda de que encontraría un esposo a la altura de sus posibilidades; que si las jóvenes de hoy no deberían tener prisa en casarse, no sin antes meditar las consecuencias de un matrimonio desigual.

Llegados a este punto, a Chassy se le habían disparado todas las alarmas. Demasiadas insinuaciones como para creer que no existiera una intención clara detrás.

—Señor Northcott —le había dicho—, celebro que haya decidido compartir conmigo todas esas opiniones tan sensatas acerca del matrimonio, pero ¿no piensa que una sala de baile no es, quizá, el sitio más apropiado para expresarlas?

Y él, haciendo gala de una perfecta cortesía, le había dado la razón. Ahora, sin embargo, tanto el halo cortés como la sensatez parecían haberse esfumado.

—Debo disculparme con su prima cuanto antes.

—Pero ¿quiere contarme de una vez el motivo?

—No, no quiero. Ah, Farley, aquí estás. ¿Has visto a la señorita Alderdice?

—Sinceramente, jóvenes —intervino la señora Woodcourt—, me cuesta creer que hayamos perdido a una muchacha en una sala de baile.

—¿Perdido? —preguntó Farley, asombrado—. ¿No estabas bailando con ella, Northcott?

—Empezamos la pieza, pero no la terminamos.

—No puedo creerlo. Vas de mal en peor, ¿de qué caverna has salido? ¿Te das cuenta de lo nocivo que es andar siempre entre pinturas, y perder el contacto con la realidad?

—Discúlpeme, sir Warren —dijo Chassy, molesta—, pero se me escapa la relación que pueda haber entre andar siempre entre pinturas y carecer de modales.

—Bien dicho, querida —la felicitó la señora Woodcourt—. Cómo me gusta que las muchachas sean sinceras, y no simples floreros que dan la razón al primero que pasa. ¡Por muy sir que sea, y por muchas tonterías que puedan salir de su boca!

—Sin duda, merezco su rapapolvo, señora —contestó sir Warren, muy digno—. Lamento, sin embargo, constatar que los ánimos de por aquí están tan alterados. Es probable que la señorita Alderdice haya ido a la sala contigua, a ver cómo las damas juegan al faro.

—¡Al faro! Dudo mucho que mi prima se haya prestado a jugar a ese juego tan dilapidante.

—¿He dicho a jugar? No, quería decir a ver, señora. Vaya, parece que todos se han aliado contra mí. Iré a buscar a la señorita Alderdice al salón de juego, si es que se le puede llamar así, y en seguida regresaré a dar cumplida cuenta de mis pesquisas. No, Northcott, te lo ruego, prefiero ir solo. Quédate con las señoras e ilústralas sobre lo que les interese.

Chassy bufó, un sonido muy poco femenino, y observó a Farley alejarse con paso tranquilo.

—Supongo que tiene razón —dijo Northcott—. Farley sabe cómo calmar a una dama ofendida. Mucho mejor que yo, en todo caso.

—No me tranquiliza mucho esa observación.

Pero se quedó allí con la señora, repitiéndose que era de lo más improbable que Rayne se hubiera metido en ningún lío dentro de una casa tan señorial, con tantos invitados bien educados y elegantes.

***

Farley no se molestó en buscar entre los grupos de apuestas. Había visto a lord Hareton

abandonar precipitadamente el salón después de chismorrear durante un rato con Lucy Thorndale, y sus pasos lo habían guiado hasta el jardín. Se le ocurrió que, casi con toda seguridad, acudía a algún encuentro galante de los suyos, y lo único que le interesaba era comprobar que su cita no era la señorita Alderdice. Las herederas alocadas nunca dejaban de sorprenderlo a uno. Y, en cualquier caso, por muy aventurera que se sintiese la dama, le convenía evitar a tipos como Hareton. En especial, si, tal y como esperaba, la señorita Alderdice estaba llamada a convertirse en la futura lady Chastity Farley.

Había escuchado a su prima dirigirse a ella como Chassy, y a Farley no le disgustaba. Era un diminutivo rotundo, con clase, que no sonaba ridículo como Peggy o Meg —siempre le habían parecido dos nombres detestables—, y pensó que él se acostumbraría pronto también a llamarla así.

«Pero, ahora, mi querida Chassy, ¿dónde rayos te has metido?».

Barrió con la vista el jardín. Sus zapatos hicieron crujir la hierba, húmeda de rocío, y pensó, con una sonrisa ladina, en el pasmo que le daría a su ayuda de cámara si viera lo que estaba ocurriendo con el bajo de sus pantalones en ese mismo momento. Por desgracia, Horace no estaba allí, al igual que, por suerte, la señorita Alderdice tampoco.

O eso creyó; ya estaba dando media vuelta, resignándose a fisgonear por entre las mesas de las matronas apostantes, cuando le pareció escuchar una voz de mujer que hablaba entre susurros. Aprovechando el cobijo que le proporcionaban las dos primeras líneas de rosales a medio florecer, fue acercándose con disimulo, decidido a huir al amparo de las sombras tan pronto como se convenciese de que la voz no pertenecía a su heredera.

—Esta ciudad no alberga secretos para mí —escuchó decir a lord Hareton.

Farley, que en general nunca le había encontrado muchos méritos, lo arrojó a lo más profundo de su escala de valores, por idiota y presuntuoso.

«Me gustaría ver eso», pensó, acordándose del próximo sarao al que le había invitado Spinner.

Hareton recibió un murmullo en respuesta. Farley no consiguió entender lo que decía, pero reconoció la voz de la señorita Alderdice y el corazón se le convirtió en piedra. Por un instante, pensó en intervenir sin miramientos y estropearle el encuentro al condenado de Hareton; pero, por alguna razón, sintió un frío que se le alojaba en las tripas y no le apeteció mucho irrumpir en la escena. Se quedó un poco más, esperando oír de qué hablaban exactamente aquellos dos, agazapado tras un arbusto.

Más susurros femeninos, un gemido ahogado y un torrente de frases confiadas, arrogantes y huecas, con el tono del que pretende confortar pero que a Farley le sonó de una falsedad desvergonzada.

—Confíe en mí, señorita Alderdice.

Farley retrocedió con lentitud. La conversación parecía haber llegado a su fin y en cualquier momento surgirían los dos de detrás de los rododendros. No quería, bajo ningún concepto, que lo encontraran allí. Subió las escaleras de entrada de un salto y se coló por entre las cortinas, alborotadas por la brisa.

Sí, debería, seguramente, regresar donde la señorita Sallow y tranquilizarla. Pero, bien mirado, la señorita Sallow tampoco debería estar preocupada. No, porque no sabía que su atolondrada prima estaba viéndose a escondidas con tamaño sinvergüenza. Farley se dispuso a reflexionar sobre la opinión que le merecían los canallas que andaban tras las herederas de otros, sin necesidad ni motivo. Un criado que pasó junto a él le ofreció una bebida, que aceptó sin pararse a preguntar qué era. Hizo girar el líquido dentro del vaso, y quiso reflexionar a continuación sobre

la opinión que le merecían las herederas que, en su afán de aventura, se dejaban engatusar por los canallas. La tenía más o menos formada, desde hacía años, y lo normal habría sido que perdiera su interés en el acto. Había cosas que ni siquiera una gran fortuna podían acallar.

Descubrió, sin embargo, que se sentía extrañamente abatido.

Un poco después, mientras deambulaba por entre las mesas de las apuestas, vio a la señorita Alderdice, sola y con el rostro tirando a compungido. Aquello lo reconfortó un tanto, qué torpe es Hareton, pero la sensación se le pasó demasiado pronto. Mientras decidía si se acercaba o no a ella, la señorita Sallow apareció, acompañada de Northcott.

—¡Prima! Te estábamos buscando. —La miró espantada—. Pero ¿qué te ocurre, querida? Tienes un aspecto terrible.

—Me encuentro muy mal, francamente. Quizá deberíamos volver a Charles Street.

—Por supuesto. Iré a buscar a la señora Woodcourt para que pida el coche.

—No, déjeme esa tarea a mí —dijo Northcott—. Mañana por la mañana pasaré a saludar a Clementine y a informarme sobre su salud. —Se aclaró la garganta y a Farley le dio la impresión de que se mostraba avergonzado—. Y a aclararle un par de cosas a usted, señorita Alderdice, pues me temo que mi comportamiento de hoy no ha sido lo que se dice pertinente.

La joven no contestó, y Northcott se alejó a toda prisa. Farley se acercó hasta las dos damas. Le pareció que la señorita Alderdice estaba a punto de perder el conocimiento y la sujetó con delicadeza del codo.

—Pero ¿qué hace usted? —preguntó ella, sorprendida de encontrarlo a su lado.

—No se preocupe, no permitiré que se desmaye. Señorita Sallow, ¿no llevará usted consigo sales de esas que siempre llevan las damas?

—Pues no, no llevo. Y tampoco creo que mi prima las necesite, la verdad.

—Yo nunca me desmayo —contestó la otra, con voz ahogada—. Creo que eso solo les sucede a las damas realmente elegantes. Yo no tengo nada que ver con ellas.

Su prima abrió mucho los ojos y la agarró de las muñecas.

—Y yo creo que has debido de tomar más champán de la cuenta, querida mía, y eso es algo con lo que una nunca debe relajarse demasiado.

—Su coche está avisado —dijo Northcott, que acababa de regresar—. ¡Ah, Farley, por fin has localizado a la dama! Lamento observar que un poco tarde, por otro lado.

—¿Me andaba buscando usted? —preguntó ella.

—Todos te buscábamos, prima, pero no le demos más vueltas. Tengo que meterte en la cama. Adiós, sir Warren, señor Northcott.

—Las acompañaré, para despedirme de Clementine. —Northcott se volvió hacia Farley—. Ahora estoy contigo otra vez.

Se alejaron los tres. Por un momento, fue como si se quedara solo, rodeado de tanta gente como estaba.

—Sir Warren.

«Oh, no». Lucy Thorndale no había desaprovechado la ocasión y se había deslizado con astucia entre el gentío hasta plantarse a su lado.

—Ah, señorita Thorndale. Qué lástima no habernos visto un poco antes; estaba a punto de marcharme.

—Oh, la lástima entonces la compartiré con todas las demás damas presentes, sin duda.

—Yo sí tengo dudas sobre eso, pero es usted muy amable.

Hizo amago de despedirse, pero Lucy le tocó en el brazo y puso su mejor cara de cómplice.

—¿A que no sabe lo que me ha confiado lord Hareton? Es interesantísimo.

—Si se lo ha confiado, me temo que es imposible que lo sepa, e imagino que a él no le gustaría que traicionara su confianza.

—Oh, no creo que le importe. De hecho, es posible que se lo haya contado a más personas. —Lucy entrecerró los párpados y lo miró por entre las pestañas—. Tiene que ver con esa amiga de usted, la señorita Alderdice. Ya sabe, la actriz.

La manera en que pronunció «actriz» le trajo la imagen de una seda al rasgarse. Molesto, le preguntó qué era eso tan interesante, y Lucy, con cara de confidencia, se acercó mucho a él. El perfume de ámbar que emanaba de sus cabellos se le metió con saña en la nariz y estuvo a punto de hacerle estornudar.

—La dama cultiva nuevas aficiones, sir Warren. Parece que la emoción del teatro no le basta, y ha vuelto la mirada hacia espectáculos más... estimulantes.

—No me diga.

—¿No quiere saber cuáles?

—Confieso que no —respondió sir Warren, preso de una comezón que le nacía en las tripas y que iba ascendiéndole por el espinazo—. Lo siento, pero debo marcharme ya. Ha sido un placer, señorita Thorndale. Dele recuerdos a su hermano.

—Oh, no tenga tanta prisa, por favor.

Farley se dio media vuelta y a Lucy no le quedó más remedio que alzar ligeramente la voz. Eso provocó que perdiera algo de la melosidad acostumbrada pero, a cambio, consiguió despertar la atención de unos cuantos invitados que andaban cerca.

—¡El boxeo, sir Warren! ¡He oído que a la señorita Alderdice le vuelve loca el boxeo!

Capítulo 12

A la mañana siguiente, la señora Woodcourt fingía matar el tiempo con unos bordados, mientras Chassy repasaba un dibujo a carboncillo que recreaba la gran carrera de Tiger por Hyde Park. Rayne, sentada junto a una ventana, se limitaba a observar la calle. Desde que bajara a desayunar, no había hecho otra cosa que suspirar y mirar al infinito. De vez en cuando murmuraba el nombre de su hermano y los ojos se le llenaban de lágrimas. Ni Chassy ni la señora Woodcourt habían conseguido arrancarle ni media palabra.

Todavía no eran las once cuando uno de los criados entró con un mensaje para ella, de parte de lord Hareton. La señora Woodcourt arrugó el entrecejo cuando la vio salir apresuradamente con la nota en la mano, y comentó, como para sí misma, pero con toda la intención de involucrar a Chassy, que nunca se había fiado mucho de aquel calavera.

—Un poco de escándalo no suele hacer mal a nadie, pero demasiado escándalo, y sobre todo cuando una es aún soltera, puede ser muy perjudicial. Me pregunto si no habré resultado ser una carabina demasiado horrible. —Dejó la labor sobre sus rodillas y, por un instante, pareció como si de verdad le preocupara haber desatendido sus atribuciones—. ¿Qué piensas tú, querida? ¿Os he concedido demasiada libertad, os he malaconsejado?

Chassy sonrió.

—Más bien, no nos aconsejó usted en absoluto.

—Me lo temía. Sin embargo, ¡parecéis las dos unas jóvenes tan despiertas! Sobre todo tú. No pensé que estuviera faltando a mi obligación, pero, claro... Supongo que, como no he tenido hijos, carezco de ese instinto de protección.

—Oh, no se preocupe —dijo Chassy, aunque ella sí lo estaba. Lord Hareton nunca le había gustado del todo, y Rayne, desde la noche anterior, estaba muda como un muerto—. La verdad es que ha sido usted muy buena. Y, permítame añadir, que sin motivo alguno, porque, ¿le importa que le pregunte por qué siempre quiso presentarme... digo, presentar a mi prima en sociedad? —Meneó la cabeza—. Sé que la amistad que mantiene con su madre es muy superficial. Por lo que tengo entendido, Chassy no recuerda que ella la nombrase nunca a usted en todos estos años, excepto cuando se acercaba la temporada y su madre decía: «este año no es posible».

La señora Woodcourt apartó definitivamente los bordados y se recostó contra el asiento. Tenía la mirada algo vidriosa, como si la abrumasen los recuerdos, y, aunque permaneció en silencio largo rato, Chassy no se atrevió a hablar.

—Bueno, querida mía —empezó a decir—. Lo cierto es que, en mi interior, mantengo una

especie de deuda con Claire, que se remonta a nuestros tiempos de juventud. A pesar de que yo soy algo mayor (no es que se me note, pero voy teniendo mis años), éramos amigas. Nos conocíamos del colegio y nuestras familias mantenían una estrecha amistad y, en fin, cuando dos niñas pasan tanto tiempo juntas, o terminan odiándose o terminan haciéndose inseparables. Esto último es lo que hicimos, creo; al menos, hasta que apareció su esposo, el señor William Alderdice.

La señora suspiró, volvió a perderse momentáneamente en sus recuerdos, y Chassy frunció el ceño.

—¿Se enemistó usted con la señora Alderdice por culpa de su marido?

—Es un poco más complicado. Yo pensaba que ella podía aspirar a más; sin embargo, no me atreví a entrometerme. William era un buen hombre, pero era muy aburrido. Odiaba el movimiento, odiaba las fiestas y odiaba Londres en general. ¡Si hasta Bath le parecía ajetreado! —Meneó la cabeza, disgustada, y Chassy sonrió con ternura—. Y Claire iba a malgastarse a su lado. William provenía de una buena familia, aunque no puede decirse que fuera extremadamente rico. Reconozco, eso sí, que tenía muy buena planta.

Aquí los ojos de la señora Woodcourt brillaron con un chispazo travieso. Chassy se echó a reír.

—La belleza nos juega malas pasadas, en ocasiones. A pesar de todo, señora, sigo sin entender por qué se considera usted en deuda con la señora Alderdice.

—Oh, pues porque el señor Woodcourt, mi esposo, ya le había echado el ojo a tu madre, pero a mí me gustaba demasiado como para dejar la puerta abierta. Le convencí de que Alderdice y Claire eran una pareja hecha el uno para el otro, y me esforcé en insinuarle lo bien que estaría conmigo si se decidía a pedir mi mano. Creo que ninguno de los cuatro se arrepintió de las decisiones que tomó en su momento, pero Claire nunca supo que mi esposo se había fijado en ella. Me temo que no fui lo bastante leal.

Chassy se quedó pensando en lo que acababa de escuchar. Pensó en su madre; en cuánto le gustaba vivir en el campo, con la única sociedad de aquellas amigas interesadas, chismosas y despóticas en las que ninguna sentía el menor afecto por las demás. Y, sin embargo, nunca le había parecido que fuera infeliz.

Y tanto reflexionó, y tanto pensó en sus padres, que no fue hasta un buen rato después cuando cayó en la cuenta de que la señora había dicho «tu madre» y no «la madre de tu prima». Pestañeó, sorprendida y acalorada, y la señora Woodcourt se tapó la boca con la mano para que no la viera reírse.

—Ay, querida mía, discúlpame. Soy una vieja despistada (bueno, no tan vieja), y a veces confundo las cosas, pero tienes todo el perfil de la pobre Claire.

—¡Es cierto! Me extrañaba que no se hubiera percatado aún. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo hace que lo sabe?

La señora se encogió de hombros.

—Casi desde el primer día, Chassy, querida. Pero manteníais tanto empeño en llamaros a cada una con el nombre de la otra, que me intrigaban vuestras razones. He tratado de descubrirlo por mí misma, para divertirme, y no he dado con la solución. No me importaría que me la desvelaras ahora.

Chassy se rascó la barbilla.

—Fue una idea de Rayne. Ella necesita un esposo, ¿sabe?, un esposo adinerado con urgencia. Y pensó que una señorita Alderdice tendría un poco más de fortuna que una Rayne Sallow que

aparecía en Londres como «pariente modesta de»; sin dote, ni conocidos de renombre ni ninguna recomendación en absoluto. Aparte de su belleza, claro.

—La belleza no suele ser recomendación de nada si carece de más aderezos, por desgracia.

—Eso mismo me dijo sir Warren. Y yo albergaba la firme convicción de que se equivocaba, pero Rayne no ha recibido muestras destacadas del interés de nadie. Ni siquiera haciéndose pasar por mí.

—No sé por qué pensasteis que semejante locura tendría éxito. Tampoco es que la familia Alderdice sea especialmente reconocida en Londres.

—Usted, en cambio, es una dama muy respetada.

—Dama soy, desde luego, y mi fortuna es respetadísima. Sin embargo, eso no me convierte en dama respetada sin más. Oh, cielos, me doy cuenta de que mi protección ha podido resultar nefasta para vuestros intereses. Ojalá me hubierais consultado.

Puso una cara tan desvalida que Chassy se acercó hasta ella e hizo ademán de tomarle la mano. Pero la señora se golpeó la palma con el puño cerrado, enfadada de repente.

—¡Fiona y esas malditas ocurrencias suyas! ¡No entiende que la gente no comparte nuestras ideas! Ah, el arte siempre avanza más deprisa que la sociedad.

—En ocasiones, más despacio —observó Chassy—. Rayne no hizo nada malo, pero debía saber a lo que se exponía. Tampoco creo que sea motivo para censurarla, de todas formas, y estoy segura de que, con un poco más de tiempo, habría sido capaz de pescar un buen partido.

—¿Con más tiempo? ¿Qué quieres decir? ¿No estará pensando en marcharse en plena temporada?

—Oh, no. No, al menos, si puede evitarlo. Pero me temo que su familia está metida en un buen aprieto.

Le contó todas las vicisitudes que atravesaba su prima —todas de las que estaba al corriente, deseando que no hubiera más—, y la señora se mostró debidamente compungida.

—Deberíamos hacer algo, pobre muchacha. ¡Ya sé! ¡Daré una gran fiesta de las mías! Invitaré a la flor y nata de la buena sociedad, y no permitiré que ningún soltero de provecho me dé largas. ¡Hay que casar bien a esa muchachuela del norte, y salvar a su hermano de las garras del vicio!

La señora se levantó con brío, mirando hacia lo alto, y a Chassy, por alguna razón, le entraron ganas de hablar en francés.

—¡Y antes que nada, buscaré a alguien que pueda arrojarnos luz sobre el paradero de ese hermano majara! ¡Combates ilegales! ¡Seguro que hay apuestas de por medio! Me temo, querida Chassy, que debo dejarte; tengo muchísimo que hacer. Katy. ¡Katy! —Agitó la campanilla con fervor y la doncella apareció con los ojos muy abiertos, preparada para cualquier cosa—. ¡Mi agenda! Debo consultar mi sección de crápulas.

Katy se llevó la mano al cuello conforme salía, pero Chassy no fue capaz de entender qué farfullaba.

—¿Qué habrá murmurado esta doncella mía? Oh, sigues ahí, por supuesto. ¿Ibas a decirme algo? —Sonrió con delicadeza—. Porque me temo que ahora no podré atenderte hasta dentro de mucho rato.

—Oh, solo me preguntaba... ¿Por qué se toma tantas molestias, señora? No acabo de creer que el matrimonio de mis padres... Le aseguro que, a su manera, los dos fueron felices. Y mi madre lo sigue siendo, se lo aseguro a usted.

—¡Tal vez sea feliz, pero te aseguro que se aburre como un muerto! Además —bajó la voz y, por un instante fugaz, la señora Woodcourt le pareció frágil—, lo cierto es que no caminaré

mucho más tiempo en este mundo tenebroso. Quiero aprovechar para ayudar a las personas que merecen ser ayudadas.

Chassy se quedó sin palabras. La señora Woodcourt dio media vuelta y se llevó su majestuosidad consigo. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, ella, como una boba, se echó a llorar.

***

Lo primero que pensó Northcott al poner un pie en la casa de Charles Street fue que todo estaba demasiado silencioso, y eso le dio mala espina.

—Si la señora no está en casa —le dijo al criado que le abrió la puerta—, puede anunciarme a la señorita Alderdice, o a la señorita Sallow.

El criado confirmó que la señora acababa de salir, y que la joven Alderdice había salido un poco antes que ella, y que la única dama presente —la señorita Sallow— llevaba tanto tiempo encerrada en su habitación, que dudaba que le apeteciera recibir visitas. Con todo, acompañó a Northcott al saloncito de mañanas, y prometió regresar sin dilación. Sin embargo, quien regresó fue el ama de llaves, con la espalda muy tiesa y al cabo de un buen rato.

—La señorita Alderdice bajará en un momento, señor.

—Gracias, señora Perkins.

Y pensó, «justo a quien quería ver».

—Si no es impertinencia, señor, permítame avisarle de que, con toda probabilidad, se sorprenderá usted al verla.

—¿Cómo es eso? —preguntó lleno de aprensión Northcott—. ¿Se encuentra indispuesta?

—En absoluto —contestó la señora Perkins, pero a juzgar por cómo apretaba los labios, parecía muy enfadada, y no fue capaz de sacarle ni media palabra más.

Northcott temía que la sorpresa fuera a resultarle desagradable —por lo general, la gran mayoría de las sorpresas lo son—; por fortuna, la dama no le hizo esperar demasiado.

—Buenos días, señor Northcott —le saludó, toda adusta.

—Buenos días —respondió él, poniéndose de pie—. Me temo que he debido entender mal a la señora Perkins. Pensaba que era su prima la que estaba en casa.

—Oh, no; ha entendido usted correctamente. Lo que sucede es que la señorita Alderdice, la auténtica Chastity Alderdice, en realidad soy yo.

—¡Usted!

—Sí. Yo.

—Caramba, en ese caso la señora Perkins estaba doblemente en lo cierto, porque me ha advertido que me sorprendería al verla. —Desconcertado, miró a su alrededor. Ojalá la estrafalaria de Clementine estuviera allí para poner algo de sentido en todo aquello—. Discúlpeme un segundo.

Se acercó hasta la mesita y se sirvió una copa de vino; preguntó a la señorita Alderdice si podía ofrecerle algo de beber; no, ella se lo agradecía, no le apetecía ninguna cosa. La oyó suspirar y pensó a la desesperada algo que decir, pero todo era tan confuso que no sabía muy bien cómo empezar.

Se dio media vuelta, concentrado en el color del vino, y aventuró un par de comentarios insulsos acerca del tiempo. Ella le contestó con parquedad, con la voz rota, y fue entonces

cuando, al observarla con más atención, vio en su rostro delgado signos de desaliento, de cansancio, incluso de dolor. Aparcó todas las preguntas de índole identitaria que se le habían ido ocurriendo y, solícito, preguntó si podía hacer algo por ella.

—Imagino que no —le contestó, y sus ojos azules se clavaron en los suyos por espacio de un latido del corazón—. Aunque, por el contrario, imagino que yo sí puedo hacer algo por usted, y es empezar a deshacer todo este embrollo. Le debemos alguna explicación.

Él aseguró que no se sentía en absoluto en deuda, y le prometió que, en el fondo, no sentía curiosidad por secretos que atañían a otras personas sobre las que no tenía ningún derecho, y que por ningún motivo quería forzar a dos jóvenes damas tan amables a hacerle confidencias, y habría seguido hablando y diciendo tonterías que estaba muy lejos de creer, si la señorita Alderdice no le hubiera interrumpido con un gesto impaciente.

—Oh, por favor, señor Northcott, deje de decir ridiculeces, si no le importa y le es posible. Haga un esfuerzo por mantenerse en silencio durante un momento y le contaré por qué motivo decidí seguir a mi prima en ese absurdo juego que se le ocurrió en cuanto pisamos Londres.

A Northcott, las palabras airadas de la joven no solo no le ofendieron, sino que le hicieron gracia, y por primera vez desde que se conocieron en la National Gallery, estuvo dispuesto a escucharla sin abrir la boca, porque ya le había parecido, la última vez que tuvo ocasión de hablar con ella, que era una mujer con ideas propias y una cabeza de lo más despejada.

La señorita Alderdice le explicó, con pocas palabras pero muy bien dichas, los motivos por los que su prima y ella habían intercambiado personalidades. Entendió, o se esforzó por entender, que un par de muchachas sin mucho mundo pudieran convencerse de que era una buena idea; pero él enseguida identificó los desastres que provocaría semejante disparate.

—No comprendo cómo Clementine no hizo nada por disuadirlas.

—Me temo que la señora Woodcourt tardó un poco en enterarse del ardid, y cuando lo hizo ya era demasiado tarde. No merece la pena reprocharle ninguna cosa.

Northcott la miró con fijeza durante unos instantes; ella le sostuvo la mirada, pero terminó desviando la vista hacia el suelo. La luz que entraba por la ventana le confería un hermoso brillo a su melena oscura, en contraposición con su piel tan clara, y pensó, como un tonto, que muchos pintores estarían encantados de retratarla.

«Quizá lo hayan hecho ya», se dijo, con una punzada en las tripas. Quizá había posado para aquel pintorzucho norteño, igual que su prima, y su retrato circulaba ahora mismo por Londres, de un lado a otro. Pero aquel no era momento para divagar; no cuando la señorita Alderdice acababa de hacerle semejante confidencia con intención, no cabía ni la más mínima duda, de solicitar sus servicios.

Carraspeó con suavidad y le comunicó que estaba listo para intervenir en cuanto la señorita Alderdice se lo indicara.

—¿Intervenir? ¿A qué se refiere? —preguntó ella, sorprendida—. No le he contado todo esto para que usted intervenga, de ninguna de las maneras.

—¿Ah, no? ¿Entonces, por qué lo ha hecho?

—Reconozco que no lo sé —repuso ella. De repente, parecía molesta. ¡Molesta con él!—. Supongo que porque la señora Perkins, después de hablar con la señora Woodcourt, me ha dado un buen sermón acerca de las mentiras, los dobles juegos y las jóvenes arteras, y me he sentido muy mal conmigo misma. ¡No, desde luego, porque pensara que usted podría servirme de ninguna ayuda!

Un poco dolido, pero en absoluto descorazonado, Northcott replicó:

—Precisa más ayuda de la que piensa, señorita Alderdice. —De pronto, recordó las intenciones de Farley hacia la señorita Sallow y abrió mucho los ojos—. ¡Muchísima más ayuda! Lo que deberíamos hacer, sin demora, es apartar a su prima de la primera fila en las conversaciones de los chismosos oficiales. ¡En Londres, lo que no se ve no existe! En segundo lugar, si tan desesperada está, permítame que le presente a algunos caballeros que conozco, solteros o viudos, con recursos suficientes como para afrontar esta empresa. La señorita Sallow es muy guapa y tiene unos magníficos modales, así que no debemos asumir que es imposible casarla. —Detuvo su discurso unos segundos para meditar—. Sin embargo, aunque he dicho solteros, tal vez los viudos sean más apropiados para un caso como el que nos ocupa.

—¡Usted no hará nada de eso! —exclamó la señorita Alderdice, escandalizada—. ¡No va a exponer a mi prima como si fuera mercancía en un puesto! Es... es ¡grotesco y vergonzoso!

—Desde luego que lo es, pero ¿no acaba de decirme que su prima vino a Londres con la única intención de cazar un marido rico? ¿Qué problema tiene usted ahora?

—Bueno, es que dicho así suena terrible.

—¡Es que es terrible, pobre muchacha! Y con toda esa cantidad tan definitivamente inmanejable de hermanos. Me pregunto por qué los campesinos insisten en tener tantos hijos si luego no se preocupan de proveerlos como es debido.

—Rayne no es ninguna campesina. ¡Oh, señor Northcott, es usted un tipo de lo más insensible!

—No estoy de acuerdo; soy un tipo de lo más práctico y realista.

—¡No necesitamos su ayuda para encontrarle un buen partido a mi prima! La señora Woodcourt piensa celebrar una gran fiesta.

—¡Válgame Dios, eso terminará de rematarla!

—Oh, cállese de una vez. Puede que ni siquiera haga falta celebrar la fiesta; de hecho, Rayne tiene varios pretendientes, según creo.

—¿De verdad? Dígame quiénes.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Piensa entrometerse?

—Si me entrometo, será por el bien de su prima, a no ser que esté intentando engañar a algún buen amigo mío. —Afiló los ojos y vio que ella vacilaba—. ¿Y bien?

La joven se mordió el labio y apartó la vista un momento.

—Bueno, diría que lord Hareton está interesado, aunque no puedo decir que milord sea de mi gusto. Tampoco tengo ningún motivo concreto para despreciarlo. Aun así...

—No, con Hareton no es necesario tener motivos concretos; él mismo es todo un motivo para disgustar a toda persona de bien. Incluso si fuera su última opción, yo le recomendaría que permaneciera soltera, pero no debe preocuparse. Estoy seguro de que Hareton no piensa en el matrimonio.

Le dio la impresión de que la señorita Alderdice palidecía, pero bien podía ser un efecto de la luz.

—Lord Hareton envió un mensaje esta mañana para mi prima.

—¿Y qué?

—Pues que ella salió de casa al poco de recibirlo y no le dijo a nadie adónde iba. ¡Cielo santo! Espero que no la haya convencido para hacer ninguna locura. ¿No estará pensando en fugarse con él?

Northcott se quedó callado. De entre todas las ideas peligrosas que se le ocurrían, no contemplaba la fuga como algo siquiera remotamente probable. ¿Para qué iba querer fugarse

alguien en la situación de Rayne Sallow? Si lo que pretendía era perderse, bastaba con aceptar la protección de Hareton y negociar una cantidad suficiente como para mantener a sus hermanos. Con todo, se negaba a creer que la joven fuera ese tipo de mujer.

—No creo que ese sea el propósito de ninguno de los dos, pero tampoco que Hareton haya tramado nada bueno. Sin embargo, antes de dirigir nuestra atención hacia ese foco, dígame: ¿ha cosechado su prima el interés de algún otro canalla?

La señorita Alderdice hizo un gesto con la cabeza.

Northcott se quedó prendado de sus ojos durante un momento demasiado largo. La veía tan frágil y tan hermosa que le entraron unas ganas irracionales de abrazarla, de reconfortarla. Notó un cosquilleo en la punta de los dedos y se cruzó de brazos para mantenerlo a raya.

—Pienso que sir Warren también ha demostrado cierto interés —replicó ella al cabo de un rato —. Ha pasado por aquí un par de ocasiones, para saludarla y preguntar cómo estaba. Aunque, que yo sepa, no ha hecho todavía ninguna proposición.

—¡Ni la hará, de eso ya me encargo yo!

La señorita Alderdice abrió la boca, perpleja.

—¿Sir Warren también es un canalla?

—No en el sentido estricto de la palabra.

—¡Pero sir Warren es amigo suyo! Y podrían hacer muy buena pareja, los dos. Tienen un carácter muy similar, me parece.

—Es posible. Los modales de ambos son intachables y es agradable conversar con ellos; por otro lado, ambos manifiestan una inquietante tendencia al subterfugio y el ardid. Sin embargo, la realidad es que Farley se encuentra en una posición muy delicada económicamente hablando, y si el hecho de que ambos (perdóneme la vulgaridad) estén sin blanca no es contraproducente desde todos los ángulos, ¡no sé qué otra cosa podría serlo! Una perspectiva terrorífica; me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Creía que sir Warren...

—Sir Warren es una buena persona, pero carece de firmeza. Un partido lamentable, si me permite decirlo.

—Rayne sabría meterlo en cintura. Tiene mucha experiencia manejando situaciones complicadas.

—No sé si mostrarme de acuerdo con esa afirmación, pero no tengo ganas de discutir con usted. ¡Debo ir a ver a Farley! Y si usted no me ordena lo contrario, iniciaré unas discretas pesquisas para dar con ese sinvergüenza de Hareton y su prima antes de que lo hagan las lenguas viperinas de la ciudad.

—Pero, ¿y yo qué voy a hacer? ¡No quiero quedarme en casa esperando noticias! Si no hago algo, me voy a volver loca.

Northcott tomó aire para responder que no era asunto suyo, pero ¡aquello era una ridiculez! ¿Cómo que no iba a ser asunto suyo? Aunque Farley no hubiera sido su amigo, o su sentido de la decencia no le impeliera a actuar, no quería dejar en la estacada a la señorita Alderdice. De hecho, las locuras de su prima no serían de su incumbencia si no supiera hasta qué punto podían dañarla también a ella en una ciudad como Londres.

—No sé qué decir, señorita Alderdice. ¿No se le ocurre dónde empezar a buscar a la señorita Sallow?

—No. A no ser que... Tal vez si... Pero no, no puede ser.

—¿El qué no puede ser?

La señorita Alderdice lo miró con un destello de esperanza en los ojos; una esperanza tenue, frágil, a punto de deshilacharse, que fue como un bofetón.

«Si no me doy media vuelta ahora, estaré perdido», pensó Northcott.

Pero había tanta fuerza y tanta vulnerabilidad en aquella mirada, que no fue capaz de resistirse.

No solo no se dio media vuelta, sino que avanzó un paso y la invitó a compartir con él sus dudas, dispuesto a dejarse la piel antes de decepcionarla y preguntándose qué demonios le estaba ocurriendo.

—Me preguntaba, señor Northcott, hasta qué punto sería posible que hubiera oído usted hablar de combates de boxeo ilegales.

Capítulo 13

Northcott caminaba a grandes zancadas. Al principio, Chassy, como una incauta, trató de mantener el mismo paso que él; pero pronto se dio cuenta de que era imposible.

—Señor Northcott —exclamó, indignada, deteniéndose en mitad de la calle—, si está intentando darme esquinazo, permítame decirle que pierde usted el tiempo. Le dije que le acompañaría y no voy a darme media vuelta solo porque usted pretenda batir el récord de Estrella del Imperio.

—¿Estrella del Imperio? ¿Quién demonios es Estrella del Imperio?

A Chassy se le subieron los colores.

—Veo que sabe usted muy poco de caballos.

—Tiene razón, no sé nada de caballos —dijo, pero le ofreció el brazo y echó a andar a un ritmo más razonable—. Francamente, me sorprende lo puesta que está usted en todos los ámbitos. Pintura, tonalidades, carreras de caballos... Dígame, ¿hay alguna cosa en la que no sea una experta?

Chassy abrió la boca para contestar, pero no lo hizo porque había detectado un ligero cambio en el tono de voz de él. No había, o no encontró ella, ni burla ni desdén, y eso le extrañó.

—Pues la mayoría de ellas, por supuesto —dijo—. Y tampoco pretendo ser una experta en pintura, ni mucho menos en carreras de caballos. Reconozco que no sabía nada de la tal Estrella hasta que la oí nombrar a una de las amigas de la señora Woodcourt.

Northcott puso los ojos en blanco. Lo hizo, en opinión de Chassy, con un aire de lo más distinguido.

—Mi infatigable búsqueda del artista perfecto me ha llevado a conocer a personajes de lo más variopinto, pero creo que no le llego a Clementine a la altura del zapato.

A Chassy se le escapó una risilla.

—¿De verdad anda a la búsqueda del artista perfecto? No lo encontrará nunca.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no existe. La auténtica perfección es inalcanzable.

—Oh, no estoy de acuerdo en absoluto, señorita Alderdice —y le sonrió con una calidez desconcertante—. Y, antes de que nos enfrasquemos en una nueva discusión estéril, me tomaré la libertad de informarle de que hemos llegado a nuestro destino. Aquí vive Farley y, con un poco de suerte, lo encontraremos todavía en casa.

Hizo ademán de subir las escaleras, pero Chassy se lo impidió. La tenía intrigada, y —aunque nunca se lo confesaría a nadie, y mucho menos a él— su sonrisa le había provocado un pequeño

terremoto en las entrañas. No quería que la sensación la abandonase, y algo le decía que eso era justo lo que sucedería en cuanto Northcott se alejara un poco.

—Un momento, explíquese —dijo, y le tembló un poco la voz al hablar—. ¿Dónde se puede encontrar la perfección?

—Eso no puedo decírselo, porque depende de cada persona. —Chassy puso cara de no comprender—. Está dentro de cada cual, querida; quizá para Farley la perfección se encuentre en una apuesta ganadora de mil libras, y quizá para la señorita Sallow en la sonrisa de sus hermanos. Y, quizá, para mí, en la mano de alguien que ha sabido capturar la luz en un cuadro, o en el resplandor de unos ojos azules. Discúlpeme.

Chassy aún tenía la mano apoyada en su brazo, y él posó la suya encima. Con un delicado apretón, la retiró; pero, antes de devolvérsela, le besó con suavidad los nudillos sin dejar de mirarla a los ojos.

Confusa, apartó la vista.

—¡Ah, sir Aubrey! —exclamó él. Un caballero de unos sesenta años acababa de salir por la puerta y se detuvo en lo alto de la escalinata al verlos—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor Northcott. Imagino que ha venido a ver a mi hijo. Lamentablemente, no está en casa, y no ha dicho adónde se iba, ni cuándo pensaba volver.

Sir Aubrey miró a Chassy, que todavía notaba la piel en llamas, y le dedicó una cortés inclinación de cabeza. Era como una versión avejentada de sir Warren, con un velo de fatiga y algo más que le cubría el rostro.

—Qué contrariedad —gruñó Northcott—. Permítame, en todo caso, presentarle a la dama que me acompaña, la señorita Chastity Alderdice. Señorita Alderdice, este es sir Aubrey.

—Un placer conocerla. —Sir Aubrey afiló los ojos—. Alderdice, ha dicho. ¿Puede que tenga el honor de conocer yo al padre de usted, señora? Me suena mucho su apellido.

—Es posible. William era su nombre, y se marchó de Londres en cuanto se casó. Por desgracia, murió hace años.

—Diantre, lo siento.

Expresó sus condolencias y luego preguntó por su madre. Tenía los modales de un perfecto caballero, pero no había pizca de presunción en su trato, y a Chassy le gustó mucho. Aunque podría estar equivocada, pensó, porque el beso de Northcott la había dejado totalmente confundida. ¿Por qué había hecho eso? ¿Seguía tomándole el pelo, solo que de otra forma más ladina?

De toda la conversación entre los dos hombres solo pudo distinguir, un par de veces o tres, el nombre de sir Warren, pronunciado con pesar. Solo consiguió centrar su atención cuando escuchó el suyo propio en labios de Northcott.

—...con su prima, la señorita Sallow, en casa de la señora Woodcourt.

—¡Oh! Hace mucho que no veo a la señora Woodcourt. ¿Sigue recibiendo los miércoles? Quizá debería pasar a saludarla algún día. Y, dígame, ¿qué le está pareciendo Londres, señora?

—Todo es muy ajetreado aquí, señor. Reconozco que, en ocasiones, entiendo a mi madre cuando se negaba a viajar a la capital.

—No le quitaré la razón, pero tiene que reconocer que, en la ciudad, una vida vale por cinco o seis vividas en el campo. Yo no podría permanecer alejado de Londres más que para unas semanas, no sabría qué hacer con mi tiempo.

—Tal vez —contestó ella con una sonrisa—. Supongo que por esa razón las personas con buen tino suelen alternar una cosa con la otra.

—Más bien —intervino Northcott, con su rudeza habitual— las personas con buena situación en la vida. Seguro que a muchos campesinos les gustaría trasladarse unos cuantos meses a la capital y no pueden hacerlo.

—¡Habla usted como un francés, señor Northcott! Y me gustaría quedarme a discutir un rato más con ustedes, o, mejor dicho, invitarlos a discutir dentro de casa, en lugar de seguir expuestos a este viento tan hostil. Sin embargo, he quedado con ciertas personas y...

—Oh, no se disculpe usted, sir Aubrey —dijo Chassy—. Ya le hemos robado demasiado tiempo, me temo, y nosotros también tenemos cosas que hacer todavía, ¿verdad, señor Northcott?

—Verdad.

Se despidieron y Northcott propuso ir a buscar a sir Warren en cuatro o cinco puntos más en los que, por lo general, se podía encontrar su amigo a aquellas horas. Pero no dieron con él, y Chassy se sentía de lo más alicaída cuando por fin regresaron a Charles Street.

—Supongo que podría preguntar a algunas de mis amistades por ese combate del que usted me habló. Pero, si le soy sincero...

—¡Niña querida! ¡Enoch!

La señora Woodcourt se apeaba en ese momento de su coche. Se recogió las faldas con una mano y trotó hasta ellos, al límite mismo de lo decoroso, con la cara toda sofocada.

—¡Rápido, no hay tiempo que perder! —Se detuvo un momento, lo justo para tragar aire—. Bueno, tal vez no sea tan urgente la cosa; estoy segura de que podemos perder un poco de tiempo y refrescarnos con un té y un buen trozo de pastel de miel. Sé que hay pastel de miel, porque oí a la cocinera ayer por la tarde hablando con la señora Perkins. Enoch, sé amable y ofréceme tu brazo; ¡juro que no puedo dar un solo paso más!

Chassy, preocupada por su estado de salud, quiso ofrecerle también el suyo y se colocó a la izquierda de la señora, pero esta se negó a apoyarse en ella.

—Querida Rayne, eres como un suspiro al que se lleva la brisa. Como me apoye en ti, terminaremos las dos en el suelo, y no me parece correcto caerme en mitad de la calle. Además, tampoco es que sea una inválida.

—Nada de Rayne, Clementine —dijo Northcott con una sonrisa—. Su protegida ha tenido la deferencia de aclararme ciertos asuntos.

—¡Cómo lo celebro! No me gustan las medias verdades. Con lo bien que se siente una al contar la verdad.

Aquel día, Chassy no hacía más que pasar de una emoción violenta a la siguiente: entre el silencio mortecino de su prima, la confesión de la señora Woodcourt y el desconcertante beso en los nudillos del señor Northcott, bien podía ser ella quien acabara por los suelos. Caminó por detrás de ambos el trecho que los conducía hasta la puerta de entrada observando al señor Northcott, que se movía con aplomo y una seguridad en sí mismo que Chassy consideró casi impertinente. Sin embargo, estaba descubriendo con asombro que su corazón había ido perdiendo gran parte de su resentimiento contra él. Había detectado un cambio muy sutil en la forma en que se dirigía a ella —si no supiera que era imposible, habría llegado a pensar que existía cierta admiración—, y eso había provocado otro cambio, también muy sutil, en la manera en que lo contemplaba ahora a él.

Aunque, en realidad, ¡cómo iba a admirar nada! La mayoría de sus conversaciones habían semejado más un combate —no como aquel en el que se había visto envuelto el hermano de Rayne, claro, pero combate al fin y al cabo— que una charla normal y corriente entre dos

personas que apenas se conocían. Y, en cuanto a la propia Chassy, debía reconocer que, tal vez, se había comportado de forma un tanto impaciente, inoportuna y fastidiosa.

—Después de usted —le dijo Northcott cuando la señora Woodcourt entró en casa.

Se sentía azorada, pero no quiso ni mirarlo a los ojos, no fuera a adivinar el origen de su turbación. Pasó a su lado a toda velocidad, un poco demasiado cerca para su gusto. ¡Todo por culpa de su estúpido azoramiento!

—Disculpe —musitó.

—No, discúlpeme usted —contestó Northcott.

¿Y por qué demonios había empezado a hablarle con ese otro tono de voz, tan rasposo? ¿Dónde estaba el timbre petulante y retador? No es que lo echara de menos, pero...

—¡Chastity, Enoch! —La voz de la señora Woodcourt se coló entre ambos como un látigo—. ¡No me hagáis esperar, os lo ruego!

Una vez en el salón, el señor Northcott prefirió no sentarse.

—Pero, Enoch, va a resultar muy incómodo para mí estar todo el tiempo levantando la vista para mirarte. Entre el pastel y tú, acabaré con dolor de cuello, y es posible que a la señorita Alderdice le ocurra lo mismo.

—Oh, no se preocupen por mí, por favor —dijo Chassy—. Lo cierto es que no me apetece tomar nada, y desde donde estoy puedo verlos a los dos con total comodidad.

—¡Qué modales tan encantadores! —exclamó la señora Woodcourt—. Y eso que tu madre, si no recuerdo mal, podía tener el genio de una víbora cuando le llevaban la contraria.

Un poco a su pesar, Chassy se echó a reír.

—Sin duda he heredado su mal genio, señora, pero por suerte, desde que estoy en Londres, nadie me ha hecho perder verdaderamente la paciencia.

—Me alegra escuchar eso —dijo el señor Northcott, con media sonrisa—. En cualquier caso, Clementine, no es momento ahora de intercambiar palabras corteses. Dime, ¿qué has conseguido averiguar?

—Oh... ¡Eso! —La señora Woodcourt se abanicó un momento con la mano antes de responder —. La fuente es de total confianza, pero me ha rogado permanecer en el más estricto anonimato. —Como nadie la interrumpió, tomó aire y siguió hablando—. Me temo que es un asunto de lo más turbio. Algún individuo sin escrúpulos (mi fuente lo llamó «caballero», pero me niego a creer que alguien así sea en realidad un caballero) ha organizado una especie de torneo abominable; a espaldas de las autoridades, por supuesto. Combates de boxeo entre personajes de lo más variopinto: habitantes de los barrios bajos, antiguos presidiarios, milicianos... ¡incluso un escocés del norte! El premio no es gran cosa, en realidad, apenas cincuenta libras.

—¡Cincuenta libras! —repitió Chassy, espantada—. ¿Tan mala puede ser la situación de Rayne que su hermano está dispuesto a arriesgar el pellejo en ese torneo clandestino por cincuenta libras?

—¡Señorita Alderdice, modere su lengua! —dijo el señor Northcott, y ya estaba a punto de disculparse cuando vio que él contenía la risa a duras penas—. Estoy seguro de que ese vocabulario lo ha aprendido de su prima; ¡recuérdeme que tenga unas palabras con la señorita Sallow!

—Oh, cállese. Pero, señora, dígame, ¿ha descubierto dónde y cuándo se celebrará el torneo?

—Pues sí, por suerte así ha sido. Por eso decía que tenemos poco tiempo que perder: ¡será esta misma noche, en un barco que surcará el Támesis! Me pregunto cómo podremos localizarlo, y cómo podremos después acceder a él para salvar a ese niño alocado de su propia destrucción.

Chassy se puso de pie, muy nerviosa.

—Supongo que Rayne no pensará acudir sola a ese lugar endiablado. Dios mío, ¿cuántos barcos pueden navegar el Támesis en un día? ¿Cómo haremos para dar con él? ¡Es imposible!

«¡Ay, prima!».

Si se hubiera parado a reflexionar, Chassy no habría sabido decir por qué la situación de una prima cuya mera existencia había ignorado hasta hacía unos meses podía angustiarla hasta ese punto. Pero lo cierto es que le había cogido más cariño del que era consciente; la pobre había venido a Londres para salvar del desastre a su familia y ella, en lugar de ayudarla, se había dedicado a satisfacer su propia vanidad... ¡Pintando cuadros para sacar de quicio a un completo desconocido!

—Ay, soy una persona horrible —dijo en voz alta, y tanto el señor Northcott como la señora la miraron confundidos.

—Querida —dijo la señora con voz fría—, me temo que este no es el mejor momento para dejarse arrastrar por el dramatismo. Mira, si no, en qué líos se ha metido nuestra pequeña Rayne por no saber resistir el embrujo del teatro.

—Discúlpeme por hablar con franqueza, señorita Alderdice, pero debo hacer mías las palabras de Clementine. Si piensa arrebatarse ahora, cuando más la necesitamos, háganoslo saber y la mantendremos al margen de este desafortunado asunto.

Y con ese rapapolvo terminó Chassy de autocompadecerse.

—¿Cómo puedo ayudar?

—De momento, quédese con Clementine. Sucede que, tal vez, yo podría saber en qué barco se celebrará el torneo; permítanme que me cerciore y las tendré al corriente.

—Iremos contigo, Enoch.

—No sé si es prudente, Clementine.

—Oh, no, se lo ruego, señora Woodcourt —intervino Chassy—. ¡Debo ser yo la que acompañe al señor Northcott en esta... en esta misión! Sería muy raro que usted lo acompañara a bordo a presenciar salvajes combates ilegales, ¿no le parece? ¡Todo Londres sabe quién es usted! Pero nadie, o casi nadie, sabe nada de mí, y no llamaré tanto la atención.

Se imaginó a la señora, con su delicada salud, asistiendo a un espectáculo tan espantoso, y se prometió mantenerse firme en su decisión. Por fortuna, el señor Northcott se mostró de acuerdo con ella y no hubo necesidad de insistir más.

—En cuanto reúna la información, les enviaré un mensajero. Esté preparada para cualquier cosa.

Chassy aseguró que lo estaría. Y el resto del día se le hizo demasiado largo y mareante como para pensar en venganzas secretas, o cualquier otra tontería de las suyas.

***

—Está usted preciosa esta noche, señora —le dijo lord Hareton por enésima vez, y Rayne se obligó a sonreír, porque milord había cumplido con su parte del trato y pensaba que, a cambio, podía mostrarse amable con él.

En el fondo, su exceso de solicitud empezaba a resultarle algo más que una simple molestia. Le pareció que él se tomaba demasiadas confianzas; en una ocasión, le había retirado un mechón de pelo y le había rozado la mejilla sin que, en opinión de Rayne, fuera necesario tocarle la cara

en absoluto. También se acercaba mucho a ella al hablarle, y la miraba con más fijeza de la que cualquier persona decente consideraría apropiado cuando ella le contestaba. Y, además, lord Hareton desprendía un inquietante olor a ginebra; no lo bastante intenso como para considerar que se había propasado, pero sí como para suponer una ligera molestia. A Rayne no le gustaban los bebedores, y no se fiaba de ellos. En sus recuerdos, los deslices de su padre con el alcohol se relacionaban, en cierta manera confusa, con el aumento de las deudas de la familia.

—Este sitio es fabuloso —dijo lord Hareton, y la cogió de la mano para acercarla hasta donde estaba él—. ¿No está de acuerdo?

—En realidad, no —contestó Rayne, y trató de zafarse, con mucha suavidad y poco éxito—. Preferiría estar más cerca de los boxeadores, para verlos de cerca.

Lord Hareton dejó escapar una carcajada.

—Es usted una dama de lo más peculiar. Intentaré complacerla, déjeme buscar un poco más allá. —La miró por entre las pestañas y ella se sonrojó—. Pórtese bien en mi ausencia, señora.

Rayne sacudió la cabeza. Estaba demasiado nerviosa para pensar con claridad. ¿Sería capaz de encontrar al botarate de Wilson antes de que saltara al *ring*? Miró a su alrededor, como llevaba haciendo desde que habían entrado a aquel barco maloliente, pero, de nuevo, no reconoció a nadie. Lord Hareton le hizo señas; había localizado dos asientos en primerísima fila. O, más bien, había conseguido que las dos personas que había sentadas allí se los cedieran. Suspiró y fue hacia su encuentro. Las entrañas le decían que, pasara lo que pasara, la noche terminaría mal. A esas alturas, sin embargo, lo único que deseaba era sacar a su hermano sano y salvo. Lo que sucediera luego, ya se las apañaría para capearlo.

—Permítame, señorita Alderdice —dijo lord Hareton, y, como si se encontraran en un salón elegante en lugar de en un antro flotante, le retiró la silla para que se sentara y se acomodó después junto a ella, hombro con hombro—. Nunca hubiera imaginado que pudiera interesarle el boxeo. Me gustan las damas atrevidas con gustos peculiares. ¿Se lo había dicho ya?

—Con palabras similares.

—Ah. Está usted preciosa esta noche. ¿Qué le apetecería hacer luego? ¿Quiere que la lleve a Vauxhall?

—¿Vauxhall? ¿Eso no son unos jardines? Pero ¿qué íbamos a hacer en Vauxhall en mitad de la noche, milord?

—Bueno, supongo que será un poco tarde para los fuegos artificiales, pero no para pasear. Podemos sentarnos y ver juntos las estrellas. Puedo recitarle poemas de amor, si usted quiere.

A Rayne le subió un escalofrío por la espalda. No le gustó nada la expresión ansiosa de sus ojos, ni la forma en la que se inclinaba hacia ella al hablar, ni tampoco que le hubiera vuelto a coger la mano para envolverla entre las suyas.

—Ay, no puede ser. La señora Woodcourt no sabe que he venido aquí. Le he dicho que iba a cenar con unas conocidas, y se preocupará si tardo en regresar a Charles Street.

—¿Preocuparse Clementine Woodcourt? Sería de lo más raro. No sea tonta, siempre puede decirle que la velada se alargó con un baile improvisado. ¿De qué amiga se supone que era la invitación? ¿La conozco yo? La convenceré para que mienta por usted, no tema.

A pesar de que Rayne llevaba mintiéndole a la señora Woodcourt desde que llegó a Londres, se sintió muy mal cuando escuchó a otro animándola a hacerlo. Ella, al menos, albergaba razones honestas. En cuanto a él... ¿Quién sabe lo que estaba tramando?

—Imposible, milord. No podría hacerlo.

Hareton se rio y ella sintió su aliento junto a la oreja. Se estremeció, pero no podía hacerse la

ofendida y marcharse sin más. Al menos, no hasta que encontrase a Wilson.

—Bueno, como quiera. No hay problema. Yo mismo la conduciré hasta Charles Street en mi coche.

—¿De verdad? —preguntó ella, muerta de aprensión—. ¿No le importa?

—No, por supuesto que no.

Y lo dijo con tanta calma que Rayne supo que sí, que le importaba y mucho, pero en ese momento alguien empezó a anunciar a los boxeadores a voz en grito y solo pudo concentrarse en ellos. Había una docena de hombres, la mayoría con un aspecto terrorífico, colocados en dos filas. A los de atrás no podía distinguirlos, porque la iluminación era bastante pobre y las sombras les ocultaban el rostro. Pensó que Wilson podía ser el de la derecha, y se inclinó hacia delante para tratar de verlo mejor.

—Apóyese en mí, no tenga reparos —dijo lord Hareton.

Rayne tenía un buen montón de ellos, pero se repetía, una y otra vez, que lo único importante era localizar a su hermano.

—Le ruego que me perdone —murmuró, prácticamente encima de él.

—Ya está perdonada. —Hareton le rodeó la cintura con la mano y la apretujó un poco más contra su cuerpo—. Cualquiera diría que busca usted a alguien.

—Oh, pues es probable que no te equivoques, Hareton —dijo una voz a sus espaldas—. Buenas noches, señorita Alderdice.

Se giraron a la vez y se encontraron con sir Warren, con el ceño fruncido y una sonrisa de hielo en los labios.

—¡Farley! —exclamó lord Hareton—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Presumo que lo mismo que la señorita y tú; he venido por la gran apuesta.

—¿La gran apuesta? —preguntó Rayne.

—¿No ha venido usted por eso, señora?

—¡Oh, no! No me gusta apostar. Yo he venido por el boxeo en sí.

—¡Qué extraño! Cuando la conocí me aseguró usted que el boxeo era lo único que no deseaba ver en Londres. Debo estar equivocado, claro.

Lord Hareton contestó algo, pero Rayne no escuchaba. Los ojos de sir Warren parecían traspasarla, como aquella ocasión en el teatro, solo que, ahora, lo hacían con más dureza. Por un momento, olvidó cuanto la rodeaba; olvidó a su hermano, al cretino de Lowell, al aprovechado de lord Hareton. Por olvidar, olvidó incluso lo que pintaba ella en Londres y en ese odioso barco. Pensó que le gustaría que sir Warren la hubiera mirado como esa otra vez, que le quedaba ya tan lejana. Que hubiera sido él quien la hubiera acompañado hasta allí. Pensó que le hubiera gustado poder conocer un poco más al hombre, y no contemplarlo como un simple objetivo, lo que, por otra parte, quizá nunca hubiera sido en realidad.

Alguien hizo sonar una campana y los dos primeros boxeadores empezaron a pelear, jaleados por el público. Ricos o pobres, buena o mala sociedad, todos aullaban por igual. Rayne dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que ninguno de ellos era Wilson, pero sabía que el alivio era demasiado fugaz como para relajarse.

—¿Por quién has apostado, Farley? —preguntó lord Hareton.

—Por un tal... —Sir Warren buscó sus notas, pero estaba demasiado oscuro para leer nada—. Ah, no lo sé; por el escocés. Saldrá en tercer lugar, creo. ¿Y usted, señorita Alderdice?

—La dama no ha hecho ninguna apuesta, y yo tampoco, la verdad. ¿Dices que merece la pena?

Por un momento, pareció que lord Hareton quería preguntar algo y no se atrevía. Sir Warren, por si acaso, no le dio tiempo a pensárselo dos veces.

—Supongo que depende de quién haga la apuesta.

—¿Qué quieres decir?

—Son muy altas.

Lord Hareton murmuró algo. Rayne, sentada entre ambos, se mantenía muy tiesa; empezaban a dolerle los hombros. También le dolía el cuerpo cada vez que uno de los boxeadores recibía algún golpe.

—¿Cuánto dura esto? —preguntó, a nadie en particular.

—Bueno, eso también depende —contestó sir Warren—. Por lo general, hasta que uno de los dos muerde el polvo, como suele decirse.

—Farley, voy a animarme yo también. ¿Quién recoge las apuestas?

Sir Warren le señaló a un tipo siniestro que vigilaba el recinto, amparado por las sombras.

—Se llama Birdwhistle.

—Birdwhistle. Muy apropiado, supongo. Cuídame a la dama, si me haces el favor.

—Por supuesto.

Cuando lord Hareton se alejó lo suficiente, sir Warren se inclinó hacia Rayne. Él no olía a ginebra. Olía a un perfume denso que la transportó a los páramos del norte, y los ojos se le empañaron de lágrimas.

—¿No llorará usted por ese individuo, espero? —preguntó él.

—¿Por lord Hareton? Oh, en absoluto.

—No, me refería al boxeador. ¡Llorar por Hareton! Eso sí que sería absurdo. Casi tanto como haber venido a este lugar inmundo, si me permite el atrevimiento. ¿Qué demonios hace aquí? ¿No cree que esta aventura es demasiado loca para una dama como usted?

Rayne no quería apartar la vista del ring, pero sir Warren, en una arriesgada maniobra, le sujetó la barbilla con dos dedos y la obligó a volverse hacia él.

—¿No lo cree de verdad?

Sintió una descarga que le recorrió la piel hasta la raíz de los cabellos. Habría jurado que le notaba un tono de angustia en la voz, pero era muy difícil asegurarlo con tanto chiflado vociferando alrededor. Ella negó con la cabeza. Si hablaba, la desbordaría el llanto; tenía miedo, mucho miedo: por su hermano, por ella misma, por el futuro de toda su familia.

La muchedumbre rugió. Uno de los boxeadores consiguió noquear al otro y dos tipos se acercaron para comenzar la siguiente pelea. Pudo verlos de reojo. Por suerte, ninguno era su hermano. Se mordió el labio.

«Maldito Wilson, ¿dónde rayos estás?».

—Señorita Alderdice, escúcheme. ¿Tanta necesidad siente de vivir aventuras? ¿No le importa rodearse de esta calaña por el único placer de hacer cosas sin sentido?

—¿A qué se refiere? Yo no he venido aquí a buscar aventuras, ¡créame! Tengo mis buenos motivos.

Se volvió sobre su hombro. Lord Hareton discutía con el corredor de apuestas, y lanzaba miraditas en su dirección.

—¿En serio? ¿Y no puede compartir esos motivos conmigo?

—No, me temo que no puedo.

—¿Y con lord Hareton sí puede?

Rayne recibió la pregunta como quien recibe un bofetón.

—Se equivoca. Lord Hareton solo me ha traído aquí porque yo se lo pedí. Estaba... estaba ansiosa por asistir a una velada de estas, ¿comprende?, y él me aseguró que era la persona más apropiada para enterarse de este tipo de cosas. Nada más.

—¿Nada más? ¿De verdad piensa que este tipo va haciendo favores a las damas a cambio de nada? —Sir Warren dejó escapar una risa despectiva—. Más bien no habrá tenido tiempo todavía de exponer su precio.

«Sí. Me ha propuesto recitarme poemas de amor a la luz de la luna, y vete a saber qué más», pensó Rayne con amargura.

Sin embargo, no contestó. De repente, uno de los boxeadores que estaban en segunda fila había empezado a hacer gestos raros con la cabeza, y por unos segundos la escasa luz le iluminó el rostro. Era Wilson.

Y, por lo que parecía, iba a ser el siguiente.

Capítulo 14

Farley no entendía nada. Seguía sin entenderlo cuando Hareton regresó, anunció que ya había hecho su apuesta y tomó asiento a la derecha de la joven. No le gustó que se sentara tan cerca de ella; en su opinión, no había ninguna necesidad de apretarse tanto, y estaba a punto de llamarle la atención sobre aquel particular cuando reparó en el gesto espantado de la dama.

—¡Oh, qué horror! Tengo que hacer algo ahora mismo —dijo ella, y se puso en pie precipitadamente, como si pretendiera saltar al *ring* e interponerse entre los boxeadores.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Hareton, y le agarró el brazo no con muy buenas maneras—. Siéntese, no deja ver a los que están detrás.

—Déjeme, se lo suplico. Debo intervenir antes de que sea tarde.

—¿Qué dice, señora? ¿Qué demonios dice? Farley, ¿tú entiendes algo?

Y Farley, que cada vez entendía menos, puso su mejor cara de hastío, reprobó los modales de Hareton y ofreció su brazo a la joven, dispuesto a lucirse ante aquel rival roba-herederas que, teniendo a la mitad de Londres a sus pies, había tenido que ir a fijarse precisamente en la suya.

—Intervengamos, señorita Alderdice; intervengamos sin falta.

—Oh, cómo se lo agradezco. ¡Debo impedir que se celebre el siguiente combate! ¿Con quién tengo que hablar?

—¿El siguiente combate? —Farley carraspeó—. Sin duda. Me pregunto con quién tendría que hablar.

El siguiente combate, qué mala suerte, iba a ser el suyo. Al escocés no lo había visto pelear nunca, aunque había oído hablar de él, y su rival era un mozalbete rústico, de los que (con toda probabilidad) no tendría ni estilo ni pegada. Pensó en ganar algo de tiempo, y puso su cerebro a trabajar. Sin embargo, cuando miró a la dama y vio la expresión de sus ojos, tan hermosos, tan esperanzados, como si confiara en que él podía solucionar un problema en lugar de crearlo como era su costumbre, se sintió incapaz.

La sensación era demasiado nueva en él como para ignorarla. Notó una oleada de ternura, imprevisible y poderosa, y se dijo que ni siquiera un tipo como él podría traicionar nunca a una mujer como ella.

A Hareton, que se había levantado también para colaborar en la intervención, le dijo lo que pensaba de su persona y le deseó buena suerte con la apuesta.

—Y ahora, Hareton, apártate. Tenemos algo que hacer, y me temo que no puedes ayudarnos.

Hareton no se apartó, y Farley chocó ligeramente contra su brazo al pasar a su lado.

—¿Qué rayos estás haciendo, Farley? —le preguntó en voz baja—. No creas que vas a venir a

quitarme la diversión.

—Al contrario, Hareton; deseo de todo corazón que disfrutes del espectáculo. Pero no voy a permitir que eches a perder a esta dama, así que más te vale que la dejes en paz.

—¿Por qué, quieres ser tú quien lo haga? —La miró con ojos de halcón—. Diría que está deseando perderse.

—Y yo diría que estás deseando faltarme públicamente al respeto, además de a ella. Te recomiendo que reconsideres tus palabras y que, por última vez, te apartes de mi camino.

Quizá Hareton detectó algo en Farley que no estaba acostumbrado a ver, o quizá la joven no le interesaba tanto como para ponerse en riesgo en absoluto; el caso es que, después de un segundo o dos de vacilación, terminó dando un paso atrás y pudo escuchar el suspiro de alivio de la señorita Alderdice cuando se marcharon. También un puñado de espectadores mostraron en voz alta su alivio cuando Hareton se sentó, solo que lo expresaron con palabras malsonantes y juramentos en vez de con suspiros.

—¡Deprisa, sir Warren, se lo ruego! —le apremió la señorita Alderdice, y le tironeó de la manga para conducirlo hasta el corredor de apuestas—. ¿Cree que este individuo podrá servirnos de ayuda?

—Eso espero. —El corredor de apuestas tenía una pinta todavía más siniestra cuando lo veías de cerca—. Me temo que debe usted impedir que se celebre el tercer combate, Birdwhistle.

—¿En serio? —Birdwhistle bostezó—. ¿Y le importaría decirme por qué razón?

—Tendrá que disculparme, pero no está en mi mano revelárselo.

A pesar de que Farley trató de componer una mueca hostil e intimidadora, estaba claro que el otro veía muecas mucho más hostiles a diario y no se inquietó lo más mínimo.

—No lo está, ¿eh? Bien, en ese caso, tendrá que ser usted quien me disculpe a mí, pero no pienso detener ningún combate. Si se ha arrepentido de apostar por un fulano en concreto, mala suerte, amigo. —Lo miró de arriba abajo y Farley se sintió tremendamente insultado cuando añadió—: ¿Qué ocurre, acaba de recordar que tiene demasiadas deudas?

Farley estaba a punto de contestarle como merecía, pero la dama se le adelantó.

—¿Es usted de Yorkshire, señor Birdwhistle?

—De Newcastle, señora.

—Oh, ya me parecía a mí que ese acento no era de por aquí. Y bien, ¿quiere que le diga yo porque va a detener ahora mismo ese combate?

—Me mata la curiosidad.

La señorita Alderdice apretaba los puños y echaba relámpagos por los ojos. A Farley le hubiera gustado hacer algún comentario ingenioso, pero recapacitó y se dijo que no era el momento más apropiado.

—Déjeme que le diga, señor Birdwhistle, que sus modales son deplorables —dijo ella, y le hizo una señal para que se acercara.

Birdwhistle, con un ojo en Farley y otro en el *ring*, se inclinó hacia delante para escuchar lo que fuera que la dama estaba susurrándole. La campana que anunciaba el final del segundo combate resonó en la estancia y el hombre, que escuchaba con atención, se apartó de un salto.

—¡No la creo a usted!

—Oh, pues ya puede creerme, señor, porque le prometo que estoy diciendo la verdad. ¿Quiere preguntarle al interesado?

Anunciaron a los boxeadores que se enfrentarían en el tercer combate: el escocés pendenciero —Farley pensó, con cierto disgusto, que ahí se desvanecía su última esperanza de hacerse cargo

de sus propias deudas, porque estaba convencido de que ese tipo ganaría el torneo—, y un muchacho joven de rizos revueltos que miraba con satisfacción a su alrededor.

—¿Ese de ahí, dice usted?

—Ese mismo. El delgado y alto.

—El mismo. —Birdwhistle silbó y alzó la mano, pidiendo que se interrumpieran las presentaciones—. No es que me crea ni una sola palabra, pero prefiero asegurarme.

El hombre se alejó y la dama, que estaba a punto de seguirlo, se detuvo al ver a una pareja que se aproximaba a toda velocidad. Farley reconoció a la prima de la joven, y a Enoch Northcott junto a ella.

—¡Prima! Por fin te encuentro. ¡Estaba muy preocupada por ti!

A Farley le extrañó verlos allí, pero los saludó con una cabezada enérgica y elegante.

—Northcott, menuda sorpresa. ¿Puedo preguntarte qué te trae por aquí?

—Un cúmulo de circunstancias. Qué suerte haber encontrado a la señorita Sallow antes de que ocurriera una desgracia.

—Celebro oír eso.

Observó a las dos primas, que miraban a Birdwhistle. Todo indicaba que el combate, después de todo, no se celebraría, y él ardía en deseos de saber por qué. Se dirigió hacia la recién llegada.

—Señorita Sallow, estoy a su servicio.

—Se lo agradezco, pero no necesito los servicios de nadie.

—Me temo que Northcott acaba de insinuar lo contrario.

—Oh, en mi opinión —dijo Northcott, que exhaló aire de golpe como si acabara de librarse de un peso tremendo— este es un momento espléndido para solventar un pequeño malentendido, Farley. ¿Crees que habrá algún rincón tranquilo en este cubículo en el que podamos hablar?

—No sabría decirte.

Birdwhistle se abrió paso hasta ellos, seguido del boxeador de rizos, que no apartaba la vista del suelo. Se le veía abatido y confuso, pero no le dio tiempo a explicarse.

—Tenía usted razón, señora —dijo Birdwhistle. Había perdido el gesto desafiante y parecía un perrillo asustado—. El muy bribón ha confesado a la primera. ¡Ha sido verla a usted y ponerse a cantar! ¡Diecisiete años! ¡Y nos aseguró que tenía veintidós! Hay que ser muy sinvergüenza para intentar engañar de esta manera a un pobre hombre honrado, que solo intenta ganarse el pan.

—¡Oiga usted! ¡No le consiento que hable usted de mi hermano de esa manera! ¡Ya me gustaría a mí saber quién ha engañado a quién en realidad en todo este asunto!

—¡Un hermano! —Farley iba de sorpresa en sorpresa.

—Bien dicho, Rayne —dijo el muchacho.

—Y tú, Wilson, más vale que guardes silencio. Cuando salgamos de aquí me vas a oír.

La joven se tapó la cara con las manos y farfulló algo así como «lo has echado todo a perder»; pero, de todas formas, estaba a punto de llorar y no se le entendía muy bien. A Farley se le encogió el corazón.

—Oh, no llore, se lo suplico.

Los dedos le escocían y le entraron ganas de abrazarla. Por suerte, se contuvo a tiempo. En su lugar, se llevó a Northcott fuera de escena y le preguntó si estaba entendiendo algo de todo aquello.

—Porque confieso que, desde que he puesto el pie en este condenado barco, mi confusión no hace más que aumentar, en todos los sentidos.

—Bueno, Farley, digamos que la señorita Alderdice (la verdadera, que es esa de allí), me ha

hecho el honor de explicarme un par de cosas. Tu supuesta heredera es la señorita Rayne Sallow, huérfana y a cargo de media docena de hermanos, o quizá sean solo cinco y ella haga la sexta. Te ruego que me disculpes, me temo que ese dato en concreto no me ha quedado claro. ¿Quieres que me informe debidamente?

—No, no te molestes. Caramba, qué desconcertante.

—Y eso no es todo. Tal vez abuse de la confianza que la señorita Alderdice ha depositado en mí; pero, como amigo tuyo que soy, me arriesgaré: los hermanos Sallow viven al borde de la ruina. Baste señalar que el frustrado boxeador se apuntó de manera ilegal al torneo para intentar hacerse con el premio y ayudar así a su familia.

—¿El premio? ¡Si son cincuenta libras!

—Eso debería darte una idea aproximada de cuál es la situación de los Sallow. Supongo que ahora te replantearás el asunto del matrimonio.

Farley no contestó. Se sentía dolido, y pensó que, de todas las jóvenes arteras que se habían cruzado en su camino, nunca había encontrado otra más desvergonzada que aquella Rayne Sallow. Lucy Thorndale, a su lado, era una simple.

La miró con disimulo. Hablaba con aquel Wilson en voz muy baja, con el rostro enterrado en su hombro, y él, apesadumbrado, la abrazaba con gesto tierno.

Quizá, en otras circunstancias, le hubiera dado por indagar en el embrollo. Seguía fascinándole la de riesgos absurdos que corrían los hermanos para ayudarse entre sí; solo que, ahora que lo habían implicado a él, tanta lealtad ciega no le hacía demasiada gracia.

—Estamos de más en este reencuentro, me parece —dijo la señorita Alderdice, y se alejaron para conceder cierta intimidad a los hermanos—. Sir Warren, ¿sabe cuándo atracará este maldito barco?

—Lamento no poder contestarle, señorita Alderdice. Diantre, se me va a hacer muy raro llamarla así a partir de ahora.

Ella, avergonzada, giró la cara. Justo entonces se apareció ante ellos Harold Spinner.

—Buenas noches, caballeros, señora. ¡Qué bien que hayáis decidido venir! ¿Os estáis divirtiendo?

—Es interesante que nos preguntes, Spinner —contestó Northcott—. La respuesta, sin embargo, no es sencilla: no hacemos otra cosa que pasar del asombro a la perplejidad y de la perplejidad al pasmo. Desde luego, no nos hemos aburrido ni un ápice.

—Me alegro una barbaridad.

Spinner habló de los boxeadores, del dinero que había apostado, de la fiesta que se sucedería después. No se dio cuenta de que nadie le prestaba ningún interés.

Cuando, horas después, el barco atracó en un muelle pestilente, Farley y Northcott acompañaron a las damas y al gamberro de Wilson en un coche de alquiler hasta Charles Street. Farley tuvo ocasión de observar al muchacho discretamente. Se parecía bastante a su hermana, aunque sus rasgos eran más afilados, y era mucho más grandote. ¡Y eso que solo tenía diecisiete años! Pensó que, dentro de unos pocos años, podría convertirse en un peso pesado más que decente y, muy a su pesar —porque había decidido no cruzar ni media palabra con él—, se encontró diciéndole:

—En lugar de apuntarse a extraños torneos como el que hemos visto esta noche, debería procurarse un instructor como Dios manda. El mundo del boxeo puede ser de lo más estimulante para un joven con... hummm... ideas propias. Puedo hablar por usted en la academia Jackson. Si su hermana me da su consentimiento, por supuesto.

A Wilson se le iluminaron los ojos por un momento. Sin embargo, cuando se giró hacia su hermana para ver qué decía, el brillo se le apagó en seguida. La señorita Sallow miraba por la ventana. Tenía el rostro enrojecido y los ojos hinchados. Farley se sintió de lo más deprimido. Y luego, cuando Wilson le cogió la mano y se la apretó con cariño, tan arrepentido y desvalido se le veía, y reparó en el gesto de ella, que había cerrado los ojos y se esforzaba por no estallar en llanto de nuevo, se sintió hundido por completo.

Había en la señorita Sallow el mismo dolor, la misma decepción y la misma resignación que él había encontrado decenas de veces en su propio padre, año tras año. Sin embargo, no había en Wilson ni frialdad ni soberbia ni empecinamiento. Estaba tan destrozado como ella por el daño causado.

«Pero mi padre no tiene siquiera el consuelo de mi arrepentimiento».

Miró hacia el frente, hacia un punto situado más allá de la cabeza de Northcott. Acababa de recibir una lección. Ahora, solo podía esperar no olvidarla demasiado pronto.

Capítulo 15

Queridos Lottie, Annie, Lewis y Georgette:

Os escribo para comunicaros dos noticias. La primera, la más importante, para haceros saber que, afortunadamente, conseguí dar con nuestro hermano antes de que cometiera ninguna locura. No sé a qué obedece tan alta opinión como tiene de sus habilidades, pero me alegro de que no llegase a pelear ni un solo minuto. El rival que le había tocado en suerte era un tipo espantoso, que abultaba el doble que Wilson. Parecía más animal que persona y, como era de esperar, terminó haciéndose con el trofeo y las cincuenta libras. Espero que le vaya muy bien, y que no volvamos a cruzarnos en su camino nunca más; aunque no sé qué esperanzas abriga Wilson de acudir a no sé qué academia en Bond Street para mejorar en lo que él llama «noble arte». A su amigo, el infame Tregonwell —pero no, no hablaré mal de él, pues ha sufrido excesivo castigo—, le rompieron dos dientes y terminó con los ojos del color de las berenjenas. Según nos dijo, o eso creímos entender, se le han pasado de forma definitiva las ganas de labrarse un nombre como púgil. Ahora solo hace falta que consiga convencer a Wilson de que lo imite. En condiciones normales, sería sencillo que lo hiciera; sin embargo, este terco hermano nuestro no deja de hablar de ese caballero Jackson, y supongo que al final tendré que ir a conocerlo, aunque no va a servirle de nada, y pronto comprenderéis por qué.

Pobre Wilson. Se siente culpable y está desolado; en el fondo, sé que solo pretendía ayudar, aunque sus métodos sean siempre tan arriesgados. La señora Woodcourt le dispensó una bienvenida más cálida de lo que probablemente mereciera. De momento se quedará conmigo en la ciudad. Tampoco será por mucho tiempo.

La prima Chassy me ha contado que nuestra anfitriona padece una grave enfermedad y, por lo que ella misma estima, no le queda mucho de vida. Esta triste revelación ha terminado de hundirme. No sabemos muy bien qué hacer; a ambas se nos han quitado las ganas de disfrutar de lo que resta de temporada y, en cualquier caso, mis intenciones de conseguir un marido rico se han ido al traste definitivamente. Mi nombre corre de boca en boca por todo Londres y he perdido toda esperanza.

La señora Woodcourt ha sido buena y generosa, más allá de lo imaginable. Buscaremos la forma de averiguar, con tacto, si desea que la acompañemos durante sus últimas semanas, o si, por el contrario, prefiere rodearse de sus amistades más íntimas. Ha sido una noticia terrible; tiene siempre tan buen aspecto, y es tan animosa, que cuesta imaginar que esté tan grave.

Lo cierto es que Londres ya no me parece tan esplendoroso, y en los días de calor resulta insoportable. Huele muy mal.

En cualquier caso, tratad de no inquietaros demasiado. Juntos encontraremos el modo de salir adelante, como hemos hecho hasta la fecha.

Os echo mucho de menos.

Con todo mi amor, etc,

Rayne

P.D. Queridísimos Lewis y Annie, más os vale que, cuando vuelva, me encuentre con la casa en pie.

No queráis convertiros en mi siguiente quebradero de cabeza.

P.P.D. Georgette, amor mío, lo primero que haremos será ir al estanque a ver a los patos. Te lo prometo.

Rayne cerró el sobre y paseó la vista por el saloncito. Esa última semana, la mansión de Charles Street semejaba más un cementerio que una casa normal. La señora Woodcourt, contrariamente a toda lógica, era la única que conservaba la entereza. Chassy había estado pintando, pero todo cuanto hacía le parecía sombrío y triste; a Wilson, que empezaba a recuperarse de su sentimiento de culpa, su hermana no le permitía hacer casi nada, y mucho menos interesarse por el estado de salud de Lowell, que se recuperaba de la paliza en casa de unos familiares, cerca del muelle de St Mary Overie. La señora Woodcourt no consideraba que a un muchacho inexperto como Wilson se le hubiera perdido nada por semejante sitio, así que Wilson se limitaba a vagar de habitación en habitación, seguido por Tiger y pregonando su aburrimiento a las paredes.

El ánimo de Rayne también estaba por los suelos. Intentaba convencerse a sí misma de que era el fracaso de su misión lo que la turbaba pero, por dentro, albergaba sus dudas y se preguntaba si, a lo mejor, había acabado prendándose de sir Warren más de lo que suponía. Cada vez que recordaba la sequedad de su expresión al enterarse de su secreto —de todos sus secretos, más bien— la embargaba la pena. Le hubiera gustado verlo una última vez, al menos para disculparse, pero algo le decía que no sería prudente. Chassy se había mostrado de acuerdo. Y eso terminó de convencerla de que obraba bien, porque sabía que a su prima también le habría gustado presentar sus disculpas a Enoch Northcott en persona.

Cosa que no dejaba de sorprenderla. Siempre había pensado que no soportaba a ese tipo pero, claro... también había pensado siempre que su plan de encontrar esposo era infalible, y allí estaba ella, con sus planes deshechos y su corazón en tinieblas.

—¿Cómo? —preguntó la señora Woodcourt, incorporándose de golpe—. ¿Están llamando a la puerta?

—Me pregunto quién será —dijo Wilson.

¡Como si él esperase visitas!

No duró mucho la intriga, porque en seguida asomó un criado para anunciar a sir Aubrey Farley. La señora Woodcourt se alegró mucho.

—¡Sir Aubrey! Qué grata sorpresa. Hacía un siglo que no nos veíamos.

Sir Aubrey hizo una reverencia muy distinguida y luego saludó a Chassy con media sonrisa en los labios.

—Señorita Alderdice, ¿cómo está usted? Celebro verla de nuevo. ¿Me hará el honor de presentarme a su otra protegida, señora Woodcourt?

—Oh, faltaría más. Y también puedo presentarle a su hermano, un joven de lo más prometedor que ha decidido acompañar a la señorita Sallow en su estancia en Londres. —Hizo las debidas presentaciones y luego añadió—. Los vínculos entre hermanos, ya sabe, ¡tan dispuestos en todo momento al leal sacrificio!

—No, no lo sé, puesto que soy hijo único, igual que usted. Me temo que ese tipo de sacrificio me es ajeno.

Lo dijo con una sonrisa, y la señora Woodcourt dejó escapar una risilla traviesa. Agitó con aire muy elegante la campanilla y pidió que les sirvieran té y un trozo —o dos— de tarta.

—¿No es algo temprano para eso, señora? —se extrañó sir Aubrey.

—Nunca es mala hora para cuidarse como es debido. Cuénteme, se lo ruego, ¿qué ha estado haciendo en los últimos tiempos?

Hablaron de viajes a la campiña y de la temporada de caza en Escocia, del último balneario que había visitado sir Aubrey cerca de Brighton y de lo difícil que se estaba poniendo encontrar buenos cocineros en Londres. Ni Rayne ni Chassy encontraron cómo meter baza en una conversación que, sin pretenderlo, las excluía; aunque Wilson, de forma bastante sorprendente, fue capaz de meterse a sí mismo deslizando comentarios acerca de setas y caballos.

Sir Aubrey, que a menudo clavaba la vista en Rayne mientras hablaba, se volvió hacia Wilson cuando este trataba de explicar la mejor forma de tomar una curva cerrada con un coche de cuatro caballos.

—¡Sí que es usted un joven prometedor!

—Oh, en absoluto, señor, soy más bien la promesa de un lío incipiente.

Su respuesta hizo que todos, incluso Rayne, se echaran a reír. Wilson era un demonio, pero su candor desarmaba a todo el mundo.

—Tonterías, si me permite decirlo, joven. A menudo, meterse en problemas es señal de que se tiene una mente inquieta. —Se detuvo un instante, se quedó pensativo y después matizó sus palabras—. Bueno, eso depende del problema, claro. Hay caminos peligrosos que uno debe evitar a toda costa.

—Se refiere usted al boxeo, por supuesto —dijo Wilson, avergonzado, y miró a Rayne.

—¿El boxeo? No, en realidad considero que el boxeo puede hacer mucho por las personas que lo practican. Me refería más bien a las apuestas, y ese tipo de cosas.

—¡Apostar! Oh, en ese sentido, puede estar tranquilo, señor. En mi familia nos guardamos muy bien de esas aficiones tan peligrosas. ¿Verdad, Rayne?

—¿En serio? —Sir Aubrey meneó la cabeza con pesar—. Me gustaría saber cómo lo hacen.

Rayne abrió la boca para contestar, pero su hermano se le adelantó.

—Cuando vives con una persona capaz de arruinar la felicidad de una familia por culpa del juego, te das cuenta de para qué sirven las apuestas —respondió Wilson, con rabia—. Y, por si algún día se te olvida, tener una hermana como Rayne, que te mantiene bien enfilado, ayuda una barbaridad.

Sir Aubrey miró a Rayne con curiosidad.

—Es infrecuente oír a un joven hablar con tanta franqueza en los tiempos que corren. Siempre había oído que los de Yorkshire son de una pasta especial, y empiezo a creer que es cierto. Me pregunto si podría conversar unos minutos en privado con usted, señorita Sallow.

Rayne pestañeó, confusa.

—Sí, imagino que sí.

Se retiraron a la salita contigua, y sir Aubrey cerró delicadamente la puerta.

—No es que piense que la señora Woodcourt se acercaría a escuchar, en absoluto; es solo una manía que tengo. ¿Adivina cuál puede ser el motivo de esta peculiar petición mía?

—Supongo que, después de escuchar a Wilson, querrá sugerirme que nos presentemos ante ese caballero Jackson, de Bond Street. Sin embargo, no he podido meditarlo lo suficiente todavía; su hijo de usted ya nos habló de esa escuela, ¿sabe? Pero creo que no me gusta la idea de que Wilson se haga boxeador.

—El exceso de energía se canaliza muy bien en el ejército, ¿no se le ha ocurrido?

—Confieso que no. De todas formas, Wilson solo podría ingresar en la armada, creo, porque no podemos comprar ninguna licencia.

—Oh, eso no es un problema cuando se tienen las amistades adecuadas. En cualquier caso, no quería hablarle de eso. Se trata, más bien, de mi hijo. Me ha impresionado mucho eso que han dicho ustedes antes. Sobre lo de los jugadores.

Rayne se puso roja.

—Wilson no debería haberlo mencionado. Nosotros...

Sir Aubrey la interrumpió.

—Para mi desgracia, yo también sé lo que es vivir con un jugador. Sin embargo, siempre he considerado que, en el caso que me atañe, la afición a las apuestas es el resultado de no tener nada útil que hacer en la vida. El exceso de ocio, puede decirse. ¿Cree que es posible?

—No lo sé. Nunca he sufrido ese problema; ni yo, ni nadie que conozca.

—Tengo esa convicción... y esa esperanza. Y ahora, además, tengo una duda: esos métodos suyos ¿podrían aplicarse a personas que no sean de su familia?

Rayne vaciló un momento o dos antes de contestar.

—Tampoco puedo contestar a eso. Supongo que dependerá del cariño que esa persona sienta por...

—¿Del cariño? —Sir Aubrey pareció abatido, pero se recuperó pronto— Sí, reconozco que no he sido el padre más cariñoso del mundo, pero me dolería pensar que mi hijo es inmune a mi sufrimiento.

Se puso de pie y caminó por la sala, cavilando. Rayne se entretuvo buscando algún parecido con sir Warren, y lo encontró en la expresión de los ojos. Aquello le arrancó una sonrisa melancólica.

«Pero, no, Rayne Sallow. Olvida cuanto antes a sir Warren, y empieza a pensar cómo podría este caballero ayudar a alguien como Wilson, por el bien de todos».

Se levantó, inspirando con fuerza para darse ánimos. En otras circunstancias, el decoro le habría impedido actuar de forma tan descarada. Sin embargo, cuando la pobreza llamaba a la puerta, se dijo Rayne, prestar atención al decoro todavía era más imperdonable. Así que se tragó el orgullo, miró de frente a sir Aubrey y dijo:

—Entonces ¿considera usted que mi hermano podría hacer carrera en el ejército, señor?

***

—No, gracias, no es necesario. Conozco el camino a la perfección.

A Northcott, ciertas formalidades le resultaban exasperantes. Llevaba tanto tiempo siendo amigo de Clementine que creía del todo innecesario que lo acompañasen a la puerta, lo anunciasen y demás. A no ser que la señora estuviera indispuesta, procuraba conducirse a sí mismo ante su presencia. Oyó voces en la salita, dirigió sus veloces pasos hacia allí y abrió la puerta de sopetón, asustando a Clementine y también a la señorita Alderdice —a la auténtica, pensó con satisfacción—. Le sorprendió un poco encontrarse también al joven Wilson Sallow, pero luego se dijo que no tenía nada de extraño que Clementine lo hubiera acogido bajo su ala.

Le pareció que reinaba un ambiente un tanto lóbrego y, al no ver a la señorita Sallow, se temió que las emociones hubieran terminado por hacerla enfermar.

—No, en absoluto —respondió Clementine cuando compartió su aprensión con ella—. Está hablando con sir Aubrey, que ha venido de visita. Estoy deseando preguntarle sobre qué.

—Mi hermana no suele ponerse enferma —aseguró Wilson—, y menos por algo tan absurdo

como eso de las emociones. En realidad, está más que acostumbrada a los sobresaltos.

—No me digas. ¿Acostumbras a emprender muchas aventuras como la de la otra noche? —le preguntó, y la voz le salió mucho más dura de lo que pretendía.

—De vez en cuando. Pero los gemelos son mucho peor, créame. Dedican sus días a desarrollar experimentos de lo más raro y, si cuando regresamos nos enteramos de que han provocado un pequeño incendio, no será el primero.

Northcott sacudió la cabeza. No sabía si echarse a reír o enfadarse con aquel mocoso despeinado. Sin embargo, no quería perder el tiempo con él. Observó a la señorita Alderdice, que permanecía muda junto a Clementine. Tenía muy mala cara.

Pero le pareció que estaba más hermosa que nunca.

Se aclaró la garganta y señaló,

—El verde trébol es un color arriesgado, señorita Alderdice, pero reconozco que a usted le favorece.

—Se lo agradezco. —Con disimulo, se miró la manga del vestido—. Aunque, la verdad, nunca se me habría ocurrido llamar a este color verde trébol.

Northcott frunció el ceño.

—Ese tipo de comentarios no hacen más que evidenciar lo que le dije la primera vez que nos vimos.

—Me temo que he olvidado cuáles fueron sus palabras, señor.

La joven se enderezó de golpe y su rostro perdió algo de la palidez que tenía momentos antes.

—Veo que discutir conmigo mejora sensiblemente su estado de ánimo, señora; me congratulo por ello.

—No corra tanto en hacerlo, señor; la verdad es que cualquier tipo de discusión me sienta de maravilla.

—Permítame dudarlo. Nunca la he visto discutir con otra persona que no sea yo.

—Bueno, reconozco que parece usted tener un don para hacerme perder los nervios.

—En ese caso, quizá no sea buen momento para decirle que el último cuadro que me hizo llegar, señorita Alderdice, adolecía de ciertos fallos de técnica que me obligarán a rebajar su precio, si es que consigo atraer a algún comprador.

—¡No me diga! Me gustaría que me indicase a qué fallos de refiere, si es tan amable. Tal vez no...

Se quedó callada y Northcott esgrimió una sonrisa triunfal. ¡Lo sabía! ¡Ella era el señor X, lo había sido desde el principio! Y su mal humor la había traicionado, ¡todo había salido según su plan!

«¡Soy un genio!».

Con todo, genio o no, Northcott seguía siendo un caballero, y no se permitió restregar su euforia ante una dama vencida.

La señorita Alderdice apretó los labios.

—¿Hará el favor de indicarme a qué fallos de técnica se refiere, señor?

Clementine y Wilson los observaban sin decir ni media palabra; Clementine asombrada y encantada a partes iguales, y Wilson sin saber muy bien dónde terminaba el teatro y dónde empezaba lo serio. Aunque, bien mirado, tal vez el propio Northcott estaba sobreestimando la farsa, y la señorita Alderdice, la parte seria del asunto. Decidió aparcar la discusión, al menos por el momento; cambió su sonrisa de triunfo por otra más humilde y confesó lo que pensaba en realidad de sus pinturas.

—No, señora, me temo que no puedo. —Y, antes de que ella contraatacara, añadió—: Hacía años que no encontraba una obra tan honesta y rompedora. ¡El juego de las luces y las sombras! ¡El tratamiento del color! Y las caras... ¡esas caras, señora! No son retratos, son trozos de vida arrancados y plasmados en un lienzo. ¿Qué puedo hacer, sino descubrirme ante su talento?

«Y ante usted», pensó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. No quería que dudase, ni medio segundo, de la furiosa veracidad de sus palabras. E intuía, por otro lado, que los sentimientos de ella se quedaban en la mera aceptación de su persona. No había hallado, en todo ese tiempo, ni la más mínima señal de que Northcott le interesara como hombre.

—¡Caramba, querida mía! —exclamó Clementine—. Aunque ciertamente me considero entendida en arte, no tengo, ni de lejos, la mitad de la sensibilidad de Enoch, ni su buen ojo tampoco. Ya puedes valorar todo lo que te ha dicho porque, además, sé de buena tinta que no suele prodigarse demasiado en sus halagos.

—No son halagos, Clementine —dijo Northcott, que veía que la joven libraba consigo misma una dura batalla, y no quería que terminara increpándolo a él por culpa de la sorpresa—, sino la verdad, pura y dura. Espero que nadie de los aquí presentes se sienta aludido, pero siempre me he tenido por una persona franca y directa, enemiga de los ardides y los secretos.

Le costó decir esto. ¡Tantos ardides y tantos secretos se habían tramado en Charles Street desde hacía pocas semanas!

—Cómo celebro escuchar eso, señor Northcott. —Sir Aubrey acababa de entrar en la habitación, seguido de la señorita Sallow—. Es justamente lo mismo que he estado diciéndole yo a esta dama: ¡aprecio y admiro a las personas que se conducen en línea recta! Y creo firmemente que, al final, son ellas las que consiguen alcanzar sus metas. Como en el caso de este joven, con el que me gustaría tener el placer de comentar una o dos cosas en relación con su futuro.

Wilson alzó la mirada, sorprendido.

—¿Conmigo, señor?

—Contigo, joven. ¿Te apetece que demos un paseo? Hace una mañana magnífica y es un delito tener encerrado a un muchacho como tú.

—¿Me das permiso, hermana?

La señorita Sallow pareció extrañarse de que se lo pidiera, pero accedió en seguida. Sir Aubrey se despidió de todos y lo último que escucharon, antes de que se cerrase la puerta de nuevo, fue algo sobre el ejército regular, las casacas de húsares y los caballos.

—Rayne, querida mía —dijo Clementine entonces—, me doy cuenta de que a mí también me gustaría mucho pasear en este momento. ¿Harás el favor de acompañar a esta pobre anciana al piso de arriba? Nos vestiremos en un santiamén y no volveremos hasta pasada la una, ¡ya me estoy dando cuenta!

—¿Ahora, señora Woodcourt?

—Ahora mismo, Rayne.

La joven miró a su prima, cada vez más intrigada, pero la señorita Alderdice no la miró a ella. Parecía de lo más absorta en la punta de sus zapatos. Ni siquiera debió de oír a las otras dos cuando se marcharon. Y entonces, Northcott, que no había previsto ningún tipo de maniobra para quedarse a solas con ella, empezó a sentirse igual de confundido.

***

Chassy fue la primera en recomponerse. Quizá tenía su lógica, porque era la que primero se había quedado sin palabras, y había tenido un poco más de tiempo que el señor Northcott para organizar sus pensamientos. De hecho, ahora que se habían quedado los dos solos, viendo el aspecto turbado de él temió que la señora Woodcourt hubiera malinterpretado su admiración. Probablemente, el señor Northcott no había albergado más intención que la de halagar —sí, ella sí pensaba que debía hablarse de halagos y no de otra cosa— sus pinturas, y por lo poco usual del hecho, la señora había imaginado algo que no existía.

Al menos, de eso estaba segura, no existía por parte de ella.

Porque, ¿no existía, verdad? ¿Cómo iba Chassy a interesarse por aquel tipo que, ya desde el instante en que se conocieron, no había hecho más que desairarla y llevarle la contraria por cualquier tontería? Por más que luego hubiera sabido reconocer ciertas cosas sin importancia. O por más que la hubiera acompañado a salvar a Rayne de sí misma en un par de ocasiones. O por más que hubiera declarado sin ambages que sus últimas obras eran grandiosas, innovadoras e impactantes. —Esto último ya lo sabía ella, claro, pero nunca está de más que el resto de las personas sea capaz de reconocerlo.

Todo eso significaba que el señor Northcott era un caballero atento, despierto, y sincero. Nada más.

Pero, entonces, el recuerdo del beso liviano que él depositó en sus dedos el otro día se plantó en su mente, sin previo aviso, y Chassy empezó a temblar.

—No sé muy bien... No sé muy bien si está usted esperando algún tipo de aclaración acerca de los cuadros. Si es el caso, podría explicarle que...

El señor Northcott negó con la cabeza y se acercó hasta ella. Decidida a no flaquear, cogió aire para seguir hablando, pero el modo en el que él la contempló, como si Chassy fuera una obra de arte en sí misma, le robó el aliento. También le robó la voz, y hasta todos los ridículos pensamientos que acababa de tener medio segundo antes.

—Señorita Alderdice, no esperaba que Clementine tuviera la ocurrencia de dejarnos a solas, pero debo confesar que, en realidad, me alegro de que lo haya hecho. Había venido a verla usted. Solo a usted. Desde luego, si le supone una molestia, le rogaré que me disculpe y me iré por donde he venido.

—Oh, no —consiguió decir Chassy al cabo de un rato—. No me molesta. Más... más bien al contrario.

El señor Northcott sonrió. Pero no fue una esas sonrisas, entre vanidosas y arrogantes, a las que Chassy estaba acostumbrada; sino otra dulce y tierna y cómplice, que encontró un eco inmediato en la de ella.

—Me gusta verla sonreír, señorita Alderdice. Casi parece usted otra persona.

—Bueno, no sé hasta qué punto eso es un cumplido, pero supongo que lo ha dicho con buena intención.

—Es que estoy tan poco habituado a hacer cumplidos que apenas sé cómo hacerlos.

—No se preocupe. Yo tampoco estoy habituada a escucharlos.

—Oh, eso sí que es imperdonable y, si me da su permiso, me propongo solucionarlo desde este mismo instante.

Y Chassy tuvo el placer de pasarse media hora escuchando todo tipo de cosas bonitas sobre ella; con la mayoría estaba de acuerdo, otras pocas nunca las hubiera sospechado e, incluso, en un par de ocasiones, tuvo que ruborizarse y rogarle a Northcott que se dejara tonterías. Pero Northcott le aseguró que no hablaba por hablar, y Chassy, que se sentía en una nube sobre la que

nunca antes se había acomodado, no le interrumpió ni una sola vez.

Cuando Rayne y la señora Woodcourt regresaron, exhaustas del larguísimo paseo, oyeron que Northcott se dirigía a ella como Chassy, y ella a él como Enoch, mientras discutían amablemente sobre la sala de cierto museo londinense.

Chassy miró a su prima con una sonrisa que le cabía a duras penas en la cara.

—¡Oh, Chassy! —le dijo Rayne un poco más tarde, cuando Northcott se hubo marchado—. No podía; de verdad que no podía creerlo. Pero, dime, ¿estás segura de lo que estás haciendo?

Le cogió las manos entre las suyas, y a Chassy le pareció de lo más natural.

—No lo sé, prima, porque, si te soy sincera, ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Pero sí sé que me gustaría que esta sensación no terminase nunca, y que si hay alguien con quien me gustaría pasar el resto de la vida discutiendo, ese es, sin duda, el petulante de Enoch Northcott.

Solo entonces le dio Rayne la enhorabuena, le aseguró que ella ya se imaginaba que algo así acabaría sucediendo, y le pidió que le contara cuándo había empezado a sentir algo por Northcott. Y Chassy, que de repente no deseaba otra cosa que no fuera hablar de él durante horas, pudo complacerla de buena gana.

Capítulo 16

Dos semanas después, Rayne se disponía a abandonar Londres con el corazón dividido. Aunque no hubiera conseguido cumplir con su plan inicial, Wilson se las había apañado para caerle en gracia a sir Aubrey, y el caballero, haciendo gala de una generosidad inimaginable en un londinense, le había comprado una licencia para el ejército que lo trasladaría, dentro de un par de días, a Suffolk. También estaba contenta por su prima, que estaba a punto de prometerse con el señor Northcott, y que se quedaría en la capital hasta que su madre se reuniera con ella para conocer al galán. Chassy imaginaba que su llegada sería inminente. Rayne albergaba en secreto el deseo de no coincidir con ella. Ni había olvidado su trato desdeñoso ni tenía ganas de convertirse en el objeto de la conmiseración de nadie.

Por otro lado, le daba mucha pena abandonar a la señora Woodcourt. La dama se había portado de maravilla con ella, la había ayudado hasta límites insospechados sin motivo —Rayne, a estas alturas, consideró replantearse lo que siempre había opinado de la gentes elegantes de la capital— y sabía que ya no volverían a verse nunca más. Se había enterado de su grave enfermedad por Chassy, no por la señora, que se había mantenido muy discreta en este asunto; sin embargo, le costaría fingir ignorancia en el momento de la separación.

Así las cosas, aquella fue la última mañana que pasaría en Londres. Cuando por fin se hizo la hora, la señora Perkins, en nombre del servicio, se despidió de ella y de Wilson, que la acompañaría durante parte del trayecto, y les deseó un feliz viaje.

—Nada nos gustaría más que volver a recibirlos por aquí, señorita —le dijo, y le entregó una cesta llena de delicias para que el viaje se le hiciera un poco más llevadero.

—Para mí también sería el mayor de los placeres, señora Perkins. ¡Oh, pero qué bien huele el pastel de frutas! Tendré que reprimirme para no comérmelo entero, porque quiero que mis hermanos lo prueben.

Las palabras de la señora Woodcourt fueron mucho más apasionadas, obviamente, pero cualquiera diría que se alegraba de su marcha, porque nunca perdió la sonrisa y, de cuando en cuando, daba palmadas para resaltar sus palabras.

—Querida mía, creo que han sido unas semanas muy divertidas para todos. Has visto una pequeña parte de todo lo que tiene para ofrecer esta maravillosa ciudad, has provocado algún que otro escándalo y, aunque no has conseguido pescar un marido, creo que has roto algún corazón que otro. ¡Tienes que volver para la siguiente temporada, adorada mía! ¡Y tráete a todos tus hermanos contigo! La señora Perkins meterá en cintura a los más atolondrados, y si no, siempre puedes dejárselos a Enoch. Seguro que no le importará, ¿no te parece, Chassy?

Chassy asintió, aunque no parecía tan segura. A Rayne le daba apuro aceptar semejante invitación, que la señora decía por educación pero no podría cumplirse, pero no se le ocurrió qué decir al respecto.

—Adiós, señora Woodcourt. Tengo tanto que agradecerle que no sabría por dónde empezar.

Con un gesto señaló el enorme baúl de viaje, lleno hasta los topes de telas fabulosas, hermosos vestidos y chales; libros de Defoe, Aphra Behn y Andrew Marvell, e incluso juguetes para Georgette.

—Entonces no lo hagas, querida, porque podría ponerme a llorar, y detesto llorar por las mañanas. No olvides mi invitación, y escríbeme a menudo. Yo haré lo mismo (¿me has dejado tus señas, verdad?) No sé desde donde lo haré; ya sabes que pronto me marcharé de aquí y... ¿Qué ocurre, corazón? ¿A qué esas lágrimas amargas?

Rayne, incapaz de sobrellevar todo el torbellino de emociones que soportaba desde hacía tanto tiempo, soltó un par de lagrimillas. Aceptó el pañuelo que le tendía Chassy y meneó la cabeza.

—Cuando pienso que ha estado usted tan mal, señora, y lo entera que se ha mostrado para no hacernos sufrir a nosotras... Creo que es usted todo un ejemplo como mujer, piensen lo que piensen algunos.

—¡Qué tontería, niña! ¿Por qué dices que he estado mal? ¡Si lo he pasado estupendamente! Es verdad que, al final, no pudimos celebrar aquella fiesta alocada. ¡Y eso que pensaba decorar la casa como si fuera un cementerio! ¿Te acuerdas de lo que le dijimos a Enoch?

Rayne se acordaba, sí, pero le parecía terrible que la señora fuera a pensar en cementerios en un momento como ese. Claro que, por otra parte, tal vez no hiciera otra cosa.

—Es que le queda tan poco... Y, en lugar de aprovechar usted sus últimos días, se ha desvivido por ayudarnos, por sacarnos de nuestros líos. Ha sido tremendamente generosa.

—Bueno, tampoco es que supiera muy bien qué hacer. Enfrento con mucha ilusión, eso sí, esta nueva etapa. Y no estaré sola, claro; la señorita Mullen me acompañará en esta aventura, que espero ansiosa. ¡Será fantástico!

Chassy no pudo soportarlo más.

—Oh, señora, ¡cuánta fuerza hay en usted! Como dice Rayne, es todo un ejemplo. Cuando me llegue la hora, recordaré su comportamiento estoico. Me gustaría encarar mis horas finales de la misma manera.

—Hijas mías, me parece que hay que rebajar toda esta tensión melodramática —dijo la señora Woodcourt, un poco molesta—. Ni que fuera la primera vez que una mujer emprende un viaje. Tengo una amiga que recorrió la India por su cuenta cuando no era más que una jovenzuela, y una conocida de la señora Shaw visita Portugal todos los años, y se pasa varias semanas viajando por aquellas tierras inhóspitas con la única compañía de dos criados, un cocinero y una doncella.

Rayne y Chassy se miraron. Rayne veía a su prima un poco emborronada, por culpa de las lágrimas que se negaba a derramar. Aun así, vio que también ella estaba extrañada.

—Pero, señora, no me diga que es la misma cosa —protestó Chassy—. Es verdad que muchas veces se compara la muerte con un viaje; con todo...

—¡La muerte! —exclamó la señora Woodcourt, espantada—. ¿Quién está hablando aquí de morirse? Yo no, desde luego.

—Pero si... usted me dijo que...

—Que me quedaba poco en este mundo, cierto, recuerdo mis palabras. ¡Oh, qué tonta soy! Me doy cuenta ahora de cómo se pueden malinterpretar las cosas. —Se echó a reír, y Rayne, en su desconcierto, se permitió una sonrisa esperanzada—. ¡No tengo ninguna intención de morirme

todavía!

—¿Ah, no?

—¡No! Desde luego que no. ¡Tengo muchas cosas que hacer aún! He reparado, en parte, lo que siempre he considerado una especie de deuda de honor con tu madre, y ya no hay nada que me retenga en Inglaterra. ¡He leído tanto sobre Grecia, Italia, Egipto!, y también sobre lo que hay más allá, que necesito verlo ahora con mis propios ojos. ¡El mundo es enorme, y Londres, un nido de chismosos! Quiero ver un atardecer sobre las pirámides, queridas mías; la señorita Mullen comparte mi sueño y, si no nos hemos marchado ya, es porque abrigo la esperanza, adorable Chassy, de que tu madre se una a nosotras.

—¡Mi madre! ¡Viajando por el mundo!

—¿Por qué no? Claire siempre fue una mujer muy osada; al menos, hasta que se recluyó en el campo y se volvió aburrida. En cuanto ponga un pie en Londres y dé su aprobación a nuestro querido Enoch, se lo plantearé. Estoy segura de que su respuesta nos sorprenderá a todos.

—Yo también —dijo Chassy, y se volvió hacia Rayne—. Lo único que me falta para ser completamente feliz eres tú, prima. ¿Cuándo podremos vernos de nuevo?

—No olvides que mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para los audaces Sallow —dijo la señora Woodcourt—. Oh, disculpadme; no os interrumpo más.

—No lo sé, Chassy. Ojalá pronto, pero, si te soy sincera, no confío en ello.

Se abrazaron las dos durante largo tiempo y prometieron escribirse con frecuencia.

—Hemos tardado veinte años en conocernos. ¡Espero que no transcurran otros veinte años antes de reunirnos de nuevo!

—No, Rayne, descuida. Si no quieres, o no puedes venir a Londres, Enoch y yo iremos a visitarte.

Rayne asintió, pero sabía que nunca se atrevería a abrirles las puertas de su casa, si es que todavía se mantenía en pie.

Sonó el timbre y la señora Woodcourt predijo que se trataría de Northcott, que vendría a despedirse; o quizá la madre de Chassy, que habría adelantado su viaje.

Sin embargo, se equivocó en los dos casos, porque quien apareció de repente fue sir Warren, con toda la cara roja y el sudor goteándole por la frente.

—Mis disculpas por presentarme de esta manera —fue lo primero que dijo, y les dedicó una cabezada tan enérgica y elegante al mismo tiempo que los dejó momentáneamente sin habla—. Un error de cálculo me ha llevado a pensar que ya había partido, señorita Sallow, y me temo que he cabalgado hasta Wimbledon de la forma más estúpida posible.

—¿Puedo ofrecerle un refresco, sir Warren? —preguntó la señora Woodcourt, repuesta de la impresión.

—Se lo ruego. No obstante, y si no es impertinencia, me gustaría tener el honor de hablar antes con la señorita Sallow. En privado, si es posible.

—Caramba. —La señora se volvió hacia Rayne—. Bueno, supongo que puedes reunirte con él en el mismo saloncito que te reuniste con su padre.

Sir Warren dio un respingo.

—Por aquí, sir Warren —dijo Rayne, y lo invitó a seguirla.

Cerró la puerta a sus espaldas y se imaginó lo que vendría a continuación: sir Warren no podía sino ver como una provocación que su padre hubiera comprado la licencia de Wilson, y exigiría explicaciones. Unas explicaciones que Rayne no podría satisfacer medianamente bien y que, por otra parte, tampoco deseaba ofrecer.

—Imaginará los motivos que me han traído hasta aquí de forma tan apresurada.

—Lo cierto es que no.

—Supe por boca de Northcott que regresaba usted hoy mismo con sus hermanos. Yo había pensado que terminaría de pasar la temporada en Londres. Supuse que sería lo lógico, ya que a su familia le habría costado una pequeña fortuna enviarla aquí. —Avergonzada, Rayne apartó la vista—. No, no, se lo ruego. No era mi intención ofenderla; tómelo simplemente como una prueba más de mi torpeza.

—No se preocupe.

—Me he enterado de que mi padre se había acercado hasta Charles Street, y que tuvo el honor de conocerla, y también a su hermano.

«Ahí está», se dijo Rayne y, en un ramalazo de orgullo, irguió la barbilla para mirarlo con altanería, tal y como había visto hacer a Chassy con Northcott más de una vez.

—Así es. Pienso que se llevó una impresión bastante positiva de Wilson.

—Sin duda. Aunque, si me permite el atrevimiento, me parece que fue más honda la que causó usted —dijo sir Warren, y esbozó una sonrisa.

—¿Yo? ¿Cómo iba yo a impresionar al padre de usted?

—Quiero pensar que no de la misma manera que a mí. —Se pasó la mano por el pelo, brillante de sudor—. Verá, no pretendo engañarla. No voy a decir que caí rendido ante usted cuando la conocí; tiene mucha más sensatez que la mayoría de las personas que conozco y no me parece que necesite excusas románticas de ningún tipo.

—Tendrá que disculparme, sir Warren —consiguió decir Rayne, confusa—. No entiendo a dónde quiere llegar.

—Es posible que yo tampoco, pero permítame que lo intente; el camino desde Wimbledon es largo y he tenido tiempo de sobra de pensar mi discurso.

Pestañeó con furia. Estaba muy nervioso, y sus nervios terminaron por contagiar a Rayne. Y tal vez fuera cierto que había traído muy ensayado su discurso, pero a ella le pareció una sucesión más bien vaga de cosas sin mucho sentido, en la que alternaba cumplidos a su belleza, estrambóticas deudas de juego, galanterías, herencias disparatadas y errores de apreciación de distinto calibre.

Sir Warren hablaba con gran apasionamiento y movía las manos con vehemencia, y entre exclamación y exclamación Rayne no conseguía meter baza, hasta que, en un momento dado, él tuvo que callar para recuperar el aliento.

—Sir Warren, ¿intenta decirme que desaprueba lo que ha hecho su padre por mi hermano?

—¡Rayos, señora! ¡Qué resumen más desafortunado, con lo que me ha costado desnudar el corazón!

—No sé si estará o no desnudo, señor, pero tengo la impresión de que usted mismo no se aclara. —Una de las pocas cosas que sí había dejado patentes era cuánto le había molestado descubrir que ella no tenía un penique—. Contésteme, ¿piensa que el honor obliga a Wilson a rechazar la oferta de sir Aubrey?

—¿Wilson? Por mí, como si envía al ejército a todos sus hermanos, señora. No, no. —Se aproximó un poco más hasta ella, y le envolvió las manos con las suyas—. Hágame el favor de olvidar todo lo que he dicho, y deje que encare este asunto de otra manera.

Se acercó tanto a ella que pudo verse reflejada en sus ojos, y fue entonces cuando sir Warren la besó.

***

Chassy recorría la habitación a grandes zancadas, con los brazos cruzados por delante del pecho y sorteando a Tiger, que se había empeñado en caminar con ella. Se detuvo un instante cuando oyó el timbre de la puerta, y se volvió hacia Wilson, porque era el que tenía más cerca.

—¿Qué querrá este hombre de tu hermana?

Wilson se encogió de hombros.

—Su padre es un tipo fantástico, prima Chassy. Eso es todo lo que sé.

—Sí, pero eso no contesta a mi pregunta —contestó Chassy, enfurruñada—. ¡Northcott! ¿Qué haces aquí?

Northcott, que se había presentado sin anunciarse, sonreía con la clase de sonrisa que se esgrime cuando uno sabe demasiado, y el resto demasiado poco.

—¿Ha pasado ya por aquí mi buen amigo Farley?

La señora Woodcourt lo miró con los ojos convertidos en líneas.

—¡Ajá! Reconozco el olor de la astucia cuando lo tengo delante. ¿Acaso tienes algo que contarnos, malévolo Enoch?

—Sí, un par de cosas, pero sospecho que Farley preferiría contaros una de ellas en concreto.

—Bueno, pues cuéntanos la otra —pidió Chassy.

—Si sigue mirándome así, querida, le contaré todo lo que me pida. —Se sentó en un sofá y se puso cómodo—. Con tu permiso, Clementine. ¿Recuerdas a Norris Heyer? ¿Y a su esposa, Arvilla?

—Desde luego —respondió la señora Woodcourt—. Una pareja encantadora.

—Y adinerada, y con un excelente gusto artístico. —Se volvió hacia Chassy—. Han visto tus obras, Chastity. Y me han pedido que interceda ante el autor para conseguirles un buen precio.

—¿De verdad?

—Les había enseñado una de ellas: la primera que tuve el honor de recibir. Y ayer pude mostrarles la segunda, que les causó verdadero estupor. La señora Heyer, en concreto, se quedó tan entusiasmada que insistió en conocer al autor cuanto antes. Es curioso, pero no pareció muy sorprendida cuando revelé que, en realidad, era una autora.

—¡Claro que no! —exclamó la señora Woodcourt—. Arvilla siempre ha sido muy espabilada.

—Bueno, ¿y qué más te dijeron?

—Que están dispuestos a apadrinarte como artista, querida. Como ha dicho Clementine, Arvilla es muy espabilada y, a pesar de que le encantan tus cuadros, también se dio cuenta de que deberías pulir tu técnica para brillar por completo. Tienen una casa en algún lugar de Nápoles, ¿sabes? Pretendían alojarte allí durante un año y ponerte a estudiar bajo la dirección de no sé qué pintor italiano.

—¡Cielo santo! —exclamó Chassy. Vislumbraba la de oportunidades que se le presentaban y apenas podía creerlo—. ¿Cuándo podré conocerlos?

—Ah, supongo que la semana que viene.

—¡Oh, y pensar que no quería venir a Londres! ¡La de cosas maravillosas que me habría perdido! ¡La de personas tan buenas! Yo...

—No corras tanto, querida. Me tomé la libertad de decirles que no.

—¿Cómo?

—¡Enoch! —La señora Woodcourt se puso roja—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo te has

atrevido?

Chassy sacudió la cabeza, dolida, y a punto de entrar en erupción.

—No puedo creerlo. ¡De verdad que no puedo!

—Por supuesto que no puedes, ¡no me has dado tiempo a explicarme! Les he dicho que aceptar su patrocinio es cosa tuya, pero que antes tengo intención de casarme contigo, y que no pienso esperar un año entero. ¡Ahora que empezaba a acostumbrarme a discutir y no salirme con la mía! —Le sonrió con dulzura—. A no ser que prefieras viajar a Italia como una de esas aventureras damas británicas, me gustaría acompañarte. Creo que los italianos no son de fiar, y sé que tú también añorarías nuestras disputas.

Aliviada, Chassy se echó a reír.

—Tienes toda la razón. Italia puede esperar, pero nuestra boda no.

—Y no se trata solo de la boda. Me gustaría compartir contigo un proyecto que llevo postergando demasiado tiempo. Tiene que ver con una exposición. He perdido unas cuantas semanas buscando a un esquivo pintor que podría aportar unos puntos de vista más que interesantes, y ahora que por fin he dado con el señor X ¡no pienso permitir que me dé largas!

—Oh, es todo tan maravillosos e increíble que no sé qué decir. De verdad que no lo sé.

—En ese caso, dime simplemente que sí. Cuando clausure la exposición y nos hayamos casado, no tendremos que esperar a nadie más.

—Quizá sí tengáis que hacerlo —dijo entonces sir Warren, que acababa de entrar en la sala con Rayne de la mano—. Solicitar una licencia especial requiere su tiempo. Y antes de dar ningún paso más, Rayne quiere comprobar de que su casa sigue en pie.

—Nos gustaría celebrar una boda doble —dijo Rayne, con una de esas sonrisas que iluminaban el mortecino cielo de Londres—. Si a vosotros no os importa, claro.

—¡Válgame! —exclamó la señora Woodcourt—. ¡Otra vez a posponer mi viaje! Sin embargo, si es por una buena causa...

Felicitaron a Rayne y a Farley, y Wilson aseguró que él ya se lo había imaginado.

—Desde aquel día en el barco, Rayne. Si hasta un botarate como yo se había dado cuenta.

Rayne le amenazó con un castigo eterno si no dejaba de decir mentiras.

—¡No es mentira! Pero tendrá que mantenerse lejos de las apuestas para siempre —añadió, muy serio—. Está claro que no tiene ni idea.

—Se lo he prometido a tu hermana, muchacho repelente —replicó Farley—. Y también a sir Aubrey. Aunque no entiendo por qué dices que no tengo ni idea.

—¡Apostó usted por mi rival, señor!

—Pero apuesto por tu hermana, ahora.

Le guiñó un ojo y Wilson puso su peor cara de estar tramando algo.

Sin embargo, por primera vez en muchos años, a Rayne no le preocupó ni lo más mínimo.

FIN

Agradecimientos

Tengo que agradecer a unas cuantas personas su apoyo incondicional, sus ánimos y su confianza en mí. Si sigo escribiendo es en gran parte gracias a ellos, o por su culpa. Ya saben quiénes son, pero me resisto a dejar de nombrarlos. Mi marido, mis padres, mis hermanos: gracias porque siempre estáis ahí. También mis chicas: estáis deseando que os deje leer alguno de mis libros; creo que podéis empezar por este.

El camino es largo y la compañía también. Una (otra) vez más, gracias, Patricia, por tu amistad; por no desfallecer, ni siquiera cuando te cae un borrador en el último momento; por tus consejos, puntos de vista, por las risas y frustraciones literarias compartidas. Sabes que algún día te tocará saludar desde este otro lado, y que te estaré esperando. Marta, muchas gracias por tus consejos, por tu generosidad, y por tu hombro. Y muchas gracias a Vanesa, que no dudó ni un momento en subirse a este barco sin saber muy bien a dónde nos llevaría. Tengo mucho que aprender de vosotras.

Y también hay otro puñado de personas que, con sus comentarios, su aliento o sus críticas, de un modo más general o distante, me han hecho seguir creciendo como escritora, y a las que tengo que agradecer muchísimo más de lo que probablemente llegarán a ser conscientes. Pero gracias Noemí, Sandra, Carla, Pepa.

En fin, gracias de nuevo, Lola, por dejarme otra vez abiertas las puertas de la familia Selecta.

Espero estar a la altura de todos vosotros.

Si te ha gustado

¿Y qué pinta aquí tu corazón?

puedes disfrutar de estas



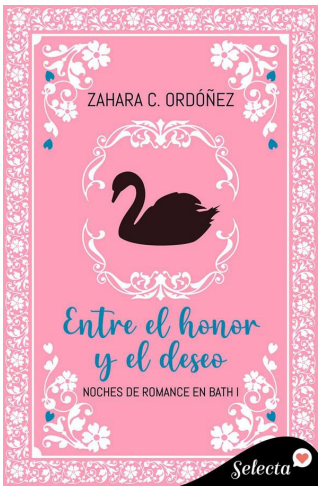







Algo más
que una dama
Christine Cross
Selecta


A un beso
del pasado
ANA F. MALORY
Selecta


ZAHARA C. ORDÓÑEZ
Entre el honor
y el deseo
NOCHES DE ROMANCE EN BATH I
Selecta


HOLLIE DESCHANEL
A
UN DUQUE
libertino
NO SE LE PUEDE
redimir
LOS BIRDWHISTLE 1
Selecta

Rayne Sallow llega a Londres dispuesta a encontrar el amor. Su prima, Chastity Alderdice, viene dispuesta a huir de él.



Rayne necesita desesperadamente cazar a alguien lo bastante rico como para mantener a todos sus hermanos; a **Chassy** lo que le gustaría es seguir formándose como pintora, visitando los mejores museos de la capital. Y como cada una tiene lo que a la otra le falta, ¿qué mejor manera de ver realizados sus planes que intercambiar sus identidades?

Sir Warren Farley, acosado por las deudas de juego, también tiene las ideas claras: una heredera sería la solución perfecta. Mientras, su amigo **Enoch Northcott** anda tras la pista de un prometedor autor que va sembrando de cuadros la ciudad. El problema es que el artista es muy esquivo. Las dos primas recién llegadas parecen estar relacionadas con él de algún modo, pero Northcott no es un hombre paciente.

Cuando los cuatro se junten, cada uno con sus propios planes secretos, ¿qué podría salir mal?

Al estilo Georgette Heyer, con diálogos chispeantes y unos personajes muy británicos que se enredan en una serie de malentendidos y falsas apariencias. Una pareja empeñada en llevarse mal acabará enamorándose, y otra pareja, empeñada en conseguir un matrimonio de conveniencia, termina enamorándose y obviando el más elemental sentido común.

Violeta Otín. Nací en Zaragoza en 1980, y allí me quedé hasta terminar la licenciatura de Filología Inglesa. Luego, como buena sagitario, anduve viajando de un lado a otro hasta sentar la cabeza. Durante mis periplos siempre me acompañaron los libros, aunque por entonces solo leía. Empecé a escribir cuando nacieron mis niñas, y tuve que plantearme viajar de otra manera: creando personajes, imaginando tierras lejanas y recreando otras épocas.



Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Violeta Otín
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-26-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

¿Y qué pinta aquí tu corazón?

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Violeta Otín
Créditos